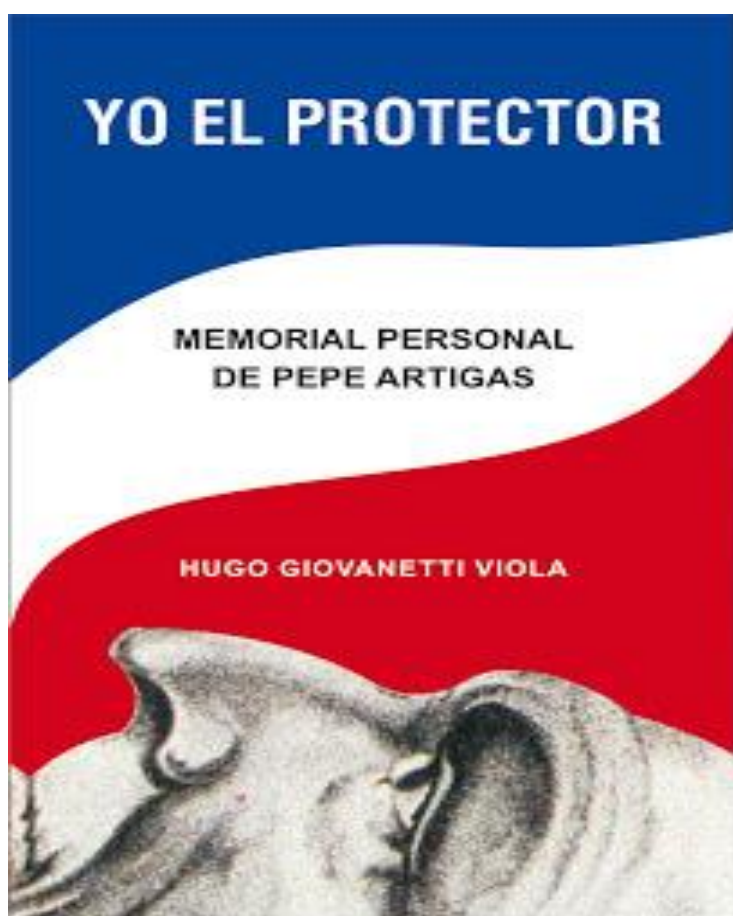


YO EL PROTECTOR
(MEMORIAL PERSONAL DE PEPE
ARTIGAS)

HUGO GIOVANETTI VIOLA



1ª edición virtual en formato escrito y de audiolibro

elMontevideano Laboratorio de Artes y El Liebreval / 2020

Prólogo de Maryse Renaud

Diseño de portada: Ricardo Arocena

para Olver Gilberto De León
que me enseñó a dar todo sin pedir nada

para Diego Forlán
que le pintó la cara al mundo de celeste

para Álvaro Moure Clouzet
que escribió la última frase de este libro

SEÑAL DE AJUSTE

*Este relato **ucrónico** (**ficcionado** a partir de bases históricas sobre cuya exactitud se seguirá polemizando muchísimo tiempo) **intertextualiza** (o sea: **baraja**) sistémicamente fragmentos de numerosos autores que aparecen citados con letra itálica, aunque en su gran mayoría no son nombrados.*

Le corresponderá al lector hacer girar esa media vuelta de tuerca, operación no muy difícil de realizar actualmente, dadas las facilidades que ofrecen los recursos tecnológicos.

H. G. V.

La Trinchera Estrellada de la calle Grito de Gloria, octubre de 2010 / Cuartel Artiguista de la calle Lepanto, abril de 2011.

Quiero tener una calavera honorable cuando me muera.
J. D. Salinger

Los de afuera son de palo.
Obdulio Jacinto Varela

MARYSE RENAUD

YO EL PROTECTOR O LA SANTA DERROTA

¿Cómo leer *Yo el Protector*, la última novela de Hugo Giovanetti Viola, publicada en 2011? Más que a sus afinidades con la «nueva novela histórica», con la que comparte una desatada fantasía imaginativa y una gran pujanza verbal, más que a su asumida filiación con la literatura de la Memoria, ¿por qué no prestar particular atención a la lección de vida, generosa y exaltada, que parece querer brindarnos este supuesto «memorial personal de Pepe Artigas»?

Indiscutiblemente anclada en el tiempo histórico -las complejidades y embrollos sin cuento de la lucha por la independencia de la Banda oriental-, el texto del novelista uruguayo aspira, sin embargo, a superar este encierro fáctico. «Relato ucrónico», ficticio, hipotético, polémico, como lo señala el mismo autor en su «Señal de ajuste», las crepitantes confidencias del cabecilla uruguayo revisten desde las primeras líneas un sabor cósmico-mítico, a la vez que místico.

No es sólo un líder político, un adulto «curtido en el yelo de la desilusión» el que evoca desde el exilio paraguayo sus luchas, victorias, alianzas aleatorias y derrotas, sino un hombre que desde que nació aspiró a ser un Protector. En esto se diferencia radicalmente del dictador paraguayo Francia, el Supremo, aquí llamado reiteradamente «França», o el «Viborón», cuando no el «bobo sapiens», cuya esencia parece cifrarse en un loco afán de dominación. A ese França, «seco de fe», monolítico, que le da al Jefe de los Orientales una extraña (¿interesada?) hospitalidad económica desprovista de comprensión verdadera, Artigas opone una entrañable humanidad.

A la vertiente indiscutiblemente épica de la aventura artiguista -una epicidad sin ampulósidades, sugerida por Hugo Giovanetti Viola mediante una intensa y desacralizadora fragmentación del discurso- se suma una indiscutible dimensión lírico-truculenta, que irá en aumento conforme nos encaminamos hacia el desenlace. Así, se vuelve un sugestivo leitmotiv de rico simbolismo la evocación del «baño de estrellas» con que se abre la ficción.

Aquella noche yo tenía cuatro años y no sé cómo atiné a engolfarme en la hamaca paraguaya de mi abuela Ignacia, la que me aportó sangre de Tupac Yupanqui.

Fue el primer baño de estrellas que me di en este infierno.

Estrellas salvadoras, regeneradoras, metafísicas, que iluminan constantemente el texto y al lector. Ligadas a la insuperable infancia que siempre viboreó en Artigas, al suave y

erótico vientre de la mujer que toda su vida lo atrajo, al mestizaje fundador americano que supo reconocer respetuosamente y valorar, al cosmos grandioso, por fin, que lo arrancó en más de una ocasión a las mediocridades y penas del presente, al carnaval del mundo en que se vio involucrado.

Así se van transformando las tragicómicas confesiones de Artigas el derrotado, perla barroca llena de primitivas y sabrosas asperezas, de rica intertextualidad, en un discurso de inspirada resistencia, de fe, contra el abandono depresivo y los compromisos serviles. De tolerancia también, en que florezca «el yuyo del perdón».

Poitiers / 2016

UNO: LAS ALAS DEL INFIERNO

1 / ESTRELLAS

Lo único que me importó más que la felicidad de los pueblos fue la conversación conmigo mismo.

Aquella noche yo tenía cuatro años y no sé cómo atiné a engolfarme en la hamaca paraguaya de mi abuela Ignacia, la que me aportó sangre de Tupac Yupanqui.

Fue el primer baño de estrellas que me di en este infierno.

Dizque esa tarde me había pasado comiendo tierra del cantero y que Aurora Bendita me desembuchó cuatro albondigones cuando ya estaba a un punto de expirar.

Pero no era mi hora.

Y enseguida del Ángelus me le perdí a Pascasio y entonces se me ocurrió esconderme en el colgadero de la abuela.

Me acuerdo que encontré el poncho blanco y la perla barroca que ella vivía sobando y empezamos a lambetearla con los cuzcos, hasta que hubo virazón y les armé un entoldado de lana.

Los cuzcos siempre supieron sufrirme las picardías mejor que los cristianos.

Yo había escuchado a madre contar que Remigio Arnal se quedó ciego la noche del naufragio de Nuestra Señora de la Luz, cuando en casa terminaron atando hasta a las vacas porque volaba todo. Pero la gata se les remolineó en un repelús y mi tío tuvo que estirarse agarrado a las rejas como si fuera una piel de tigre para proteger a las crías y al amanecer le quedaron los ojos juídos de tanto pispar relámpagos.

Y los gatitos igual se murieron.

Ahora se me hace que fue Pérez Castellano el que le labró a padre dos sentencias que todavía me abrigan: *Muerto cualquiera pelea* y *El mejor triunfo es una derrota santa*.

José Nicolás y Martina cuentan que aquella noche la familia recorrió toda la plaza buscándome a los gritos mientras yo les acariciaba los hocicos a mis protegidos, sordo por la felicidad.

Y pensé que lo mejor que se puede tener en la vida son collares de estrellas.

Pensaba mucho, ya. Y cuando Ignacia vino a buscar el poncho y me encontró chupando la perla rara y se puso a llorar ya debo haber sentido que la familia nunca iba a comprenderme y nadie llevaba culpa.

Ninguno había abandonado a ninguno y se armó un tole-tole peor que en la fiesta del San Baltasar.

Al final Pérez Castellano y padre me sermonearon en la biblioteca y yo lo único que podía explicar era que estaba conversando conmigo mismo.

Los pueblos no son felices.

Pasaron casi cuarenta años antes de que volviera a manducar barro cuando se me hundió el bote al volver de Buenos Aires.

Y desde aquella noche sé que tuito es terrible y dulce como una hamaca engolfada en lo altísimo y llevo en llaga el desvelo de acariciarle la espalda a cualquier hijo pródigo que se acerque a mendigarme sobras para los chanchos.

La miseria de amor.

2 / PERROS

En el convento San Bernardino tuve por honda estima al maestro Juan Garafales, que siempre andaba sucio pero miraba en miel.

Yo había empezado tarde la escuela por la expulsión jesuítica y apenas emborronaba cuando la adoración de las mujeres que chuceaban al cura en el confesionario me hizo alucinar judeadas.

La Nuestra Perra de la parroquia era Niki, que ya ni podía correr.

Y un día Pedro Martínez, el otro maestro franciscano, adoptó a un cachorrón tan salvaje que hubo que atarlo unos meses a la higuera para que no nos rajara la ropa en saludándonos.

Lo bautizaron Pepe.

Yo andaba enamoradoísimo de una señora niña que no usaba tirabuzones bananeros ni peinetón pero se maquillaba igual que las boleras de la Casa de Comedias y tenía una naricita más linda que el escote.

Se llamaba Celeste y se hincaba en una alfombra de las que traen de Persia.

Un día Pedro desató a Pepe y nadie pudo entender cómo Niki se enceló igual que Isabel la del Bautista y había que sacarle de adentro los carajos a patadas y se armaban unos berrinches piores que en las corridas.

Celeste se confesaba los domingos a mediodía con las crenchas untadas con pomada de caracú y los ojazos azabache posados en Garafales igual que si lo lambiera desde el estrellero.

Ya no se podía más con la perrada y según fray Martínez Niki no podía preñarse so riesgo de reventar, pero una madrugada el cachorrón saltó la verja y después de espachurrar a todos los pretendientes apareció abotonado con nuestra Isabel y hubo que decir vale.

Esa tarde fray Juan la acomodó en un butacón y Pepe se le echó a los pies a vigilarla con la mirada en flor y mordido hasta las pelotas.

Nunca entendí por qué, pero tuve que escaparme al huerto a llorar a escondidas.

Y el domingo me animé a acucillarme atrás de una pilastra y escuchar la confesión de Celeste y casi me meo arriba.

Porque la regalona de quince años le contó al apolíneo que el viejo que la trocó en Maldonado por una estancia la usaba de guitarra y ella tenía que desgranar tonadillas mientras le metían uña y ya no podía sufrir un pecado tan sucio.

Entonces Garafales le confesó que él nunca había podido entender por qué le llamaban la Inmaculada a la estatua que presidía el altar existiendo zagalas como ella y Celeste declaró que prefería retirarse y el padre la atajó explicándole que desde que la contempló titilando entre los miserables lo abrigaba el perfume de Venus y que no dejara nunca de asistir a lavarle la vida en el nombre del Señor.

Después escuché el ruido del vestido y los pasos taconeantes mientras el muchacho se cambiaba de sitio en el confesionario y me animé a vichar.

Mi maestro estaba besando la alfombra persa que ella se dejó olvidada por el susto.

3 / MANUELES

Cuando ejecutaron a los Manueles entuavía faltaban veinte años para que la maldita Cédula Real transformara a Montevideo en el único punto de introducción de esclavos en estos Virreinos.

Una vergüenza pingüe.

Padre fue limosnero mayor de la Hermandad de San José y Caridad, un nidal franciscano donde ya empollaban las logias lautarinas que pregonaron tanto el credo de la revolución y al final terminaron por cagarme el País como una caballada corriendo atrás de un rey.

Pero nadie le pudo poner el grito en el cielo a la sentencia de Joaquín de Viana después que Damián Luis violó y estranguló a una pimpolla de seis años y ya se vivía temblando hasta entre las murallas.

Dizque que ahora hay Guerra Grande y el odio no se vira.

Y son capaces de pasearte la cabeza en una jaula con las constituciones que soñó Juan Jacobo igual que si los instruyera Torquemada, carajo.

A los negros que mataron a Massens los arrastraron por la calle antes de llegar a la horca y después los descuartizaron y clavaron pedazos en el camino que va a Santa Lucía pa escarmentar mejor a la indiada y al malevaje.

Madre nos dejó verlos pasar por la esquina de San Benito aherrojados a una carretilla y escoltados por una guardia que espantaba a las ratas. Pero ya tenían los pies pelados como marlos.

Esa horca fue construida gobernando Agustín de la Rosa, el año que yo nací.

Pero la cofradía donde se inició padre todavía no existía y me parece que a estos Guineas no les concedieron ni tres días en capilla. Fue recién al fundarse la Orden Masónica que los Hermanos salían con el distintivo de la beca blanca y la cruz encarnada a llenar un tazón con limosnas para financiar los entierros de los reos.

Y pedían por sus almas, también.

Cuando cumplí catorce años y ya había decidido juirme a la chacra de Carrasco vi un ahorcamiento preparado para que la cabeza de un negro sarniculoso se desprendiera del cuerpo y quedara colgando igual que una sandía.

Y mucha gente se entusiasmó lo mismo que al pispar las orejas ofrecidas en las corridas y a mí me entró maldá.

Los humanos demoramos mucho en perder esa clase de maldá vacunada.

Y hay quien se vuelve diablo en un repelús y santas pascuas, oxe. Eso le pasó a Ramírez, aunque cuentan que si hubiera llegado al manantial de la mirada mora de su hembra se purgaba.

Pueyrredón ni con la Virgen.

La tarde de los Manueles nos fuimos a volar pandorgas a las Bóvedas y mientras se escuchaba el jolgorio de la plaza apareció una garza rosada y se quedó haciendo equilibrio contra el sudeste.

Y yo recién entonces entendí que los negros despedazados eran el Corpus Christi.

4 / CONFIRMACIÓN

Al otro año nos confirmamos en el oratorio de la estanzuela de mi padrino don Melchor de Viana y el día anterior cabalgamos con padre y mis tres hermanos y mis cuatro primas hasta la hacienda de abuelo Juan Antonio, que ya andaba por los ochenta.

Ahora yo estoy mucho más encorvado que aquel viejito.

Fue la primera vez que lo escuché contar lo del convenio de paz con los minuanes cuando ya lo habían nombrado Alférez Real de Montevideo sin saber ni una letra.

Dijo que hasta los caciques que traían facultá de otras tribus pa pedir perdón por yerros y proponer enmiendas vivían en un sopor de borrachera mansa y por eso los trataron de hermanos sin pensar.

Los indios no usan política, aunque conozcan todo.

La pureza de dones nunca es vieja ni joven, y en eso no se asemeja ni a la progresión santa. A lo menos se podría emparejar a lo místico por los arrobamientos. Y tampoco es qui jotismo.

Yo ya tocaba un poco la cordeón y Garafales me había enseñado la copla que fue capaz de envidiarme hasta Ansina: *Si a los reyes da nobleza / el sentarse sobre el trono / puedo también darme el tono / yo a pesar de mi nobleza / y no agachar la cabeza / de hombre libre y vagabundo / pues hay un sentir profundo / que me sirve de consuelo / y es que al sentarme en el suelo / yo me siento sobre el mundo.*

A padre le gustó mucho.

Y después del churrasco nos largamos a los bañados donde me iba a tocar peinar los pajonales y fogatear la costa con la guardia costera que mandó establecer Sobremonte

después que apareció el velero carbonizado y pudimos prender nada más que a cinco ingleses.

Me acuerdo que nos quedamos una semana al raso esperando el botín y las olas empujaron sesenta pipas de vino y aguardiente.

Emborracharse es bobo.

Entonces el abuelo se empezó a poner más mozo que en Puebla de Albortón y enseguida que vadeamos aquellos tembladeraes florecidos de aves y llegamos a la barra del arroyo de Pando desató un ahijuneo y volamos por la arena lustrosa hasta la Punta Gorda.

Era igual a una aventura de las que me hacían soñar los muchachos del Chantre cuando podía escaparme a la pulpería del Hacha.

Menos mal que ninguna de las hijas de Esteban se animó a repechar los médanos rocosos de aquel Tabor infestado de tunas, porque antes de que lo coronáramos apareció un jaguar.

Lo único que hizo mi abuelo fue quedarse mirándolo durante una eternidad y al final el rayao reculó, resbalándose.

Eso es tener cultura.

El mujerío ni se enteró de lo que había pasado y el viejo volvió pálido y miraba las olas como si agradeciera.

5 / REMBRANDT

Un día padre me llamó a la biblioteca para que le cantara la copla a Pérez Castellano y los encontré tomando jerez y hablando del hijo pródigo.

Ahí paré bien la oreja.

Y lo que llegué a entender fue que un pintor holandés había muerto después de retablar una tela hazañosa sobre la parábola de Jesús y que Catalina la Grande acababa de adquirirla pa colgarla en palacio.

Es hermoso pensar desde donde me ahogo ahora, porque se ve lo hermoso que respira en el mundo.

Que no es mucho ni poco.

Y el que quiere solaz y cruz al mismo tiempo no sabe lo que hace. Alcanza con un mate dulce a la sombra y vigilar la ánima con vellón de mujer que se emperrea en lastimársenos contra cada recuerdo.

Ansina ni me entiende, pero sabe contemplarme como Charrúa y el Morito. Lo que es hartó decir.

Josef María está seco y no vino a conocer mi bodega de tesoros.

Y si hay algo que no habré menester de excusarle al Altísimo es un solo enarbolamiento de espada con desamor de causa.

El cura puso malicia al celebrarme la copla y después padre me notició a bocarrajo que el abuelo Felipe había proveído testamentariamente que un quinto de sus bienes se aplicara a fundarme una capellanía.

Ni apenas contesté.

Castellano me adobó en alvirtiendo que mi desaplicación en el Convento jamás podría obstruir el majestuoso destino de servir a la Iglesia y entonces me atragantó el balbuceo de los flojos aunque terminé por declarar que mi iglesia iba a ser el campo abierto, siempre.

Padre rellenó las copas al desgaire y yo me acucillé a encajonar la cordeón y supe que se estaban mirando igual que si desembolsaran la semilla de un menosprecio ortigador sin vuelta.

Y no es que desagradezca el perlerío de los pueblos que me abarrocó el reino emplumado del País.

Pero lo protegido no es prenda del caudillo.

Yo nací en mala luna y después de cagar fuego ordenando los paisajes tuve que arrodillarme a mendigar alfalfa igual que el hijo pródigo.

Y para colmo padre apostilló que en tiempos de changadores de violencia tiránica y con levantamientos de minuanes y charrúas como el que hubo en Yapeyú íbamos a terminar en las garras del crédito y la deuda.

Eso quería decir que si no me ensotanaba me convenía alistarme con los encharretados que defendían los campos.

No le faltó razón.

Aunque mi esclavatura la elegí por piedá y eso ni lo discuto.

Yo ya tenía once años cuando murió abuelo Juan Antonio y padre heredó la estancia de Casupá, que se parangonaba muy superiormente con Carrasco y el Sauce.

Allí me hice devoto dende veras.

Y descubrí que todito el maná que mastiqué en *La conversación consigo mismo*, el libro de Caracciolo que me regaló Clara en Curuguaty, me había empezado a germinar en aquellos sinfines junto a los corambreros de hacienda cimarrona criados entre la prole de don Andrés Polanco.

Ellos ya venían paridos en completa mixtura porque allí había toldeado el venerable cacique Gasupá, de la nación Minuán.

Yo no creo en los casuales.

¿Cómo les puedo haber contestado a Pérez Castellano y a padre que cuando me le perdí a Pascasio y me engolfé en la hamaca con los cuzcos estaba *conversando conmigo mismo*?

Clara dijo que pescó aquel libraco del anaquel del tío-abuelo difunto pa que me divirtiera pero lo que me trajo fue mandioca divina. Y después de rumiarlo por lo menos veinte años se lo acabo de regalar al hijo de Fulgencio.

Los Yegros son muy gente, y yo ya estoy pa dirme.

Lo curioso es que recién en Casupá y no en Carrasco ni en el Sauce haya empezado a sentir que las estrellas hablan.

Eso espantó a Joaquín, aunque de encantamiento.

Y como es poeta él sabe que uno embucha manjares y después que le obsequié el libro al Teniente Rómulo se las rebusca para que le recite trozos que oye salir como si columbrara un vaivén de pandorga.

El que más lo sacia es: *¿Cuántas riquezas hay depositadas en la esencia no más de este Yo Mismo, de quien vamos a hablar? ¿Cuántos medios de conversar con nosotros, cuándo sabemos preguntarnos y examinarnos? La Conversación supone a lo menos dos personas que discurren entre sí, y que ya conforman, ya se oponen; de este propio modo experimentando dentro de nosotros un Yo no sé qué que ya nos aconseja, ya nos reprende, ya quiere, y ya no quiere, podemos sin dificultad ni contradicción conversar interiormente.*

Seguro que él también se lo memorió mucho, pero a veces es forzoso que los hombres escuchen su tesoro con eco.

En Casupá había un minuán que llamaban Masalana y descargaba funciones de amor con luna llena. Preparaba un pocito y se emporraba al mundo y le echaba por lo menos cuatro leches seguidas.

Meta suspiros blancos.

Caracciolo explicaba: *Todo lo que yo sé es, que el mundo que forja un espectáculo de sus asambleas, y que se envanece con ellas, debería tener vergüenza de comprometerse de tal modo.*

Este indio era distinto.

7 / MISERIA

En aquel tiempo las subastas de esclavos no eran de tanto hábito como fueron después en la Aguada y en la barra del Miguelete.

Un día acompañé a padre hasta una chácara de allende el Cerrillo porque se nos había enfermado el camunguero y cuando la mierda se juntaba una semana era imposible comer por más que se les revolearan sábanas sin descanso al mosquerío.

Fue en un barracón pegado a dos corrales que servían de matadero y formación de barro con caballos azuzados en comparsa, según la técnica moderna que se adoptó para la industria ladrillera.

Había mucho currutaco.

Pero jamás hubiese esperado encontrar a la Nuestra Niña de boca bermellón que se adoraba con Garafales, acompañada por el terrateniente rugoso como mi abuelo que la usaba de guitarra y la forzaba a desgranar tonadillas tañéndole los orificios a uñazo pelado.

El vicioso se llamaba José de Lanzaote, y recién en Purificación me enteré que había sido un espía canario muy bien visto en Janeiro por los ingleses.

Robertson me contó que pertenecía a una logia fundada por el marqués toscano Felipe Buonarroti, un anarquista que participó junto a Gracchus Babeuf en la insurrección que osó derrocar al Directorio en el 97.

Yo siempre me las compuse para enterarme por directes de los enjuagues lúbricos.

Y hasta me interesó que el tal Gracchus creyera que la Revolución debía arribar a un régimen socialista donde se compartieran todos los bienes. Dizque Buonarroti salvó la cabeza porque estaba menos comprometido que Babeuf y fue desterrado a Italia, donde infiltró a la francmasonería y a los Carbonari.

Lástima que esos revolucionarios que no se sienten corderos capaces de arrodillarse frente a la *ortodoxia persecutoria y privilegiada* que nos ordenó aplastar Voltaire siempre terminan siendo los dioses de sus propias iglesias.

Al final padre compró un molemo de buena dentadura que iba a terminar muriendo cuarenta años después en el Ayuí, a mis órdenes.

Un corazón de oro.

Y de repente el negrero anunció a una mulata de ojos color océano nacida en la Isla de Francia y el barracón se alborotó como si nos fustearan igual que a la caballada del corral donde se amasaba el chocolate para el ladrillerío.

Otra quinceañera regalona manufacturada con yeito de orfebre tape.

Y mientras la babosería de los cajetillas pujaba en rebatiña vi cómo las dos Inmaculadas se entilaban con una miseria de amor tan horrible que tuve que salir corriendo a vomitar el café.

Padre se quedó viendo el final de la penca centaurina.

Y cuando salió a contarme que se la había encolmillado el marido de la Celeste ofertando quinientos patacones eructé un odio asesino por el coleccionista de guitarras de carne.

8 / HACHA

Si dijera que le llegué a tener odio a la escuela, tacharía lo correto de mi estrategia de pertrecharme con sesera propia para resolver vados.

Garafales sabía enseñar y yo sabía empacarme, siempre que me aburriera.

De lo que me salvé fue de las aulas de Gramática, Filosofía y Teología que se fundaron en el 83. Eso me hubiese obligado a juirme mucho antes. Y tampoco me apetecieron los mil tomos prohibidos que heredó padre de Ortega y Monroy y terminó embarcando para La Coruña.

Marat me daba asco nada más que de escuchar el nombre del pasquín guillotiner, y Paine y Rousseau llegaron cuando el cielo dispuso.

Leer el mundo es lo bravo.

Con Pascasio nos las arreglábamos para escaparnos a la pulpería que después se llamó del Hacha, por motivo de un crimen. Y allí nos despachaban un sorbete y una caña y meta a barajear con los menospreciados.

Ya había mucho marino contrabandista, también.

Y además en el Hueco, unas manzanas baldías que quedaban de paso para el muelle, acampaban las carretas peregrinas y allí se churrasquiaba entre guitarreos de mi flor y yo me agarré el vicio de fumar orejeando fogones.

Ahora veo claritamente que en aquella libertad se me desenrolló el odio que fui juntando intramuros y terminé por dotorarme en judeadas. Me acuerdo que con los gurises agarrábamos sapos y los obligábamos a chupar las colillas hasta que reventaban como bombas de tripa.

Es que a mí siempre me estragó obedecer de callado.

Y hoy, a los ochenta y seis años, todavía me trompetean y me arde la locura. Claro que uno la doma y la embozala y la yerra y todo lo que se les ocurra a los déspotas del espíritu, pero al final siempre aparece el odio a escupirnos el asado.

Una tarde encontré a Pérez Castellano tomando jerez solo en la biblioteca y cuando se le respingó la nariz afiladísima colegí que me estaba esperando.

Ya no me gustó nada.

Al principio me volvió a alabar la copla que me había enseñado Garafales y después se puso a explicarme el proceso de la revolución en la América del Norte.

Eso no me aburrió, pero yo estaba segurísimo de que la cosa iba a terminar con lo de mi capellanía.

Y sin embargo lo que me preguntó era qué había querido significar con la protesta de que la Iglesia para mí siempre iba a ser el campo abierto y cuando le conté que en Casupá sentía hablar a las estrellas se sirvió otra copita.

Y de golpe la nariz se le alzó como una hoz al advertirme que el hijo pródigo pudo haber pensado lo mismo cuando dejó su casa.

No le faltó razón.

Pero yo seguí el consejo del cuadro del holandés y ahora me siento un Padre acariciador de su propia derrota.

9 / ELLA

Claro que hay judeadas y judeadas.

Ahora estoy engrillado por una gripa que me obliga a que me tomen confesión en el catre y me acuerdo de Garafales.

El beso en la alfombrita persa extraviada por la Celeste.

Es una pena que al Marqués de Caracciolo no se le haya ocurrido escribir *El casamiento consigo mismo*, que no equivale a la *conversación*. Quien lo vivió comprende a qué me refiero y quien no lo vivió mucho más, porque sin el pasaje por ese altar no hay alma que resista.

Ayer le escuché cantar al Joaquín con el arpa: *El no comer no mata, el no comer no mata. Mata el odio y la envidia.*

Y ahora que me place a mares dirigir el rosario me acuerdo de la mañana cuando murió la Niki pariendo unos cachorros color ambrosía y mi maestro lloró tanto que decidí pedirle confesión y le conté el pecado de la pilastra.

Yo no sé montar números de arrepentimiento al pedo.

Entonces el muchacho sucio y de crenchas amieladas me llevó de la mano hasta la estatua de Nuestra Señora y me explicó que Ella existía en una floración que rebrilla más acá y más allá de los ojos de las infantas que nos van habitando y guiando por este infierno.

Y después recitó: *Del Verbo divino / la Virgen preñada / viene de camino: / ¡si le dais posada!*

No me dio penitencia por la picardía. Y además me surtió de la explicación teológica del Triclinio, que es la belleza trinitaria espejándose en las faciones de la Madre del Mundo.

Eso lo aderezó Santo Tomás de Aquino. Un misterio más hondo que el estrellerío interior y exterior que nos abisma.

Y al rato agregó otra copla de San Juan de la Cruz, quien me dijo ser el más grande poeta de la Contrarreforma, aunque todavía soslayado por la vulgaridad de la feria letrística. Llámase *Suma de la perfección*, y la llevo colgajeadada como un abrojo de oro: *Olvido de lo criado, / memoria del Criador / atención a lo interior / y estarse amando al Amado.*

Sólo que a los pocos días se me ocurrió indagar cómo podía emparejarse un Amado a un varón y Garafales me leyó el *Cantar de los Cantares* y me habló del *casamiento consigo mismo*.

Y agregó que no pueden concebirse varón ni hembra perfectos si no hay boda de entretelas con un *otro* en reverso.

Pero no hay mucha gente que pueda concebirlo.

Yo ni me acuerdo de cuántas fueron las mujeres con las que me encarné entregando el corazón y recién siento que llevo formada una sola costilla celeste que apunta hacia lo eterno.

La patria es una sola.

10 / TOROS

En las primeras corridas que organizó Sancho Escudero en beneficio de la compostura de las calles intransitables, me fijé con largueza en mi prima Rafaela.

Ella cumplió cuatro años en el 80, y tía Pancha la emperifollaba con medias de seda azul estilo Escorial y cuchillitas en las pendientes como si fuera mozuela, aunque lo que yo le veía eran Ojos de Plata.

Una vez miró pasar una garza rosada y le quedó un vitral posado en la sonrisa.

Claro que mi enamoramiento mayor todavía recalaba en las crenchas de la señora del espía Lanzarote, que alardeaba de poder echar plática con cualquier animal y una vez protestó de que nuestra civilización se había apestado porque Cristo sudó sangre cobarde en lugar de dar guerra.

Y lo espetó en las gradas del coliseo, mientras sorbía un blanquillo y estornudaba gorgoritos fungosos.

El problema es que en ese entonces ya sobraban los bobos capaces de aplaudirlo.

Lo peor de las patrias tristes no son los sabios que no saben nada, sino los que precisan arrebañárseles y lorear macanerías de café o de tertulia para seguir viajando apoltronados en las bodegas de las fragatas creyendo que ven el cielo.

Hasta Barreiro terminó así y le tuve que engrillar los requesones flácidos.

Pero en estas toraidas lo inasible de la justicia se descargó una tarde que no parecía invernal y los cerros de Maldonado y el velorio se azulaban con una nitidez tormentosa y supe que había hidra en puerta.

Porque el último toro no siempre salía embolado y los banderilleros se cuidaban de exponer las verijas al brindarles suertes a las currutacas y cosechar onzas de oro o pesos fuertes o hasta alhajas macizas, y de repente un berrendo ya muy picaneado destripó a un caballo blanquísimo y don José de Lanzarote saltó al ruedo y se puso a cantar un aria entre las astas llenas de mierda y sangre.

Lo único que interrumpió al seductor durante todo el lance fue el alboroto de las gaviotas que pescaban en la bajante y los *Coño* y los *Voto al chápiro* y los *Toma ya* murmurados por el alcahuetaje y el suspirerío cachondo de los putones.

Pero yo ese día aprendí que la vida está muy bien hecha.

Porque lo único que le importaba al buonarrotista era exhibir su superioridad sobre el Espíritu que nos presta su baquía sacrosanta en este valle y hasta me pareció escucharlo

pensar: *Un fortín tan salvaje que cae en embeleso porque no tiene un cuchitril para montar una ópera da más asco que los osarios.*

Y de golpe Rafaela, que usaba una corona de jazmines del país sobre la negrura sin rulos que le llovía hasta la cintura, le tiró una cuchillita al sexagenario pulsador de guitarras de carne y eso lo trastornó.

Lanzarote miró el palco del Gobernador y quedó tan prendado de mi prima de cuatro años que al agacharse para agarrotar babosamente la recompensa se distrajo y el toro lo empitonó y el verdor que chorreó en un rejucilo por detrás de la hemorragia fue más color de calavera que de ojo reventado.

11 / MADRE

La costumbre de purificarme dándome baños de estrellas la heredé de madre, que la adquirió desde muy niña con mi abuela canaria.

Ella tampoco creía en los casuales.

Y una noche, después que ya alternábamos residencia en la chacara de Carrasco y en Montevideo, la encontré desgranando el rosario en la misma hamaca paraguaya donde yo me había escondido con los cuzcos a los cuatro años y nunca le vi los ojos tan puramente tristes.

Los hinchaba una fluorescencia más celeste que la de la bahía.

Y ayer pasaron cosas hondas como milagros, porque mientras pensaba en madre llegó mi hijo a preguntarme por qué lo habíamos bautizado Juan Simeón y hesité.

El muchacho debe haber pensado que dormía y salió al punto, pero yo me quedé absorto en aquel paisaje lleno de garcitas blancas que volvían del bañado y pensé en el Evangelio según San Lucas.

Y en Monterroso.

A mí siempre me costó el papeleo con la Biblia, aunque en Curuguaty le fui tomando gusto.

Y al rato vislumbré la advertencia que madre me dio en aquella hamaca, porque ya hacía ratazo que me tiraba elirme a toldear con los indios y corambrear por el norte y bautizarme en fuego. Casupá no alcanzaba para sentirme el Chantre que se mentaba tanto en el Hacha.

Ella empezó contándome que la ley mosaica obligaba a consagrar el primer hijo al Señor y ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones de paloma, y que cuando

nació Jesús vivía en Jerusalén un hombre justo y esperanzado en la libertad de su pueblo.

Se llamaba Simeón, y el Espíritu Santo le comunicó que no iba a morir sin ver al Mesías de Israel.

Eso me entusiasmó.

Y dizque Simeón fue guiado al templo para que se cumpliera la ley y que cuando vio al niño lo tomó en brazos y dijo en alabanza: *Ahora ya está cumplida tu promesa, Señor: puedo morir en paz. Porque ya vi la salvación que comenzaste a realizar a la vista de los pueblos, la luz que alumbrará a las naciones y que será la honra de Israel.*

Pero después de bendecirlos le dio aviso a María, que lo escuchaba maravillada junto con José: *Este niño está destinado a que la gente caiga o se levante en Israel, porque muchos rechazarán sus señales y se descubrirá la oscuridad de muchos corazones. Pero para ti todo va a ser como una espada que te traspasará el alma.*

Entonces madre me pidió que la abrazara y terminó empapándome, y yo no entendía nada pero me asusté mucho.

Eso debe haber pasado el día cuando se festejaba la purificación de la Virgen.

Y ahora que hay tantas almas traspasadas por mis luchas ni siquiera recuerdo si fue Clara o fui yo quien le implantó el segundo nombre a este hijo tan curioso.

12 / OLOR

Cuando cumplí los quince ya estaba conchabado en Soriano con los Gadea y presumía de baquiar cualquier arcano de la vida suelta, hasta que hice mansión en una toldería.

Allí encontré el olor de lo que no se borra.

Mi abuelo me contaba que el maturrango De Viana no dejaba que los minuanes le pisaran el Fuerte porque el tufo del aceite que usan para escudarse del bicherío le infestaba las paredes por una semana.

Y pensar que el perfume francés de Sarratea no se me va de la ánima en ninguna pesadilla.

No hay peor brotamiento con purulencia que el que llaga la fe.

Diz Caracciolo que los hechiceros de la metafísica despiritualizada como Espinosa nos contagian de un gori-gori chupador de caracuses. Y lo que me espachurró aquí en Ibiray fue producir conciencia de que Josef María ya se olvidó hasta de llorar desde la calavera.

Una cosa es regar con tristeza al caído y otra cosa es mearlo.

Yo a padre lo empecé a conformar despachándole cueros desde Santo Domingo en las carretas de Ravía y Latorre, que también se encargaba de repartir el metálico.

Y a intramuros bajaba selectamente para encajetillarme y acariciar manitos en contradanzas emperifolladas o jaranear con madre, que siempre fue capaz de domar a lo canario y fumaba más que yo.

Pero el sueño que me seguía inquietando era pelarme pal kilombo del Norte.

Y el día que conocí al mismísimo cabecilla que llamábamos Chantre o Chatre, supe que haber jugado tanto a los vaqueros en el Hueco de la Cruz me inició en la escolaridad de cuartear empresas levantiscas.

El vasco era un hombrón que gastaba una agudeza y una astucia a lo Azara, aunque más petimetre. Cada tanto se allegaba a encontrarse con Candiotti en una pulpería sorianense donde ya corría el fomes contra el despotismo monopólico al que tenían que uncirse los hacendados de América.

Y decían que hasta el Virrey fraguaba contrabando.

Después empecé a subir al Queguay y una noche sin luna un portugo charruizado me condujo a su toldo y allí me ardió la Troya.

Me di un baño de estrellas tan largo que de golpe sentí que había un cielo más arriba de aquella platería que uno adoraba tanto.

Pero estaba vacío.

Entonces me achuchó un horror que demoré tres lustros en descifrar coligiendo que la gran liberación huele a desierto triste y que la verdadera caridad es repartirle coraje al desesperado.

Sólo respira en paz quien entiende que las moradas puras no son de este terreiro.

Y yo siempre caté que la dueña de la inmaculación nos mira como la miró el Padre cuando le anunció al Hijo.

La indiada es muy valiente.

13 / BILÚ

Y al otro año ya inverné en los potreros de Arerunguá.

¿Cómo iba a imaginarme que toda aquella pampa que amanecía peinada por gasas color flamenco iba a ser el centro de mis recursos de aquí a la eternidad?

Porque sigue siendo mía, carajo.

Y al despuntar setiembre se le pusieron los Ojos de Plata a una Nuestra Niña que toldeaba con el cacique, y en un repelús pasó tres días a monte con la frente embadurnada por un azul guerrero y volvió preparada para el apareamiento.

Yo me había hecho lenguaraz desde que nos llevaban a Santo Domingo siendo críos y oía que los canoeros usaban la voz *bilú* al reverenciar el iris de las lunas gigantes.

Y a Ella la nombré así aunque para mi colete, pois se llamaba Alba.

Después se faenó mucho y recalé salado en el Rincón del Chatre y a padre lo auxilié rodeando las tamberas de Sauce, pero a Montevideo ni le vi las murallas porque me costó un Perú grasearme bien la trenza y allá había que bañarse.

Vivía pensando en *Bilú*.

Ella me recordaba a la mulata de la Isla de Francia que compró el viejo sucio y a Rafaela al mismo tiempo, y una vez la descubrí en un vado frotándose el coñito con otra hembrita en flor y casi me enloquezco.

Porque de golpe pasó una gaviota y empezaron a imitarla con los brazos y después equilibraron pezón contra pezón y les quedó un solo reflejo redondo en la cañada.

Todavía me cosquillea el pijo cuando las pienso.

Y al volver fue imposible inferir si el cacique ya se la abotonaba o si la reservaba en la tropiya de engorde, nomás.

Sufrió peor que en la guerra.

Y aquellos Ojos de Plata me seguían taladrando con un convite tan todopoderoso que un día me escapé a clavar la cabeza en el vado para llorar a gusto.

Y cuando me decidí a emboscarla la encontré embobadísima frente a un atardecer que parecía una majada de jacarandases y de golpe ella se resbaló y apenas tuve tiempo de zambullirme en el pedregal de la orilla para descabezar a una cascabel que se le abalanzó rejucilando.

Yo todavía no andaba desnudo como ellos: usaba bombacha y botas.

Entonces la *chalouá* se metió en la cañada y me llamó y recién terminé de desencinchar cuando el agua me llegó a la cintura, de tan carpa que estaba.

Bilú se me sentó en el mástil abrazándome con las piernas mientras me describaba la trenza y me la volvía a tejer expirando runrunes, hasta que ardió la luna.

Quedó todo hecho leche.

Aquel año trajiné corambreando a destajo al mando de cien hombres y cuando volví a los toldos ella me mostró un hijo de ojitos amielados confiándose que era nuestro.

Y entonces entendí que lo mejor del mundo es creer en la verdad que venció a la serpiente.

Le pusimos Manuel.

14 / NARANJOS

Lo malo es que la *Bilú* se volvió un manjar reservado del cacique y al único que miraba con corazón de nácar era a Manuel.

Y adiós.

Demoré cuatro años en ascender de jefe corambrero a socio del Chatre, y en Soriano revolí las patas de lo lindo y la noche que conocí a la mujer que abandonó el facineroso Arrúa me enamoré bailando.

Cuando la gente baila me sobra felicidad.

La Isabel me llevaba cuatro años y gastaba como virtud esa diversión mansa que le forma una tercera orilla en la boca a los humildes.

Y empezamos a noviar abajo de los naranjos y le hice un hijo rápido, aunque ella tenía más prole que recursos de risa. Nunca se desquitó de mis bestialidades, y la infidelidad que produjo a Pedro Mónico se me enterró como una perla barroca en el garguero.

Una avería intragable.

Los que me inventan las leyendas negras ni siquiera conocen el horror que uno embucha cuando seduce al pedo.

Y una cosa es el don de alucinar montañas que se lleva dende antes que nos corten el ombligo y otra el embaucamiento imbuido para vengarse, por más sanguijuelas que te chupen el lomo.

Pero su Majestad sabe repartirnos infierno.

La chaná me ensedaba la trenza con azahares y una vez que bajé a Las Piedras por negocios se armó una mojiganga y encontré a la Celeste. Lanzarote se había disfrazado de pirata y parecía que el parche enfocaba el más allá vacío que inventó la ceguera filosófica.

Y al rato saqué en limpio que aquella confitura era virgen de polla y la empecé a enchispar en todos los molinetes y las cadenas de la contradanza con las sobas de *ashé* que aprendí en Arerunguá para derretir yeguas.

Hasta en eso soy mejor que los diablos, carajo.

Y al final del sarao la adoradora de Garafales me deslizó una cedulilla rogando que la encontrara en un hostel de intramuros, el viernes.

Resultó que el buonarrotista viajaba a Buenos Aires y terminé bañándome en agua de rosas.

Pero la preciosura estaba tan enviciada con el juego de ser tañida a uñazos que ni le importó mi polla y la tuve que forzar y me sentí más sucio que el pirata corneado.

Muertes que uno se busca.

Cuando volví a estrechar a Isabel entre el soplo de los naranjos sentí que ella tenía la gracia de humillación suficiente para intuir perdonando.

Si supiera Sarratea cómo aprendí a sentirme esclavo de la grandeza.

Y lo que a nadie le importará nunca es que mi dulcísimo Pedro Mónico haya nacido por sirvengüencear con una degenerada en el hostel *Las rosas*.

Quién va a gastarse en historiar mis cuitas.

15 / CHATRE

Con el Chatre aprendí lo de la Revolución Francesa.

Mi socio amparaba negros agitadores que se fugaban de las bodegas de los barcos haitianos y yo me llegué a saber el libreto de la Asamblea Nacional mejor que el catecismo.

Y mucho antes que Napoleón se quedara con todo.

Dizque lo primero que hizo el aspirante a César cuando cundió la sangre y el Directorio precisó un engalonado pa sofocar un malón campesino fue zamarrearles los cañones de frente a los infelices y así empinó copete. Por algo Alvear lo amaba más que a la Carlota Joaquina y al Fernandito juntos.

Robertson me contó en Purificación que apenas se encasquetó la chistera de Emperador pasó al lado del Pepe Botella mormorando: *Si nos viera papá*.

Y esos críos mean al mundo.

Nunca supe si fue Candiotti o los franciscanos los que le contrabandeaban al Chatre los mismos libros prohibidos por la Iglesia que había en la biblioteca de padre. Y él se cuidaba mucho de mentar a las logias, todavía.

Pero yo ya pispaba que la Hermandad de San José que fundó el hospital finalmente bautizado en honor a Maciel era pura fachada.

Lo del fomes liberal resultó un trozo pérfido para encajarle muela.

Porque fue en la segunda gobernación de Viana que ya empezaron a dictarse medidas de represión contra nuestro negocio. Y todos eran masones tapados y al mismo tiempo bufos capaces de flagelarse y chuparse las patas coronados de cardos en la Casa de Ejercicios Espirituales.

Con el tiempo entendí que a ningún mandón chapeado le importa mucho entender si cree o no cree.

Es más fácil.

Pero una noche el vasco se me puso pesado con que había que ir a misa para ejemplarizar a la chusma y me mosquié.

El asunto es no bandearse en la caña si uno anda con guirigay y terminé gritando que la verdadera lástima en el mundo es que la gente viva calafateándose las orejas para escurrirle el bulto a la divinidad.

Y como no me entendió un carajo le eché la falta de que había mucho más escuchadores de estrellas en el kilombo que en el mojiganguerío de intramuros y él me recomendó que me confesara rápido.

No le faltó razón.

Hacía tiempo que no entraba a despenarme frente a las estatuillas que tallaron los tapes güevudos y musiqueros.

Madre los adoraba y sabía una fanega más de la vida que Montesquieu y Voltaire y el taita Robespierre, que jamás entendió que los que se arrodillan con el cielo entre los dientes son los únicos oídores del hablar del Altísimo.

Me cago en Napoleón.

16 / NIÑOS

Lo malo de los amores fue que en un redepente me empecé a sentir el cacique que se emporraba a la tierra en Casupá.

Y tamaño entreverijo me estragó pior que el reuma.

Cuando la exorbitancia no es generosidad aborrece a lo humano que pretende favorecer a la naturaleza.

Y yo nací protector y no podía denunciar los entuertos con gacetas a lo Moreno ni alancear los molinos como los godos empavorrealados que se creen Don Quijote y usan de Sancho al pueblo.

Me costó ochenta y seis años entender que mi Dulcinea eterna es la costilla con inmaculación que me fulge en este catre.

¿A qué más?

El guirigay se armó cuando Martina y Manuel Francisco me noticiaron de que acababan de apadrinar en Las Piedras a un párvulo que alguien le había tirado a Garafales. Ahí sentí que la Celeste y el buonarrotista no punteaban sin hilo.

Pedro Mónico Artigas.

Cuando lo conocí en Casupá ya caminaba y no tuvo más madre ni padre que mi hermana, que había quedado viuda a los diecisiete años.

Ahora pienso que andarán enzarzados con los Villagrán por la herencia del kilombo, y yo no le firmé nada a Josef María pues hallo que el verdadero motivo de su viaje fue envolverme.

Ansiedades que matan.

Isabel vivía preñada y después de tener a Juan Manuel perdimos una niña atrás de otra y no pude asistir al entierro de ninguna porque ya circulaban órdenes de captura pal bandido Pepe Ortega y me refugiaba mucho en el lejano Norte.

La que yo llamaba *Bilú* quedó hecha una mera Alba de facas venenosas, y hasta me parecía oírle el mismo cascabeleo de la bicha que moché aquella tarde en la cañada.

Ellas matan así, sin explicar el odio.

Manuel era tan felino en la suavidad y el *ashé* que a los cinco años ya lo llamábamos el Caciquillo y se tornó un amigo de puro guacambú como Ansina y Andresito y Bartolo y Blas Basualdo, sin despreciar a Yegros.

Yo seguía empantanado con mi propio *gualiche*, y se hace triste pisarle la edad al nazareno sin entender ni quién es uno mismo.

Y un día me acordé del perro que fecundó a la Niki por pura devoción y volví a llorar solo.

Otro Pepe alucinado.

¿Pero qué coño hacer? ¿Ordenar los paisajes? ¿Ordenar los amores que luego son barriales batidos por matungos? Siempre escuché decir que San Ignacio de Loyola asesinó a un conejo y su horror campaneará en las nubes hasta el Apocalipsis.

Los niños son felices mientras juegan a los bandidos.

El problema es acabar colgando a lo Iscariote.

17 / CONFESIÓN

Un día estábamos en la estancia que tenía mi suegro en el Paso del Yapeyú y me enteré que Garafales iba a pasar por el Rincón del Chatre, de camino a Misiones.

Decidí confesarme.

Ahora el cura apolíneo y piojoso ya encanecía, y empecé dándoles la razón a la Celeste y a Lanzarote por haber denunciado mi forzamiento indino de un Artigas en el hostel *Las rosas*.

Él sólo retrucó que seguía conservando aquella alfombrita hurtada a quien había sabido rezumar el Triclinio y acabó siendo un triste bizcocho verbenero.

Entonces desembuché que mi concubinato con Isabel Velázquez Muriñigo obedecía a la vigencia del lazo conyugal que la uncía a un facineroso purgador de homicidio en Montevideo y protesté intención de santo matrimonio con la moza chaná y él me creyó sonriendo.

Yo todavía inoraba que los sobresaltos exigidos por el vasallaje a la vocación de luchador libertario que elegí siendo feto iba a impedirle a cualquier compañera aguantarme para siempre.

Melchora casi pudo, pero el sino es terrible.

Claro que el trozo trágico era mucho más largo y terminé leyéndole la defensa de la Villa sorianense que hizo Gregorio Espinosa ante el Cabildo en el 72: *La pobreza es general; acá todos son esclavos nombrados vecinos, porque penden del poder de la usurpación y tiranía; por eso en tantos años no ha podido aumentarse este pueblo, mientras el poderoso aumenta su caudal*.

Garafales iba asintiendo con sacudimientos de la melena que aprovechaba para triturarse piojos y al final desvió el tema hacia el acta de los faeneros apresados por Agustín de la Rosa en el 94 y la declaración del paraguay Scorza de que yo lideraba tropas de changadores junto con el indio Matachina, Francisco el Portugués y Manuel Cané.

Me sentí mal pillado.

Hubo un silencio tórrido y terminé balbuciendo que a mi humilde entender la única que no pecaba en este tole-tole era la madre tierra que saqueábamos todos.

Garafales me absolvió rascándome los rulos como cuando era un crío y me pidió que evitara contraer amor al lucro.

Eso me trastornó.

Y mientras volvía cruzando los corralones y las canchas de faena y las mangueras atajadoras que parecían murallitas se me hizo un nudo negro en la ánima y sentí que lo único que me importaba en la vida era la libertad.

Repartir libertad.

Y me acordé del cielo que olí la primera noche que el portugo charruizado me condujo a su toldo.

Repartir ese cielo de allende las estrellas.

Ser valiente a lo indio.

18 / TUCHO

Y al poco tiempo presencié una trifulca filosófica cuereada en lo del Chatre que me cambió la vida, porque nos visitó un sabio enterriano amigo de Candiotti que apodaban el Tucho y platicamos días del fomes levantisco.

Yo más bien escuchaba, como hice con Azara cuando el sino dispuso que lo asistiera y vale.

El Tucho Arrieta era un hombrón tartamudo y de precioso humor que se graduó en la universidad de Córdoba junto con Pérez Castellano, en épocas jesuíticas.

Y el despelote se armó una noche que le musiqué en la guitarra una copla pasquinera circulante en el Cuzco que él recitó trancándose especialmente en las a: *Si vence Tupac Amaro / malo malo malo / si vence el Visitador / pior pior pior.*

El Chatre aplaudió, borracho.

Pero cuando Arrieta se definió como un *tomista silvestre* y elogió el revoltijo americanista mixturado y fundado en la tradición política jurídica española, el vasco eructó un *Merde* como si lo injurieran.

Y yo cogí pluma y pliegos después de añares y terminé apuntando perlas que babeó el tarta y todavía me giran en la sesera igual que jaculatorias.

De la primera nunca supe la autoría, aunque fue claritamente mi espada de fundamento en los congresos tórridos: *Al no poder ser ejercida la soberanía por el Rey o por quien legítimamente le represente, el pueblo subroga su lugar y reasume la soberanía. Esto no supone una novedad ni una regulación en el derecho público español, sino que es aplicación lógica de los principios que lo inspiran.*

Y la otra es de Covarruvias: *Cuantas veces la familia gentilicia a la cual por envite de los pueblos fue trasladado el derecho de reinar por derecho de sangre, faltara totalmente, puede la misma república por elección instituir para sí un príncipe del reino o de la provincia.*

Y supe que Francisco Suárez abrevó en Santo Tomás para calificar al *pacto originario de llave sacrosanta en la producción de primicias de la Civitas Dei*, aunque en su momento usé más el *contrato* de Juan Jacobo por razones de astucia.

Pero nunca odié a la España en calidá de fonte.

Y en lo único que coincidió el Chatre con el sabio enterriano fue en la consideración de la Contrarreforma como una *derrota santa*.

Entonces el Tucho Arrieta me invitó a acompañarlo a presenciar el paso de una poblada de Candiotti en su ruta al Perú y auguró que el futuro del barroco se construiría en la América sin sequedá francesa ni protestante.

Ahí el vasco volvió a saltar y esta vez con razón, porque no correspondía desestimar a la revolución madre comandada por Washington.

A lo que el tartamudo bufó que esa confederación se podía transfigurar con el tiempo en un imperio más tiburónico que el inglés porque había un solo ejército forjador de centralismo y una logia que sustituía al Espíritu Santo.

Y me pidió que le guitarreara otra vez la copla pasquinera.

19 / FOGÓN

Y la vida me fue cambiando sin detención a partir de aquel iris, porque durante el viaje a Entre Ríos hicimos noche con Tucho allende el Uruguay y tenté que me explicara el tema de las logias y el hombre de cabezota que empezaba a platearse tajeó fiero el churrasco y antes de echar mordisco sentenció que ese trozo era un arcano de digestión difícil.

Y nos quedamos un rato escuchando el fragor del Hervidero que me apañaría tanto en mis propias rumiadas, veinte años después.

Solo.

Ahora me estoy ahogando en un catre donde me sobra el tiempo para coser las cosas, y cuando Joaquín se lleva el último cirio siento que la verdá entra en el mosquitero a besarme.

Y sonrío.

Al final el tartamudo me preguntó en qué año había nacido y terminó explicándome que en el 63 llegó al Río de la Plata un abate benedictino que pertenecía a la *fraternidad de la Luz* y terminó enfrentando al *hermano* Joaquín de Viana contra los jesuitas, acusados de sobornar a Cevallos para que les facilitara el contrabando. Todo con la aquiescencia unánime de los montevidéanos.

Y calculé que en ese tiempo mi padre ya debía estar reclutado por la Hermandad de San José de la Caridad y pregunté si era cierto que la orden franciscana coaligaba con la masonería inglesa.

A veces parecía que Arrieta cargaba un baturrillo excedido de información y que las elucubraciones le hacían zozobrar hasta la hilvanadura del magín, pero yo me fui aturdiendo con la ginebra y no sé cuánto tiempo dormité mientras él tartajeaba algo sobre el Dios Arquitecto que la Gran Logia quería imponerle al Vaticano y el ateísmo disfrazado y la multiplicidad de engañifas con que Espinosa había nutrido a la Ilustración perpetradora de un fariseísmo epidémico que podía llevar al mundo a un completo desbarranque.

Entonces soñé con Ella.

Y caté instantáneamente lo que significaba aquel huevo celeste y gigantesco como una luna que se posaba sobre la sierra y espejaba una especie de Nuestra Sonrisa en la barra del Solís.

Cuando me espabilé el Tucho estaba contemplándome con una paz plateada y le conté que acababa de enamorarme de la Banda Oriental.

Él dijo que eso valía por verdá revelada.

Y de golpe me acorraló preguntándome si yo pensaba que los seguidores de Jesús fueron todos virtuosos y los fariseos todos ponzoñosos.

Yo atiné a contestarle que lo que había aprendido con los negros y los indios era que la divinidad no se olvida de naides.

A lo que él apostilló que eran los blancos los que se estaban olvidando de la divinidad.

Entonces entendí.

Al *príncipe de los gauchos* no le conocía la estampa, aunque había trabajado con varios de sus capataces acopiándole tropas que también le bajaban a Entre Ríos los contrabandistas de las Misiones Orientales.

Candiotti debió superar hasta la descendencia natural de Frutos, y dizque todos los lugartenientes de las puebladas llevaban su apellido.

Buena gente, sin despreciar.

Robertson me confió en Purificación que el *príncipe* ideó dende muy joven la famosa *ruta* que llegaba al Perú sin atravesar Córdoba y que cuando se nos murió reunía medio millón de onzas de oro en bodega.

Pero hallé que ese camello atravesaría sobradamente el ojo de la Aguja Final porque gastaba primor hasta pa servir a los indios, carajo.

El Tucho cabalgaba instruyendo precioso, y en aquellos tres días me desasné por valor de los treinta y dos que el reuma ya me retorció hasta el enloquecimiento.

Claro que la congoja y la irritación perpetuas son efluvios de la ánima.

Algo que entendí al vuelo mientras nos arrimábamos hasta el punto de arranque de la caravana fue la estrategia trunca del Concilio de Trento de *popularizar el privilegio de la noticia del Hombre Nuevo entre los infelices*.

Lo único que le importa al salvaje es *comer paz*.

Y cuando acuñé la enseña de ser *ilustrados* lo hice pensando en la *valentía* de *creer lo que no vemos para merecer ver aquello que creemos*.

Eso lo aderezó San Agustín.

Francisco Candiotti ya era cincuentón y su presencia me totalizó todavía más el refulgir que siempre le escuché de mentas. Cuando un hombre consigue que el caballo y el poncho y el sombrero manen una blancura digna del padre sol ya es crimen calificarlo como cajetilla.

Yo en el Cordón tenía dos uniformes siempre a mano por respeto al impacto que debe producir el porte de una autoridad soberana de vero.

No era por cajetilla.

El *príncipe de los gauchos* se aureolaba con un perfume que olía más a camelia que a Francia. Y mientras se nos iba acollarando en leguas a la redonda el hormigueo de familias y tribus y soldados y carretas y animales que fluirían hasta el Perú como una procesión jodedora de los arbitrios tributarios del rey me gustó ser bandido.

Churrasquiamos con Teodoro de Larramendi, su suegro. Otro horcón entrerriano de una amistad sin revés.

¿Con qué anteojo columbrar que algún día iba a tocarme ser el protector de todita esa América chapeada en oro astral?

Pepe el irrespetuoso del poder maturrango.

Y cuando nos despedimos el Tucho señaló la pueblada que empezaba a incrustarse en el horizonte rojo donde ya crujía Venus y me dijo que aquello era el *theatrum sacrum* barroco que merecían las pampas.

21 / MILAGRO

Los milagros se huelen.

En el 95 fue el Virrey mismo quien pidió mi aprehensión y al otro año el teniente Esteban Hernández recibió noticia de habérsenos avistado arreando tropa hacia la estancia de Pintos, en el Bacacay.

Y cuando nuestros bomberos sintieron retumbar el refuerzo facilitado por el comandante de Santa Tecla supimos que íbamos a ser tomados entre dos fuegos sin poder recular.

Entonces se me posó una especie de admonición orada en la entretela: *Tú no pediste la guerra, madre tierra. Yo lo sé.*

Y de golpe Matachina se peló al galope pa las tolderías y al cabo de dos horas eternas nuestros perseguidores fueron maloneados por doscientos charrúas que no obedecieron el llamamiento de alto que les espetó el sargento Francisco Domínguez y mataron a un dragón y a un blandengue y se retiraron unas cuadras a encubrirnos la fuga, conservando formación.

La emboscada fue certera y nosotros la esperábamos, aunque el doble despliegue de la pinza nos obligó a ampararnos con el recurso extremo.

Los charrúas son los reyes del macaqueo y precisaban más que nunca el ganado que les dejábamos, así que les montaron un numerito soberbio al baqueano y al lenguaraz y terminaron pidiendo disculpas por haber confundido al enemigo.

Expresaron que pensaron estar acometiéndonos a nosotros y no a una partida de su majestad.

¿Quién les podía creer?

Hasta Agustín de la Rosa le escribió al virrey lamentando el engaño y admitiendo la malicia de los que ya hacía años que me consideraban el Gran Cacique.

Pero aquella salvación fue un salado milagro y a mí arrebató una piedad espantosa por Ella.

Por mi tierra.

Lo aprendí con Garafales: *No me tienes que dar porque te quiera / porque aunque lo que espero no esperare / lo mismo que te quiero te quisiera.*

Y fue así.

Al poco tiempo cuajaron tratativas entre los Gadea y mi padre y manifesté intención de cejar con los arreos y en diciembre del 76 el virrey Pedro Melo dispuso en Buenos Aires la conformación de un Cuerpo de Blandengues destinado a la vigilancia de la frontera norte con indulto de fechorías para la tropa, a excepción del homicidio.

La decisión ni siquiera fue consultada con los trapalones de Madrid.

Y no sentí ni vergüenza ni honra de que aquello se hiciera nada más que para justificar mi reclutamiento, ya que nunca obré al cuete y me sobraba el paño.

Todo está señalado.

Y el cielo había avisado que empezaba mi adviento.

22 / PAÑUELOS

No me puedo acordar de la cara de la última hija que concebimos con Isabel.

María Vicenta Artigas Velázquez fue bautizada en el 4 como de padres desconocidos, y cuando tenía catorce me mandó unos paños exquisitamente bordados al Hervidero y el pedido de consentimiento para casarse con uno de los Bello.

Isabel había muerto al parirla, mientras yo comía carne fiambre enchastrada con barro ladrillero en Tacuarembó después que el rey firmó la denegación de mi solicitud de retiro por incurables padecimientos reumáticos y artríticos el día que cumplí cuarenta años.

Un mensaje monárquico.

Sírvase tomar por culo y que Dios le guarde muchos años, Vuestra Señoría y Ayudante Mayor del Cuerpo de Blandengues del Imperio Quijotesco.

Nadie podrá concebir con qué clase de perfume me oreó la ánima aquella bordadura de una hija portadora de sosiego chaná.

Le contesté a través de don Juan Esperati que el general era gustoso de que ella se casara con aquel mozo honrado y trabajador y dispuse se le enviara un pañuelo de seda y un asistente molemo que cebaba protegiendo a lo Ansina.

Hay perros muy felices.

Frutos alucinaba con la famosa chanza de que *Cuando más conozco a los hombres más quiero a los perros y a mí me daba murria.*

Lástima que al final fue conociendo al propio Frutos que le concedí razón.

Acá Charrúa colije que ya piso el estribo y me hociquea el mosquitero a cada llanto de urutaú para que lo refriegue.

Me cago en Satanás.

María Vicenta fue catequizada por Garafales en Villa Domingo y dizque terminó por ponerle Juan de la Cruz al quinto hijo. Y qué blancura enfática resultó que en la carta adjuntara corolas del rincón de los naranjos y dichos del santico.

Mi negro sesteaba salado porque de madrugada el urutaú se junta a gemir con los aguarás y ese embosque es más peor que una invasión de portugueses.

Anoche se me juyó el rostro de Vicentica y me ahogó tanta pena que le rogué a Joaquín que me rociara con los decires duros.

Cinco daños causa cualquier apetito en el alma: el primero, que la inquieta; el segundo, que la enturbia; el tercero, que la ensucia, el cuarto, que la enflaquece; el quinto, que la oscurece.

Y yo veía un pañuelo sobre una calavera.

¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu padre. Sal fuera y gloriáte en tu gloria. Escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón.

Pero no pude verla.

No te alegres vanamente, pues sabes cuántos pecados has hecho y no sabes cómo está Dios contigo; sino teme con confianza.

Después que Olaguer y Feliú me ascendió a Capitán le escribí servilamente expresándole algo así como que *un golpe sagrado me pondría en la carrera del honor* y en un canto de gallo me nombraron Sargento.

Pepe el hijo de Uropa.

El 98 significó un horrisono rejucilo de *qualiche* para los charrúas y los minuanes, aunque es de salvaguardar que hubo alguna inspiración bienhechora como la de Bernardo Suárez, que le escribió al virrey recordándole las prerrogativas y el derecho de naturaleza y de gentes que asistían a los salvajes.

Yo siempre le dije a Ansina que hasta cuando un hijo te habla de asuntos *prácticos* es porque va a alancearte.

Y los vecinos hacendados de Montevideo que me perdonaron la libertad y tejieron manejes de plumita de ganso pa indultarme y usarme en reclutando taitas no iban a ahorrar bajezas.

Dios es para los locos.

Las tribus mixturadas con bandidos tolderos parecían los camoatises que hondeábamos jugando a los gauderios en el Hueco de la Cruz.

En el 97 ya había prendido tapes que mandé prisioneros para la futura Muy Fiel y Reconquistadora, pero después las papas se nos acarbonaron de proa a mis *inchalás* y había que pisar huevos al mandar los informes recalcando que uno *no tenía orden de hacerles daño* cuando el propio virrey preparaba una masacre espoleado hasta por Azara.

A los blandengues me integré en Maldonado y allí le conocí a la pirfición las mañas al teniente Ignacio Martínez, que era muy paseandero y solía echar chuequedas ande la pulpería que quedaba al costado de la Torre del Vigía recién en andamiaje.

Al guapo de capirote le gustaba hundir las botas como si fuera el dueño de todos los médanos.

Y un día pretendió timar al maestro sastre Juan de la Vega y el comandante Ramírez de Arellano me presentó como testigo y lo bañé en bochorno.

Hasta que mi justiciero sino me llevó a incorporarme en pleno desierto a un escuadrón de más de cien soldados que enfilaba pa Arerunguá liderado por don Francisco Esquivel y Aldao y el desdichado pega una rodada y se mata en mi trompa y quedo yo al comando.

Y justo mientras lo enterrábamos llega un refuerzo dende Maldonado con Ignacio Martínez a la cabeza y lo enloquecí negándole veinte hombres que me pidió tratándome como a un doméstico.

Eso fue a lo menos jaranear un tantico en el infierno, porque se los trapalié exigiéndole el permiso escrito del virrey y esperamos tres días a que volviera el chasquero con parte

de Olaguer de que facilitara la ayuda solicitada y un buen aguijonazo de recomendación al babosa de que no rigoreara de valde a mis *inchalás*.

Me acuerdo y lloro, mierda.

24 / AZARA

El único remanso que hubo antes del malón del reuma y los ascensos que me empezó a negar Avilés fue haber sido nombrado ayudante del ínclito Capitán General Félix de Azara, a quien se le recomendó instalarse en Batoví para colonizar la frontera hecha guasca.

Alguien que *prioritariamente* quiera *ser alguien lustroso* jamás podrá *ser muy bueno* en nada, aunque rinda utilidades.

Su sobrestante era Pablo Mayllos, un cabecilla de la *conspiración de los franceses* guillotinado en el 94 en Buenos Aires y sometido a una jodida prisión de la que lo libró el *sabio colonizador* apelando a la *hermandad* que compartían con el virrey.

Entre fariseos no hay cornadas.

Yo conocía en esencia los lineamientos trazados por mi jefe, que eran doce propuestas muy puntillosas aunque reproductoras sustancialmente del informe que Rafael Pérez del Puerto produjo un año antes para Avilés, acerca de lo que ya había llevado a cabo en Maldonado fundando pueblos y repartiendo tierras *de valde* a los más infelices.

Lástima que en los apartados 2 y 12 de este plan se recomendaba reducir y exterminar a los charrúas, los minuanes y los perros cimarrones.

Tres escuadrones fundamentales para mi futuro ejército.

Mayllos era un jacobino conmovedoramente engatusado por el joven cónsul Bonaparte y la logia Gran Oriente que terminó por imponerse en Francia. Azara defendía al despotismo ilustrado y a las reformas servilonas propuestas por Campomanes, Jovellanos y Floridablanca.

Pero el iris de aquellos fogones donde a mí apenas me cabía mascar la bombilla aburrando las orejas fue que allí caté el jugo agitativo que chorreaba el Rousseau, a quien demoré años en leer por no estar traducido.

Ese era otro soñador alucinado de *hombrecitos nuevos* pero con don chamánico y sobre todo había hecho una rectificación preciosa del concepto de libertad, a la que no consideraba *un derecho natural* sino *la humanidad del hombre*.

Estoy contento, carajo.

Pepe, el indigente moribundo que agradece la posibilidad que le ofrecieron los vericuetos de esta vertiginosa morada de apropiarse de lo *suyo* al tranco y sin rodilla floja.

Que si piso la iglesia es porque me cobija de verdad.

Pero el mismísimo Jesús me avisó claritamente en un sueño de juventud que no escatimara espada en espantar pollerudos esclavos del *gualiche*, sin aludir a perdonables ciegos de la *historia alta* como Dámaso Antonio.

Me cago en los eventuales / y por si alguno se escapa / lo cago y lo meo al Papa / y a tuitos los cardenales.

Frutos solía atizarme el asco al mundo entero cacareando esa copla.

Pois cómo hubiese gustado de abofetear al pardejón desertor con un dicho de San Juan de la Cruz: *Quien obra con tibieza, cerca está de la caída.*

25 / REUMA

Azara partió en expedición a Cerro Largo y yo me reintegré después de repartir tierras en Batoví. Los portugueses amenazaban la frontera noreste y el ínclito me ordenó reclutarle gauderios voluntarios y pelarme enseguida pa las Misiones, como Ayudante de las fuerzas pacificadoras de Lecoq.

A Pepe el español de segundo orden no lo volverían a ascender hasta el 10 por su pasado criminal, pero cuerpeaba todo.

Y en el 3 pedí retiro temporal a Montevideo porque me noticiaron en Sandú que madre se nos iba y yo ya me podía contar los huesos, igual que en el salmo.

A Ansina lo compré en el 97 en una subasta bandeirante como *bestia de carga*, y lo libérté enseguida y servía en las haciendas de la familia. Había nacido en Montevideo en el 60 y mascó el anzuelo alistándose como pinche de cocina de unos piratas que se hacían pasar por balleneros y vivían de asaltar buques en las Malvinas. Y cuando pudo escaparse lo aprehendieron los portugueses en Río Grande.

El 1 de marzo llegué al chiquero amurallado y encontré al ciego Remigio despachando yuyos en la plaza y me informó que madre agonizaba en Carrasco y de golpe me acometió un viborazo reumático y tuvieron que cargarme hasta el Fijo, donde quedé postrado.

No podía con mi vida.

Pasé semanas aullando y sin poder doblarme ni pa chupar el mate que me aderezaba Ansina con pociones alquímicas que sabían a derrota.

La fe es para los locos.

Hasta que una mañana el negro volvió de misa con el horror hinchado como dos huevos de *berá* y me informó que acababa de constatarse una fuga nocturna de cientos de esclavos y era mormoración que pensaban ganar el Kilombo de Monte Grande.

Hubo tanto escandalete y tanta impropiedad para tomar medidas que el Alcalde de Primer Voto terminó por visitarme y rogarme consejo.

Y cualquiera colegía de que estaban paralizados mucho más por la *idea* revolucionaria que por la obligación de perseguir y prender al mandinguerío.

Entonces le recé horas a la Virgen del Carmen y repeché la fiebre enseguida.

Los alzados se habían establecido en dos Islas del Yí donde fundaron una república democrática que les duró dos meses.

Yo empecé a caminar encorvado y chirriando pero pude negociar con el baturrillo de vecinos y cabildantes el permiso pa producir una aprehensión pacífica con posterior encarcelamiento en la Ciudadela.

Y como no tenían otro jefe fui comisionado por el mismísimo virrey a comandar la expedición de captura.

El general de los juidos era un ex-pirata haitiano al que felicité en secreto.

Y en dos años los vecinos presionaron tanto a las autoridades para recuperar su mercadería humana que los rebeldes volvieron al infierno ahora espantosamente más escarnecedor de su yugo doméstico, aunque *algo* había triunfado.

26 / RECURSOS

El gobernador Ruiz Huidobro me gratificó el lance expidiéndome un pasaporte secreto que me permitía circular como un corsario en plena Sierra, y me reforzó con hombres del Regimiento de Dragones pa que cumplimentara con eficacia la masacre reclamada por los vecinos hacendados católicos y masones.

Esa fue la mejor mezcolanza que se fraguó en el mundo para mesianizar a un hombrecito nuevo que terminaría por doctorarse en alta suciedad.

Pepe Artigas prefiere terminar limoneasndo papilla de mandioca en la paz de Ibiray.

Entonces me decidí a desalojar al ejército exterminador que Rocamora había campado al ñudo en Arerunguá: justo el centro del *it* para mis *inchalás*, ahora barridos a merced

de los depredadores gauderios que bajaban por el Lunarejo a ganarles el ganado chúcaro y asolarles los toldos.

El *coquito* de la campaña podía tomar por culo su reuma artrítico algunos meses más.

Claro que Ruiz Huidobro y la peluconería codiciosa soñaban con que yo les obsequiara un trituramiento de infieles borrachos como dizque terminó por urdir Frutos en Salsipuedes.

Precioso Presidente.

A Rocamora le birlamos más caballada que a Sarratea con la yaguetesca pisada de mi Caciquillo pero el querellamiento resultó un triste trozo que nos jodió a todos: el espantajo fue relegado a Colonia y yo perdí el salvoconducto y quedé comiendo carne rancia en Tacuarembó chico.

Hasta que hubo otro milagro de esos que manda Ella, porque a Sobremonte se le ocurrió investir al sargento mayor Francisco Javier de Viana para desfazer tanto entuerto jocosos y se dignó nombrarme ayudante del que fuera mi condiscípulo.

Un ca-ca-ca-jetilla de intra-tra-tra-muros extra-via-via-viado en el desierto, hubiera resoplado el bueno del Tucho.

Entonces concebí mi primera *idea mayor*, carajo.

De Viana era incapaz de enlazar una vaca y además no distinguía las mixturas tribales ni de lejos ni de cerca.

Y era un muchacho *vacío de cielo alto* pero astuto y muy simpático, que se dejó ganar por mi parla de zapa y la boyada que le surtí y la *fazaña* que le trapalié poniéndole en bandeja a la *indiada pérfida* responsable del malón de la Casa de Piedra.

El sargento mayor de la plaza de intramuros arrasó con las mujeres y los niños de la tribu sin pizca de piedá, pero se glorió lindo entre el mandonerío.

Y después que ya estábamos en Guaripitá le solicité por escrito me concediera como merced de tierras el terreno realengo de los potreros místicos para mi uso y propiedad y lo firmamos presto.

Mi bello Arerunguá.

El *coquito* ascendido a fazendeiro y que ladren los que ladran, pazguato coronel Tomás de Rocamora.

El que no llora no mama.

De Viana también me concedió licencia para trasladarme por razones de salud a Montevideo, a lo que el virrey agregaría el uso de uniforme de retirado sin escatimarme el fuero militar.

Cuando el marqués premia tanto hasta el bufón desconfía.

Madre había expirado en agosto sin que yo pudiera azularla con mis panes y no hubo garcita blanca que no me la evocase enfilando a las Moradas.

El semblante enfermizo de padre se asemejaba tanto a un augusto corazón que un día solté un suspiro que parecía rezar: *Está ahora tan cerca. Si hay algo en él de lejos, seré yo.*

Pepe era nada más que un hombre solitario que fumaba en la noche sin estrellas del Fijo.

Hasta que una mañana me crucé con tía Pancha y Rafaela en la catedral y casi me arrodillo frente a aquellos Ojos de Plata que no tenían edad y habían empezado a amarme como si fuera su Hijo.

Me ocurrió toda la vida.

El problema es si Ella aparece engolfada en una corporeidad completa y tan asequible, igual que en los arcoiris provenientes de la *Bilú* y de Clara.

Estos últimos días, cuando me desanimo por la demora infinita y ahogada de mi derramamiento final me canto una coplilla que cargo dende párvulo y no sé a quién responde.

Hoy debiera contar hasta cien / y luego soñar. / Hoy debiera volver del oceano / y ser bienvenido. / Hoy debiera andar sin zapatos / casarme de pronto / sin saber con quien. / Hoy debiera contar hasta cien / hoy debiera contar hasta cien / hoy debiera contar hasta cien / y luego soñar.

Y el 29 de julio ya estaba suplicándole por escrito a Sobremonte el permiso para desposar a mi prima. Formulé el deseo de sacarla de su orfandá y pobreza, siendo hija de una madre viuda sin haberes ni auxilios seguros para su subsistencia y algún otro alegato caritativo *ad usum*.

Y no creo haber mentido.

Lo que no le podíamos explicar ni al mismísimo Larrañaga fue que *la orden de abrigarnos bajó desde un lugar donde se ama por nada y no se parece en nada a la virtud prudente.*

Tuvimos que sellar más folios que en la aduana y nos asistieron como testigos Bartolito Hidalgo y Pedro Feliciano Sainz de Cavia.

El tañidor de cielos y el excrementador de libelos.

La fecha de *unión de la pareja* recién nos fue obsequiada para las navidades y la Santa Madre nos ordenó lavar la consanguinidad ayunando los viernes y comulgando los domingos, además de rezar arrodillados tres Padrenuestros y tres Avemarías.

Fui nombrado Oficial de Resguardo en comisariato del Cordón al Peñarol.

Y Ella me acariciaba.

28 / JORDÁN

El día de la boda nos dirigimos en carretillas junto con los padrinos a la casa que habíamos alquilado en el Cordón y más tarde llegó Larrañaga a coronar el ágape con el obsequio de una planta exótica.

Ña Pancha, mi tía y suegra, nunca dejó de ojearme a hurtadillas como a un bandido encarnizado en soliviantar al prójimo.

Y la verdad es que yo nací pa traspasar al mundo con una espada azul.

Pero lo que de vero ella siempre me improperió fue que al conocer el poder y la gloria en Purificación rechacé la exorbitante ayuda que el Cabildo les votó para adularme y redomar mis broncas.

Casa y cincuenta pesos más un subsidio para la educación de Josef María era lo único justo y necesario cuando en el campamento donde se cocinaba la gobernación del Protectorado no teníamos ni güevos.

De gallina, se obvia.

Rafaela me desposó humildemente enjoyada por una diadema de jazmines del país que le amarró Martina.

Y fue una de esas mañanas que parecen tener francas ingenuidades de hermanas.

Cuando quedamos solos Rafaela ocupó el centro del lecho sin desnudarse y pidió para sostenerme un rato estirado entre sus bracitos, como dizque hay una estatua blanca en el Vaticano.

Y adoré mis tragedias.

Claro que mi sino sísmico se volvió a desarbolar en plena navegación mielera, xatamente el 27 de diciembre, cuando Ruiz Huidobro me mandó patrullar la costa al frente de una partida de presos armados hasta la rabadilla para atisbar un posible zarpazo inglés cotillado en Buenos Aires.

Bailamos, alardeó el piso.

Y en agosto del 6 a don Pascual se le ocurrió premiarme con el envío de un pliego personal a Liniers y al volver con la noticia del triunfo en Corrales de Miserere se me dio vuelta el bote y tuve que ganar la costa a nado y sentí que ahora estaba manducándome el barro sacramental del mismísimo Jordán.

Empezaba a ser otro.

Se me concedieron trescientos pesos de reparo por las pérdidas, además de ordenarse que se cumplimentara el abono a la mayor brevedad.

El donativo de 500 pesos que me obsequió el fondo de hacendados por aportarles *quietud de espíritu y seguridad persiguiendo perversos* demoré seis años en cobrarlo, sin embargo.

Trabajos, miserias y frialdades.

En Nochebuena nació Josef María, después de una preñez donde fui percatándome que en los Ojos de Plata que me aplacaron tanto empezaba a fluir irremisiblemente un horror agigantado por la vida infernal que abrazó Pepe el loco.

Ña Pancha no era zona.

29 / ANGLESES

Finalmente los muchachos del otro imperio decidieron vengarse de la Muy Fiel y Reconquistadora y congratular por sorpresa a Su Majestad Británica invadiendo Maldonado.

Dizque la soldadesca ujereó y envergó hasta a una imagen de la Inmaculada que había en nuestro cuartel.

El mal no tiene fondo.

En diciembre encabecé una misión de reconocimiento del sistema emplazado para anunciar un posible avance hereje por tierra hacia la Plaza, y al llegar le redaté un oficio a Sobremonte sugiriendo que se prendiera otro fuego en la Barra de Pando en aras a mejorar el avistamiento carrasqueño de las señales mandadas desde los cerros de Maldonado.

Fue como pedirle a Judas que rezara con fe.

Hasta hubiéramos podido sofrenar a los gringos desde la Punta Gorda porque el gauchaje de las estancias los inmovilizó en San Fernando y llegaron a buque, pero el virrey se nos había juído con casi toda la artillería.

Y el combate del Buceo lo cuerpeamos codo a codo con Yegros, que todavía andaba en la veintena y hacía sus primeras armas comandando una compañía del contingente guaraní.

Los gringos le incrustaron una bala esférica de mosquete junto al corazón y si no lo guapeo fiero al cirujano que lo desahució en Las Piedras se nos iba, nomás.

Y quedamos hermanos.

En el combate del Cardal establecí un piquete formado mayoritariamente por piones de nuestras haciendas, y los herejes nos arrasaron desconcertándonos con un envaramiento de desfile marcial y una gritería horrisona que dizque usaba el Magno en las campañas griegas.

Qué los parió a los gringos.

Y Rafaela en el Cordón escuchando la fusilería y el retumbar de las corridas de los casacas rojas, que terminaron por abrirnos brecha en el Cubo y apenas respetaron a la cajetillada del Cabildo merced a un golpetazo en clave de *hermandad* que el piloto Francisco Juanicó descargó desde adentro contestándole al invasor Bowell.

Yo fui apresado pero pude escaparme enseguida y me nombraron comandante interino de la Colonia del Sacramento, donde nos acuartelamos para organizar una resistencia al cuete.

Y en noviembre nació Francisca Eulalia, después que los imperios pactaron la retirada de los ingleses impulsores de los vitrales domésticos, la gacetería y el fomes contra los abusos arancelarios que engordaban al rey.

La niña murió muy pronto, lo mismo que Petronila, concebida en el 9.

Y la platería enjoyada que irradiaba el gracejo juvenil de mi esposa emigró a una llovizna de melancolía eterna.

Las pobres pobrecitas.

30 / TIERRA

La gloriosa junta del 8 me pilló acuartelado en Yarau, ejerciendo justicia y otorgando posesión legítima a ocupantes de terrenos realengos por comisión del nuevo virrey Elío, que me nombró comandante general de todo el Este allende el litoral.

Mi otro seguía creciendo.

Y en aquellos andares me empecé a liar tiernamente con Baltar y Blasito y Lavalleja y el revirado Torgués, entre otros futuros horcones *inchalás* del País que entuavía ni siquiera soñaba.

Pero estaba fecundando a mi verdadera esposa.

Muy poco tiempo antes de faltar el Supremo nos visitó en Curuguaty el trovero Benavides, un pariente de Venancio que nos desenrolló una preciosidá que retuvimos recio con Joaquín.

Para mí es como un Credo, y el continentito la cantaba sobre un floreo dulzón que bautizaron con una voz hermana de la *mulonga* gaúcha.

Milonga quiero, redonda / que una bordona profunda / como una azada se hunda / en la madre tierra honda. / Y que la tierra responda. / Y que la tierra responda / por lo mucho que sentí / por lo que nunca le di / como respuesta redonda / al pago donde nací. / Al pago y su suelo mago / maravilla de las huertas / de su corazón sin puertas / amoroso, verde, arado / de cien auroras despiertas. / De cien auroras despiertas / volverás a renacer / patria, bandera o mujer / las desplegadas y abiertas / razones a defender. / Milonga quiero de aquellas / que canta Carlos Molina / bordonas en tremolina / primas altas como estrellas / y un vuelo de golondrinas. / Y un vuelo de golondrinas / y el acero de un arado / que en el campo ha navegado / como una quilla marina / y el silencio sosegado. / Milonga quiero, redonda / que una bordona profunda / como una azada se hunda / en la madre tierra honda. / Y que la tierra responda.

Eso es ilustración.

Y hoy reverdece aquella espina seca: ¿cómo le canta el *it* a mi Provincia de la Banda Oriental del Uruguay?

Como un fuego de mierda.

Claro que Benavides también nos regaló el vendaje milagroso de un soneto *rezado* por un tal Juan Cunha, que también se apellida como un continentito:

Hay un verdor del que no sé olvidarme / y es el verde de un pasto y una fronda / y arriba es un azul a la redonda / que alguna vez sirvió para azularme. / Cuando me duermo vienen a buscarme / el verde me rodea en ancha honda / el azul en azules se me ahonda / que vienen cada vez a convidarme. / Arriba azul arriba abajo verde / lo cierto que es que ninguno se me pierde / por mucho que me aneble o acenice / por más que soplen años y desgracias / habrá un verde de pasto y un de acacias / y un azul que allá arriba se eternice.

Y al Hombre Nuevo Celeste que parimos en Purificación no puede tumbarlo naides. Lo declaro por fe.

¿Les molesta mi amor?

31 / JUNTA

En La Sierra uno se enteraba de más aconteceres que en el chiquero amurallado, y cuando ardió la sublevación y relevaron a Elío a mí me mondaron feo y ya no totalizaba ni cuarenta efectivos.

A la mierda la tierra para los infelices.

Pero había que ser bicho y esperar de tapado porque yo ya era el *otro* y la Banda iba a precisar jefe y pico pa hilvanar el desmande soñado por los revolucionarios de banquete de chácara.

Con todo respeto, se obvia.

Y como desde la mocedá anduve entreverado con los continentitos ahora venía a espionarme lo más suelto de lengua Antonio Pinto da Fontoura, un sumiso de Patricio Correa da Cámara, y yo seguía farseando mi parlerío servilón ya que el héroe se constela recién cuando lo marca el cielo.

Lo crudo era tener que rumbear cada dos o tres meses hasta el nido fatídico donde Rafaela ya pasaba horas llorando con la cabeza amortajada por un trapo de Holanda que hubiera rajado a tiras.

Aunque nunca le eché culpas al sino sacro.

Ca, una vez le escribí a Ña Pancha rezongando que Él a veces parece guardarnos todos los regalos juntos. Pero los blasfemeríos son reuma de la ánima y no hacen tan mal pecado.

Y qué buen cobijo hallé en la catedral para desembuchar ruegos por mis pobres pobrecitas, sin que pueda llamárseme un hurgador de templos. Lo importante es toldear las penas con ejercitación, pa que no se hagan peste.

Banquetear me gustaba.

Tanto en el Molino de Manuel Pérez como en la chácara del Torgués se chisporroteaba fiero, siendo ya Monterroso el vaticinador del gran sacudimiento cuando la trapacería del napoleonismo salvaje nos encocoró a todos.

Y el descollo arrasante en la Junta del 8 lo produjo Pérez Castellano, mi chamán de la infancia, acuñando aquella fórmula que le sirvió a Moreno para florearse en el albor del 10.

Los españoles americanos somos hermanos de los de Uropa porque somos hijos de una familia, estamos sujetos a un mismo monarca, nos gobernamos por sus leyes y nuestros derechos son los mismos.

Claro que el buen Mariano no adjuntó el mejor trozo del cura narigueta:

Si se tiene a mal que Montevideo haya sido la primer ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su Madre Patria y de hallarse por su localía más expuesta que naidas, la obligaron a eso circunstancias notorias, y no es delito ceder a la necesidad.

Lo único que mejora bajo este mosquitero es mi memorial letrado, porque la verba es vida.

Y la verga descansa.

32 / CARTA

El ascenso interino a Capitán de la tercera compañía de blandengues me lo concedió Soria a regañadientes recién cuando falleció Borrás y sometido a la augusta anuencia de Su Majestad, el lobisón ibérico.

Con diez años de atraso y la felona intención de que no siguiera espoleando la *admirable alarma* en mi señorío norteño.

Todavía me recuerdo garrapateándole a don Antonio Pereira con plumazos tan rabiosos que rasgaban el folio: *¿Y cuál ha sido el premio de mis fatigas? El que siempre ha estado destinado para nosotros.*

Y nosotros éramos, somos y seremos los soldados de la humanidad capaces de dar la vida desinteresadamente para ayudar a que germinen las primicias del Reino.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño. Este es el mundo, amigo, agonía, agonía.

Y fue en el mismo 10 donde se me comunicó la priorización realizada por Mariano Moreno en su plan de operaciones para que Rondeau y yo comandáramos la sublevación en la Banda Oriental.

La hora de Pepe el Jefe.

Lo que más me gustaba en las recaladas fernandinas era darme baños de estrellas desparrado en el mirador de la Torre, y una noche le soñé una carta al único político porteño que pude estimar recio.

Era una aceptación del convite que acaso rezó así:

Ah paisano le podría contestar tanta cosa si me asistiera la gracia de florearme como Vucencia en la doma de la tinta y el jarabe de pico de ganso pero tenga certeza que igualmente sería imposible expresarle lo que sentí cuando naufragué al volver de

Buenos Aires en 1806 y estuve a un punto de entregarme hasta que advertí que mi terreiro era un lecho nupcial aderezado por el Altísimo al servicio de un hombre más reventado que mandinga en grillete y creo que esa noche cagué barro del Jordán pero entendí el proverbio que le place proveer a Pérez Castellano de que Dios no elige a los capacitados sino que capacita a los elegidos y ahora me emponcháis con la honra de servir a los libres y siento como si tuviera que saltar de una torre y caer en mi pingó haciendo estimación de tanto abismo sin más baquía que mi fe en la luna.

Y de golpe se posó una garza rosada en la cornisa y seguí meta fumar boca arriba:

Acá los libres que me caldean el ánima son ciegos de las majestades del mundo y de hombres estragados por la barbarie de creerse superiores a Cristo y os aseguraría que vos tenéis los días más contados que el virrey Cisneros porque los desvelos que les regalamos a los indios y a los negros y al matreraje se catan con la seda de un dedo franciscano cordeonando el rosario pero el dragón que nos tiraniza en la Uropa y la América no conoce finalidad de espíritu y le hierra el vellón a los infelices sin mayor privilegio que purificarse en los vados del sol así que contad conmigo aunque no para alancear molinos de viento como el fidalgo godo puesto que mi corazón clarina y olfatea la verdá de esta selva igual que un yaguareté.

Y sentí que las estrellas eran nuestras luciérnagas.

33 / PEDO

Padre me enseñó a jugar al billar en el café de Salinas, que fue el primero abierto en intramuros cuando yo era muy cuzco. Y antes deirme pa Casupá ya no erraba carambola.

Nos pasábamos horas con Manuel Francisco estudiando bandeadas.

Y en febrero del 11 terminé de aprender que los aconteceres sobrehumanos son choques como aquellos del paño verde, donde uno pone sesera y el misterio hace chispa.

Es como si únicamente pudiéramos crecer conservándole fe a las carambolas que se urden en lo arcano para premiar lo justo y necesario, y de golpe nos rejucila el caracú en el ojo y reina el Hombre Nuevo.

¿Por qué demoré tanto en plegarme a la Junta de Buenos Aires?

A mí también me había henchido sobremanera la rebelión de Chuquisaca y siempre aborrecí el partido carlotista que debió desbaratar el propio Cisneros, además de estar noticiado puntualmente por Manuel Francisco de la embestida que pegó el porteñaje para llegar al autogobierno después que cayó Álzaga.

Pero eso fue el primero de año del 9.

Claro que cuando Paso logró soliviantar al vecindario montevidiano solicitando apoyo a la Junta de Mayo y lo ahogaron a gritos infamemente los esbirros de Salazar, yo no estaba en la Plaza.

Y la *hermandad* oriental conspiraba precioso pero precisaban de Jefe al *coquito* de la campaña.

Entonces fue nombrado virrey el zoquetón Elío y al punto relevó al valeroso y baquiano coronel Ramón del Pino en la comandancia coloniense y entronizó al brigadier don Vicente María de Muelas.

Un echador de culo hecho a la pirfición para menear la taba a favor de mi adviento.

Yo ya obraba a mi antojo en defección del régimen, y cuando perseguí a Zapata hasta Nagoyá me replegué gustoso sobre el Arroyo de la China como se me ordenó, en sabiendo que era un yerro. Porque dejar aproximarse al ejército de Observación porteño que comandaba el coronel Martín Rodríguez obligó a Michelena a retirarse al sur del Hum.

Y vale.

Pero Muelas necesitaba destratarnos a lo esclavista para *existir*, carajo. Lo malo es que haya tanta gente así que a veces todo dé asco.

Y una tarde me llama a vozarrón baboso pa increpar que mis hombres habían robado fruta en el huerto y como le retuqué una socarronería amenazó apresarme y ahí palmó la pasensia de Pepe el Capitán.

Me parece que lo taladré con un azul de tigre, porque casi se cae.

Yo había estado mazamorreando lindo al final del churrasco, y la leche con azúcar siempre me hincha la tripa.

Ni siquiera precisé palabras de deserción.

Salí taconeando tosco y en la puerta le rajé un pedo dedicado a todo el puto imperio.

DOS: EL AMOR DEL PURGATORIO

1 / GRITO

Yo aprendí dende mozo a gritar a lo indio y podía espantar mesmo a un tigre cebado, pero cuando el chasquero se me apareció en Santa Fe con la anunciación enviada por

Perico Viera del zarpazo de Asencio, sentí que lo que clarinaba en mi terreiro era el *it* de la Luz.

Y que ahora le tocaba a los maturrangos tomar el triste partido de la desesperación.

Lo admirable es que según el letrado soriano Ricardo Arocena, sumado a las partidas recién en Mercedes junto con los Gadea, la *cosa* arrancó en los campos de Tomás Rodríguez y Lorenzo Gutiérrez, dos vecinos estragados por las humillaciones que hospedaron a Viera y a Benavides y la tarde anterior al alzamiento saborearon un pericón con el mocerío del pago.

A la verdadera vida se la sirve bailando.

Rodríguez había pleiteado con un currutaco que quiso arrebatarle la estancia denunciando que allí se les daba amparo a gauderios transitorios, lo que se consideraba un grave delito.

Y se ve que después de ganar esa cuereada se animó a imponer Patria.

Lo mismo que en las insurrecciones de Belén y Casablanca, mis soldados de chuza y bola cometieron el dulce desacato de madrugarme.

Demoré tres semanas de marcha forzada en llegar a Buenos Aires y la Junta me recibió con honores, aunque en *La Gaceta* no se debió alardear pregonando que el vecindario oriental llevaría *el temor y el espanto hasta los umbrales* del gallegaje.

Claro que si pensamos en los desmanes que hubo que rectificar después de la toma de Santo Domingo, no les faltó razón.

¿Pero siempre se olvidan de lo hermoso?

En diciendo Artigas en la campaña todos tiemblan, cacareó el desmadrado pazguato de Salazar.

Pero por *amor* también se tiembla, carajo.

Al final tuve que advertir yo mismo que aquella soldadesca sin experiencia de guerra ni armas calificadas tocaba *la terrible alternativa de vencer o morir libres*.

Lo que les hacía falta era la espesura de aquel *cielo más alto* que yo aprendí a olisquear despatarrado en las tolderías.

Esto no era una regolución de banquete ni de nombrete.

Dizque en Mercedes los rebeldes designaron al patricio Reyes como parlamentario y el hombre se fajó y le reclamó al Comandante la entrega de la Plaza con el desgaire y el desembarazo de un completo militar, haciéndole creer que las tropas sitiadoras eran regulares.

Y les dio tres minutos para rendirse.

Inmediatamente se cambiaron de bando veinte voluntarios hijos del país y los nuestros les advirtieron que se señaran el sombrero con un pañuelo blanco para no ser agredidos en caso de que cundiera un enfrentamiento armado.

Una delicadeza.

2 / ÁRBOL

Un mes antes de que se librara la batalla de Las Piedras mi primo hermano Manuel dio la vida ocupando San José.

Para mí fue una pérdida de sangre bautismal: ahora el *otro* lloraba.

Y cuando los godos nos salieron al paso en Canelones hubo tres días de lluvia que dificultaron la incorporación de Manuel Francisco, que llegaba a marcha forzada desde Maldonado.

Pero el 18 soleó, y aunque en los dos ejércitos ya había muchos borrachos nuestros bomberos informaron que Posadas alineaba presidiarios salteadores de tabernas y ya supe que el Espíritu Santo y el *it* charrúa quemarían lo corrupto.

Donde sopla lo sagrado se desinflan los chanchos.

El ardid esencial fue lograr que la caballería de Antonio Pérez arrastrara a Rosales, que al final se desgajó legua y media persiguiéndolo y obligó al grueso a desencaramarse del cerrillo ventajoso.

Cuando Posadas lo asistió y se topó con nuestra carne gorda reculó triangulando los cañones de a 4 y los obuses de a 32, pero ahí nos desplegamos y les ordené a los voluntarios fernandinos y a los blandengues que desmontaran para engrosar la infantería.

El cuerpo de reserva se lo confié a García de Zúñiga.

El combate se formalizó ya con el sol muy alto, y teníamos que evitar que ellos retrocedieran a fortalecerse en Las Piedras.

Las bombas empezaron a dañarnos, pero dos indios enlazaron y bolearon a un cañón y a su artillero, entablándose una carnicería cuerpo a cuerpo.

Y mientras me dirigía a arengarlos un obús me reventó el caballo, y fue recién al talonear la otra monta que caté que ahora nos parecíamos a una anaconda estrangulando a un tigre.

Les toca llorar, godos.

Hasta que a media tarde le sablearon el rostro a Posadas y después que levantó bandera de parlamento envainé y lo intimé a rendirse a discreción.

También les prometí la vida a todos, aunque no columbré que ya pudieran tener 97 muertos y 61 heridos. Y ahí me fluyó la probidad minuán de no matar por gusto y pedí clemencia a gritos o venía degollina.

Fue una de mis poquísimas batallas encabezando tropa.

Y no es que no me haya importado que la Junta Gubernativa de Buenos Aires me elevara al rango de coronel y decretado una espada de honor.

La *luz* es otra, coño.

Esa noche ni siquiera me arranqué las cáscaras de barro que me acorazaban el reuma y cuando caí en el catre a lo tatú me sentía un hombre nuevo.

Y soñé ser un árbol que llegaba hasta el cielo para que alguien le acariciara las tristes canas verdes.

Tú no pediste la guerra, madre tierra: yo lo sé.

3 / TARTAMUDO

Los portugueses nos invadieron dos meses después de Las Piedras y nosotros en ayunas del embrollo palatino.

Después supimos que Sarratea había estado en Janeiro dende abril negociando con Joao VI y Carlota Joaquina la entrega de la Banda hasta que el inglés Strangford intercedió por los godos.

Lembro que tras la *redota* le señalé a la Junta paraguaya que no mediando la inacción de mi Jefe Rondeau, quien se incorporó al Sitio recién en junio, hubiésemos arrasado enseguida con aquel chiquero lleno de cobardía y hambruna.

Y hasta tuve que apurar la hez más humillante exigiéndoles rendición en aras a *conservar ileso al augusto Fernando VII del tirano de la Uropa.*

Voto a bríos que fue la única vez en mi sobada vida que lo menté, carajo.

Entonces al virrey se le ocurrió tentarme con dineros y honores y respondí que tal señuelo era una afrenta indina y aborrecible y apresé al mensajero pa que lo juzgaran en Buenos Aires.

Aquel servilón sí que se salvó enancado sobre un piojo, porque en el 18 no hesité en fusilar a don Pascual Moreno, portador de un envite con la misma calaña.

Porque allí mandaba yo.

Y cualquier causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios.

Al cabo Elío se vengó expulsando a las familias liadas con la insurgencia y la tarde que bajé en brazos a Rafaela de una carretilla sentí que ahora conformábamos el reverso de la estatua vaticana.

Se dividen las vidas.

A los franciscanos los tiraron una noche casi en pelota entre la cimarronada y mandé una partida pa auxiliarlos.

Después contaban en plena llerera que cuando ya arrastrados hasta el Portón le rogaron a un tal Pampillo les dispensase recoger los breviarios y los mantos en el nombre de Dios y María Santísima, el godo blasfemó protestando que Nuestro Señor y Nuestra Señora no existían.

El imperio cristiano.

Rondeau seguía concibiendo la irrisoria resistencia en los dos frentes, aunque caía de sí que dilataba el plazo para la consumación de otro tejemaneje y hasta el propio virrey tramoyó un bombardeo divertido contra Buenos Aires.

Yo recelé enseguida que el punto iba a ser concertar zafiamente un retiro y calificar a los continentitos de Souza como *pacificadores*.

Y cuando cundió el fomes y mi pueblo pidió junta pensé en el Tucho Arrieta y su *puro* españolismo.

Entonces le dedicamos una copla con Bartolo:

Cielito del tartamudo / que siempre dijo que no. / Sigo pobre y no me vendo / la puta que los parió.

4 / PACIFICADORES

La verdá va adelante.

Y en aquel aje amargo donde la Banda pareció escorarse derecho al finisterre sentí que a Pepe Artigas lo reclamaban todos y él no sabía quién era.

Lo hermoso fue enterarme que el presbítero soriano Tomás Gomenzoro alucinó a tal grado con la causa independentista que el 25 de mayo le estampó una partida de defunción a la tiranía en el libro parroquial.

Y esa clase de augurios ya no pueden tacharse.

Dizque Elío informó a Souza que los insurgentes éramos unos gauchos inorantes compelidos por la fuerza y sin armas, aunque con aptitudes para quitar carretas y caballadas.

No conocía la fe que amasamos para *durar*.

Y en setiembre sus edecanes transaron un cese de hostilidades con el triunvirato bonaerense y santas pascuas.

Rondeau recibió la orden de esperar el arribo de José Julián Pérez para ajustar el armisticio con Elío y cuando el encopetado se allegó a interpelarnos yo me negué absolutamente a aprobar aquel chanchullo.

Entonces se resolvió convocar una junta de vecinos en el Cuartel General para esa misma noche.

El reuma se me volvía plomo en la calavera y me acucillé en el establo a gargajear melaza de naco y primero se metió Javier de Viana a preguntarme con qué recursos pensaba resistir a los portugueses y le contesté que con palos, dientes y uñas.

Creo que esa vez no conjuré a los perros cimarrones.

Y al rato aparece Rafaela con una diadema igual a la del casamiento y me di cuenta que las palomas invisibles que fingía acariciar eran Petronila y Eulalia y la hubiera abofeteado.

¿Por qué no se moría?

Y en la panadería de Vidal y en la quinta de La Paraguaya caté con llaga propia que cuando se habla de *ruptura de cadenas* o *mundo nuevo* o *regeneración política* hay que poner los güevos a asar aunque se coma bosta.

Mis paisanos en armas me empezaron a llamar el Jefe de los Orientales y nos retiramos hasta el arroyo San José rumiando una esperanza que se nos estragó con la ratificación inmediata del armisticio.

Y Elío incluso osó proclamar una pomposidad donde se nos invitaba a disfrutar de nuestros bienes sin que hubiera persecución por ninguna turbulencia pasada.

El delito había sido *existir*.

Y fue allí cuando mi gente se ofreció a dejar todo y marchar protegida por la *locura* de mi libertad.

Entonces la caravana *redotada* penetró en el relumbro de un horizonte rojo y pude asir el suave perfume de mi ánima.

La pobre Ojos de Plata.

5 / LUCIÉRNAGAS

El gran Moisés.

Ya corriendo diciembre acampamos en el Salto Chico. Entre ejército, familias, caballos de reserva y boyadas y ovejas sumaríamos fácilmente treinta mil criaturas.

Buenos Aires me nombró Teniente Gobernador de Yapeyú y me cedió a los blandengues veteranos y ocho piezas de artillería.

Un triunvirato solícito.

Vigodet fue nombrado virrey y clavaba las cabezas de los malhechores que asolaban el Este casi desierto.

Todo por amor al rey.

Entonces mandé levantar un Padrón de familias y les dirigí una nota a los paraguayos con mi primer edecán y agente confidencial Francisco Arias, donde exponía un plan de confederación entre las repúblicas hermanas, independientes y democráticas que me ilusionó mucho.

Los portugueses nos seguían tarasqueando pois aquel armisticio era tinta simpática y celada de exterminio, por lo que me decidí a sosegar nuestra cruda libertad allende el Hervidero.

Y aunque me pintó susto, pensé que el *Urú* era una hilachita con meneo de muselina cumparado al Mar Rojo.

Las familias terminaron de vadearlo antes de Navidad, y los demás nos quedamos en custodia hasta enero.

Pero la noche antes de la cruzada me visitó una *bilú* que me esperaba para flamear sobre mi envergadura con un coño de ágata y me desperté hecho leche y salí a recorrer el campamento y sentí que los fogones y los cigarros relumbraban como un estrellerío florecido en nosotros.

Allí, entre los andrajos.

Yo le tomé afición al rosario y a la Vulgata recién en Curuguaty y solía leerles trozos del Éxodo a los niños, convirtiéndoselos a su idioma. Hasta que aquellos ojazos húmedos se les acollaraban haciéndome soñar con la Patria que vide.

Mi Purificación.

Y Ansina solía cantarles por arpa doradísima:

Sólo el recuerdo del gran Tupá / y las promesas de su Cuatitaité / dieron a nuestro corazones yeroviá / en esa larga angé piharé.

Sólo el recuerdo del Libro de Dios nos dio esperanza en la noche pasada.

Y una vez le comenté a uno de los viajeros que cada tanto atracan a inmiscuirse en lo íntimo:

Los niños americanos tienen que saber que se puede elegir entre el cautiverio y el desierto.

El vadeo hecho a cacunda y con balsas y carretas y pelotas de cuero iba formando charcos color lastimadura que al menos le endulzaban la sed a las gaviotas.

Mi pueblo de luciérnagas.

6 / BABILONIA

En el verano del 12 le expuse a los porteños mi plan para hacer disparar irremisiblemente a los portugueses, contando con el apoyo de tropas correntinas y misioneras en las que ya fervoraba nuestro fomes.

Pero a la rinconada de las buenas pasturas del Ayuí recién nos dirigimos cuando colmilleó mayo.

Y antes pasó de todo.

Cuando llegó Laguardia, el comisionado de la Junta paraguaya, euforizamos cuatro días con sus noches bailongueando entre aquella desnudez y hubo vivas radiantemente mutuos y se gastó hasta en bombas.

El guaraní parecían derrochar fe en la cosa.

Nos trajo nada más que tabaco y yerba y los porteños igualmente recelaron de una eventual *seducción*. Me aprobaron el vadeo hacia la Banda y el comienzo de un desgaste guerrillero centrado en Santa Tecla, pero tampoco me mandaron hombres.

Y entuavía me humillaban recomendándome que verificara mis acciones con la *casi moral seguridad de conseguirlas* y sin olvidar que el principal objetivo era la toma de Montevideo.

Por lo menos de vez en cuando me hacían reír, los logieros de mierda.

Y cuando recruzamos el *Urú* rugí bilis tratando de evitar que las familias se nos ensanguijuelaran y a más llovía rabioso y vi desaparecer niños arremolinados con total impotencia y después que los continentitos nos obligaron a refalar en reverso como cuzcos pedreados acuñé un de profundis imborrable.

Cuánto les cuesta a los hombres decorarse con el carácter divino de libres, Señor.

Los porteños se hicieron con un triunfazo en el Alto Perú y enseguida amañaron el armisticio Rademaker Herrera y nos cayó al Ayuí el tinterillo Sarratea como General en Jefe del Ejército del Norte, siendo yo descendido a Capitán en la Banda.

El *hermano* ampulaba un perfume destinado a que los miserables se sintieran estiércol.

Y al cabo terminé pidiéndole que incluyera en la acción de gracias mi rechazo al nuevo cargo y se me considerara un *ciudadano común* y recordé al profeta: *Fijate de qué lado de la mecha te encontrás. Con tanto humo el bello fiero fuego no se ve.*

El Napoleoncito acampó en el Arroyo de la China meta festicholeo y dende allí empezó a surtirse con mi gente.

Y Joaquín mormoraba una copla tucumana: *Detrás del ruido del oro / van los maulas como hacienda / no hay flojo que no se venda / por una sucia moneda / mas siempre en mi patria queda / criollaje que la defienda.*

En un mes me abandonaron Baltar, Ojeda y Valdenegro, y el jedoroso formó un ejército con blandengues y todo.

Y una noche muy blanca me retiré a pispar un pericón brujiento que se arma entre las vizcachas y los ñacurutuses y pensé: *Hay que salvarse.*

Aunque de conocer el *Cuatiaité* también hubiese cabido confesarle a la luna:

Junto a los ríos de Babilonia estamos sentados y lloramos.

7 / PUEBLO

La cosa era durar.

Y en agosto me socorrió un milagro, porque los tole-toles que se armaban entre los juidos a Sarratea y mis asistentes fieles ya nos hacían parecer las achuras de un ejército

y eso me recordaba a las vizcachas y los ñacurutuses periconeando abajo de la *guidaí* para folgar al diablo.

Y entonces aparecieron los vecinos encharretados por sus meros güevos a pedirme independencia y separación de la pringosa Junta y hasta me mandonearon exigiendo decorarse con el autogobierno que siempre les prediqué.

Qué linda que es la vida.

Pero lo de más intriga fue que don Miguel Pisani, mi secretario militar y traductor oficial también pasado a filas del jedoroso, me haya caído al cuartel el día anterior con el rabo enrollado.

Yo jamás iba a dejar de estimarlo porque le debía el conocimiento de Paine y Rousseau, sumado a los importantísimos desgloses que me aportaba sobre los masones.

Y si bien resultaba un blandengue de entereza cincelada en batalla y en sagacidad puesta siempre al servicio de la liberación, al maltés todavía le faltaba entender *quién era él mismo*.

Nada lo del ojo, tuerto.

Barreiro nos dejó solos y el otro don Miguel sudoreó en pleno agosto pois traía trozo gordo, y confieso que debí disimular un sobresalto cuando me notició que el nuevo Triunvirato impuesto en Buenos Aires respondía a los Lautaros y que habían decidido enviarme al Vice-Venerable mayor Alvear para zanjar la desunión sembrada por el tinterillo.

Pero mira por dónde se endereza el descule, llegué a pensar y al punto hice escudo en la fijeza de mi azul atigrado que es capaz de arrodillarle los ojos a cualquiera.

No siempre soy modesto.

Y enseguida recibí proposición formal de adhesión a la Gran Logia en pos de la unidad imprescindible para abroquelarnos contra toda tiranía extranjera y ardí en exaltamiento, hasta que el maltés murmuló que el jerodoso también pertenecía a la reconstituida *hermandad*.

Entonces me limité a argumentar que con las dificultades presentes nos convenía emprender la marcha a Montevideo y después entrevistarnos con el Vice-Venerable.

Pepe pisando huevos.

¿No comprendía el buen tape San Martín que si se entreveraba con todo el baboserío íbamos a virar hacia la estrategia inglesa de dividir y encima monarquizando?

Y justo al otro día mis vecinos forzaron el desmadre celeste y resolvieron por asamblea comisionar a Martínez de Haedo pa exponerle al Cabildo porteño y al nuevo Triunvirato su sacrosanta investidura de pueblo en armas constituido solemnemente y guiado por mi *dignísima* persona.

Patria nuestra que estás en los que duran.

8 / MUERTE

La única muerte que existe acontece aquí abajo, al rajarse la alma. Después lo puro viaja, y eso es una verdad sin discusión nada más que para los indios y los negros.

La mayor parte de los mentados *cristianos* pierden la fe en el vuelo a las Moradas de su Majestad por ocultar el *it* natural y mentir oropeleando, y el mundo da mucha pena.

El Vice-Venerable Alvear se reunió a gatas con el jedoroso y ampuló en concertar un encuentro posterior conmigo en Sandú, pretextando haberse caído malamente de su *bicho*.

Así era como nos llamaban los logistas a nosotros.

Yo me excusé de no poder asistir en nota ceremonial y bajamos acompañando a las familias hasta que campamos cerca de mis potreros.

Yo era un hombre bueno / si hay alguien bueno en este lugar / pagué todas mis deudas / y mi oportunidad de amar / sin embargo estoy tirado / y nadie se acuerda de mí / paso a través de la patria / como el fantasma del Ayuí.

Al atardecer caen coplas de lo lejísimo que me hinchán el corazón como arcoiris pinchudos.

Me han ofendido mucho / y nadie dio una explicación / ay si pudiera matarlos / lo haría sin ningún temor / pero siempre he sido un loco / que creyó en la humanidad / ahora que me estoy yendo / ya sé lo que es la libertad.

En octubre le bajé orden a Culta de que iniciara el segundo sitio con la División Descubridora y después se le sumaron las tropas de Rondeau.

Yo intenté que los paraguayos amagaran conjuntársenos para insuflar más pavor, pero Sarratea se sentía a tal guisa un Luis XIV intrigando y desintrigando y desobedeciendo hasta a sus cajetilludos *hermanos* que terminé por enviarle una precisión donde le sugería respetuosamente que se dejara de mandonearme y tomara por culo.

Entonces le tramoyamos un robo nocturno de más de tres mil caballos y bueyes con el Caciquillo como ellos sabían urdirlo y la porteñada se despertó en pelota y no pispaban ni polvaderas porque los charrúas usaron el camino tropiyero para fuyir y el déspota ilustrado tuvo que resignarse a escribirle conciliadoramente al anarquista Artigas.

Y durante dos semanas no contesté ni mu y le curté tan bonito la pasencia que el 2 de febrero del 13 me declaró traidor a la patria y al breve cayó el Torgués a mostrarme dos pistolas riquísimas que le había agenciado el jedoroso pa que me asesinara.

Lo malo es que todo aquel odio fue cavando una llaga sin fondo en la oscuridad de oro donde me engolfo a recordar estrellas.

*Tantas veces me mataron / tantas veces me morí / sin embargo estoy aquí / resucitando.
/ Gracias doy a la desgracia / y a la mano con puñal / porque me mató tan mal / y seguí
cantando. / Cantando al sol como la cigarra / después de un año bajo la tierra / igual
que sobreviviente / que vuelve de la guerra.*

Aquel odio.

*Y en mi tumba tengo planes / y coplas que no me hacen mal. / Después de muerta Bilú /
vos me vendrás a visitar.*

9 / ILUSIONES

Cuando Ansina desarrebuja el mosquitero y me aúpa pa sentarme a desagotar en la bacínica espabilo cual mariposa y me duele la luz.

Pepe en su trono triste.

El Triunvirato alvearista y la Asamblea Constituyente terminaron por guillotinarle las ínfulas a Sarratea y me nombraron Comandante General de los Orientales, y el 26 de febrero desfílamos desplegando ilusiones a raudal.

Los corrillos ventilaban que los cinco mil hombres de la patria tupacamara recibidos con galas y banderas y música habíamos virado en un santiamén de enemigos a salvadores, y hasta la gallegada que oteaba desde el chiquero parecía respetarnos.

En abril tuve que recordarles a los congresistas que recobrar la honra nos costó 529 días de vida en la Gehena.

Y cuando la artillería nos saludó desde el Cerrito pensé que ni siquiera la victoria había sido capaz de decorar a Rondeau con la altivez charrúa.

Y que no hay nada más peligroso que un bonachón sin fe.

Lo malo es que al hendir con la espada el mediodía flamígero en saludando a Zúñiga recordé las tres carretas que tuve que pedirle de favor para traspasar a mi familia dende intramuros.

La podrida miseria.

Y de golpe vi posarse una paloma sobre una viuda que tenía encuarzado el llanto por debajo del tul y sentí como si se alzara un puente entre dos desiertos y se me irguió la ánima.

El Torgués cató al punto el *ashé* de Cupido y supo ingeniárselas pa murmallarme que aquella era la famosa pulpera de las Tres Cruces.

Entonces me floreció una humedad en la verga.

Y entre tanta bella unión se banqueteó abundoso y me aginebré brindando con el destacamento charrúa y la felicidad me obligó a desprenderme de la perla barroca para que el Caciquillo se la remitiera a *Bilú*.

Esa tarde terminamos jaraneando frente a las vacas que Vigodet mandaba meter en el foso, y cuando los muchachos empezaron a desorbitar a los maturrangos con flechazos de diversión rubiqué la judeada volteándome a rajarles un tremebundo pedo a las murallas.

Les tocaba llorar.

Lástima que en menos de una semana los porteños nos mandaron al pelucón Vidal portando auxilios y órdenes, y tuve que aplacar a Rondeau y consultar debidamente a mis paisanos antes de jurarle lealtad a la Asamblea Constituyente con Te Deum pomposo y todo.

El 20 Belgrano triunfó de sopetón en Salta y las fuerzas centralistas no evacuaron el sitio como estaba previsto.

Y de paso podían *atajar o precaver mejor las intrigas de Artigas*.

Me cago en las ilusiones.

10 / MOZAS

Ahora cato que la huesuda ha de andar por bolearme a rajacinchá con las *laidetí*, porque Clara está tocando el Minué en Re.

Matilda Borda, la pulpera de las Tres Cruces, también hacía volar esta delicia.

El 3 de abril se descolgó un diluvio tan arrasador que hubo que postergar dos días el Congreso donde debíamos instruir a los nuevos delegados electos por los pueblos antes de juramentar el reconocimiento a la Soberana Asamblea Constituyente ya reunida en Buenos Aires.

Y si bien en intramuros les asistió el derecho a atribuir la tormenta a un milagro obtenido por rogativas para paliar la pestífera sequía, yo agradecí a los cielos el podernos regalar un larguísimo amor con la dama luctuosa.

Ella se reía poco.

Pero cuando supe que en Las Piedras le habían enseñado a tocar el piano la impelí a despenarse y me obsequió una danza que yo retuve siempre como de autoría de Mozas, aunque al saberlo Clara en San Isidro me corrigió socarronamente el apellido que le atribuí al tal Guillermo Amadeo.

Qué linda que es la vida.

Con la Matilda fuimos esposos tórridos hasta que contramarché a Arerunguá en el 14, y cuando nació Roberto lo reconocí mío en la parroquia porque ya no era escándalo.

Josef María hizo constancia aquí en Ibiray de que lo tenía en gran afecto, aunque no me cayó en gracia que la superlativa bondad de mi muchacho lo llevara a ser sucubado por el orondo Oribe.

Hay héroes y héroes, oxe.

Parece que don Manuel le chupa el corazón confiándole misiones tan delicadas como cuidarle al propio hijito, lo que yo considero esclavatura versallesca y no tarea honorífica.

Va a terminar jodido.

A la pulpera le gustaba cabalgar amazónicamente sobre mi *filosa* como si en cada polvo le ganara una penca a la inmortal desgracia de este mundo, y al bajar por última vez en el 17 le regalé la espada con que me adornó Córdoba proclamándome su Protector.

Dizque Matilda tuvo otros dos párvulos y murió de sobreparto, adquiriendo finalmente mi arma el buen Leandro Gómez.

Claro que nadie sabrá jamás que el arco de aquel acero evocaba a mi *filosa*.

Me acuerdo que la tarde cuando me presenté en la pulpería a aportarla como recordación di protesta sobre la ingratitud y el abandono cosechados en mi patria.

Y lloré corcoveando.

Clara sigue tocando a Mozas en su dormitorio y no puedo hacer acuerdo del verdadero apellido del genio que presumo era húngaro.

Al Tucho le placía mofarse de sí mismo cuchufleando una copla mero mórbida:

Es la muer / es la muerte que ya vendrá / galopan / galopando en la oscuridá / por la sel / por la selva aparecerá / ya soy vie / ya soy viejo y sé que vendrá.

11 / ORACIÓN

La patria pone su huevo celeste a contraluz.

Cuando dejé solos a los delegados después de leer la Oración Inaugural del Congreso me las pelé a fumar a escondidas.

El molino de Cavia jedía a merengue de paloma y el pánico me acogotaba.

Y lo peor fue que en ese momento ya sentí que Barreiro iba a terminar engrillado por ampular retorizantemente la tantísima verdad que había en el amanecer de nuestro puro pueblo.

Yo soy juglar de sobra, y si los asambleístas admiraron aquel rollo floreado pa palacio y moquearon en conmoción fue porque los zamarrié con resplandor de tigre y serenidá filosa.

A la gente hay que embelesarla comediando el relámpago de la divinidad.

Y ahora sentía como si me colgaran dos pelotas de río empingorotadas por el cimarrón madrugador y el último jineteo de Matilda donde jugamos al amamantamiento, pero no me desbragué hasta yesquear el segundo naco.

Y fue meando sobre el encharcadísimo iris del mediodía que asumí contemplar lo inasible en pro de la paz expulsa.

Lo que hago dende mozo es recrear una de las jaculatorias del rosario.

Y aquella vez improvisé de acuerdo al reverbero aguijoso de la duda, tanto en la invocación como en el petitorio.

Imposible recordar la minucia, pero vale.

María, madre de gracia, madre de misericordia: defiéndenos de los enemigos de todo pelaje y ampáranos ahora y en la hora de nuestra derrota por no hociar frente a los que nos consideran perros de la locura en aras a adorar la dulce fecundidad de tu sonrisa en vuelo.

Bilú, mi Pachamama, vientre de nuestra tribu: defiéndenos del godo imperioso y el peor americano y ampáranos ahora y en la hora de nuestro sacrificio por no traicionar la ánima de la mestización según nos catequizaron los caciques empolvadores de tus tiernas pasturas.

Ojos de Plata, esposa virginal de mi poso en el it que fervora más allá de cualquier estrellerío y nos insufla el soplo de la carne resúcita: defiéndonos de las hermandades

que nos corroen con el gualiche del jedor ilustrado y nos roban las sagradas palabras para despotizarlas.

Que no se use lo divino para decorarle máscaras a la oscuridad muerta y la patria no entristezca por sequía de la fe en la Nueva Humanidad.

Que nuestro duro deseo de durar no clave en esclavatura a la tolerancia hópita de todos los tambores moradores de amor.

Que no importe no ver lo que sembramos hoy pero que su verdad alimente puebladas con horizontes rojos.

Que seamos verga santa del futuro alanceado hacia la saciedá de la jarra de piedra do nos mana la Fonte.

12 / DEMIURGO

Mejor es sufrir por Dios que hacer milagros.

Y no hay peor desprecio que no hacer aprecio.

Pasamos todo el 13 esperando que los porteños respetaran la inspiración fluyente del apóstol Paine y Larrañaga terminó por quedarse a estudiar bichitos en Buenos Aires pa palear la vergüenza de su hociqueo frente a las medias verdades logieras.

En intramuros ya comían ratas y hasta se ilusionaron alabando al Altísimo tras la llegada de la expedición Lorca mientras nosotros organizábamos besamanos pa festejar el tercer aniversario de una regolución corneada por el odio.

Y me odiaban a mí.

Al único demiurgo de una Humanidad Nueva que Dios le dio a esta América.

Cada uno sueña lo suyo, y los siervos de la soberbia y la envidia soñaban que el demiurgo no pudiera parir una patria hecha para la admiración de las edades.

El centralismo salvaje era capaz de incendiarnos la fe para imponer tristezas, y el peor pecado es la desesperación que nos hace renegar de las obras perfectas.

Ansina reconoce enseguida la seña con que le pido que me cante *La réplica del payador artiguista*.

Rememora mi decisión de abandonar el sitio y asentarme en el centro de mis recursos para sangrar mi obra.

No importaba más nada.

Y el guitarreo y el hálito del negro que ya frisa los noventa y se amaña pa auparme hasta el servicio entran al mosquitero como un collar de estrellas:

Cansado estoy del silencio / que guarda mi guitarra, / mientras sigue la farra / al Pueblo reverencio.

Quisiera que mi bordona / así como mi prima, / hablaran de mi estima / y de mi alma que perdona.

Aunque puedo callar / cuando se me ofende, / mi aliento se suspende / al oír blasfemar.

¿Acaso no es blasfemia / el suponer la traición / contra toda tradición / que respeta la decencia?

¡Habéis nombrado a Artigas / ofreciéndole precio / a pesar del desprecio / mostrado por sus fatigas!

¿Qué son vuestras propuestas / sino graves ofensas / de gentes propensas / a endemoniadas apuestas?

De la Patria la causa / es la del buen Artigas. / ¡Aunque seáis como hormigas, / él no os dará pausa!

Después de los desaires / que ha sufrido con valor, / es de Artigas el fervor, / a pesar de Buenos Aires.

Sabemos que buscáis / traer la disensión, / olvidando que a la nación, / y a todos perjudicáis.

Con estos pocos versos, / en enero del catorce, / contestó esta noche, / mirando al universo.

13 / GUIDAÍ

Y muy poco rato antes de abandonar el sitio recibí una señal de lo que iba a costarme tamaño asalto al cielo.

La luna siempre aloma pirfición agorera.

Apenas se hizo la noche ceremonié encajonando el uniforme juntista y les pedí a mis escoltas que me dejaran solo mientras armaba un tabaco de despedida junto al molino arrullador de Cavia.

Y tras la última pitada advertí el caminar del Caciquillo y le caté un jedor que me empapó la encarnación de gallina, porque traía *gualiche*.

Había una *guidaí* color sangre emergiendo entre barras y él estiró una mano ofreciéndome la bolsita atigrada que contenía la carta donde tallé la alianza de nuestros corazones.

El final rubricaba más que menos:

Nadie será capaz de matar nuestra unión y el enemigo despotizado por la sierpe del mundo nos hallará ostentando amistad y confianza. Lo que te adorna en vilo son bellos sentimientos, y por esa condición seré siempre un amigo de vos y tus seguidores. Tu padre. Artigas.

Nunca se había sacado de arriba aquel talismán y ahora eligió enrostrarme la estrategia deirme a mis potreros puñaleándome así.

No nos consideramos los mejores adversarios del godo, hijo mío.

Simplemente formamos el único pueblo suramericano que se junta con las tribus de todos los tiempos que eligieron sufrir en aras a una Humanidad Celeste.

Eso fue lo que quise trasmitirle al otear sus abismos enfuegados por el oro lunar y recién entonces pispé que aquel jedor que traía sobrepuesto era una puta flojera de su fe en el Espíritu.

La grande obra que proyectás construir desde el desierto no va a salvar a naidés de los infiernos, padre.

Eso vino a decirme.

Y aunque los charrúas practicaban una mística de automutilación y atravesamiento peor que la carmelita, ahora al hijo de *Bilú* lo corroía el horror a cargar con su cruz nada más que pa expirar expulgado por algún Frutos impune en Salsipuedes.

A veces es más crudo cuando la gente *cree* que cuando ya no cree, porque cunde la paúra y nos abandonan como si fuéramos más terribles que el diablo.

Y la verdá es que somos más terribles que el diablo.

¿Y qué de la felicidad que nos besa en los mosquiteros a oscuras mientras el mundo llora?

Entonces me acordé de lo que le hicieron los caciques a mi abuelo Juan Manuel en 1732 y le prensé la mano con bolsita y todo al muchacho-crisálida y se la apoyé un rato sobre la tetilla izquierda y al cabo ardió una blancura invencible en la *guidaí*.

Y él terminó por volverse a colgar sonriendo el talismán y el miedo se fue a la mierda.

Cuando saboreamos juntos el naco del estribo la patria resplandecía.

14 / CABEZA

Me acuerdo claritamente de un tendal de decisoriedades impresas o garrapateadas, y de las fechas tuitas.

Ventajas de la vejez mariposeando al Alto.

Finiquitado enero eligieron a Posadas como Director Supremo del Triunvirato, y el verduguillo enseguida decretome traidor y pidió mi cabeza.

Ca, esta segunda vez los *hermanos* se tenían que fajar y acudir a arrancármela, nomás. Y pa peor en hallando un copete abrillantadísimo con óleo de caracú, porque la voz *arerunguá* significa *alegría de estar en Dios*.

Espinillo resultó más fandango que batalla y la tropa del petimetre devoró polvadera.

Es bobo que Rondeau ni acertara a recelar que el chanchullo amañado en Capilla Maciel pudiera fortalecerme a mí y no a su fallutería. Y al cabo terminó hinchándole la yerba de la gobernación de Montevideo al Alvearcito.

Claro que mi paisano lautarino nunca supo que este Napoleón párvulo procedía de la Gran Logia recién entronizada.

Todo trocaba presto como las probidades, y después que aplastamos a Holmberg el litoral ardió bajo una *guidaí* que plateó los ensueños del terruño entrerriano con un incontenible *nosotros* federal.

Tocar lo que no vemos para merecer ver la cosa que tocamos.

Y hay un solo *nosotros* que entrelaza a la felicidad de los pueblos con la de los celebros que saben conversar consigo mismos.

Dios ni ofende ni teme.

Y cuando mi estimado Larrobla nos tentó en nombre de Vigodet con rebusques oropélicos el Torgués cogió anzuelo y se lo expliqué a faca:

Hermanito, convencete. Es vergonzosísimo para el americanismo que la gula del godo piense que puede alucinarnos con idolatrías tristes. Mirá que cada giro de la espiral de la alma es muy precioso y la causa está en un estado que si no hay pulso se lo manduca todo el cambalache.

Creo que dicté otras cosas, pero el trozo segual.

Y en abril tuve que hozar en la más podre negrura política cuando cruzamos pliegos casi dulzones en transando con mi propio verduguillo tocayo, al que al fin le astucí la

retención de Holmberg como rehén en aras a salvaguardar nuestro derecho a mantenernos armados.

Pepe Artigas jurándole a Gervasio de Posadas *por cuanto hay que jurar en este mundo que sólo aspiro a que caiga Montevideo para tomar vacancia y renunciar a todo cargo público.*

Ahora siento que soy una cabeza cortada por la historia en su tumba de tul.

Por lo menos uno de los firmantes del tratado que delegó al petimetre en Belén fue Candiotti, mi futuro aliado entrerriano.

Me hizo gotear de risa socarroneando que quien utiliza la máxima *Vox Populi Vox Dei* sin adorar lo sacro es un desparramador de pedos más grandes que su culo.

15 / FOMES

Esta madrugada el reuma hizo que me quedara un pingajo del corazón lloviendo como medusa y Frutos lo mordió.

Y dizque la cabeza de Pancho Ramírez terminó expuesta en una jaula encima de un escritorio.

Y cómo los quise, Cristo.

Perdonar a un traidor es querer agarrar agua.

Yo venía cabalgando por la gloria del fomes y le pedí a Ansina que me sosegara desprendiendo luciérnagas de la preciosidá.

¿Recuerdas el potrero / del arerunguá y / aquel entrevero / hasta el Uruguay? / ¡Fuiste valiente, / frente al fierro, / bajo el sol ardiente / del brasileiro! / En Santa María / luchaste valiente, / de noche y de día, / contra el insolente. / A tus brincos / los imperiales / fueron como carpinchos / ante los orientales.

Son coplas pal Morito y yo enrabo lo escrito a Matiauda tras la marcha secreta: *Ya llegó el caso. Mis operaciones han empezado.*

No te ahorques, corazón.

Artigas se ofreció / como Jefe de Cruzada, / contra el que aborreció / la razón fundada. / Detrás de Artigas / siguieron las gentes / de los derechos amigos / y corazones ardientes. / ¡Orientales heroicos / cruzan en Entre Ríos!

Allí supe que Aguirre le había escrito a Anchorena que la insurgencia de los orientales les formaba invasión y hasta el pérfido Herrera reconoció que ni el demonio podía apagar nuestros incendios santos.

Y hasta conclusionó que *ellos* eran los que no merecían ser libres.

¡Con los santafesinos, / generosos y decididos, / siguieron por los caminos / con propósitos definidos!

Y allí se nos pasó a tal punto la milicia local que Pinto Carneiro llegó a sentirse entre los dos fuegos de un mismo enemigo.

Se me acaba de pingajear otro cacho de medusa y Frutos muerde horrible.

A Rosario lo tomamos a las cinco de la tarde del 21 y los muchachos me vivaban y todo era puro fomes.

Blasito se plantó en Curuzú Cuatiá y cuando destituyeron al gobernador le escribí a Méndez sobre la consolidación del proyecto de la gran Liga, mientras Domínguez nos rotulaba como proletarios y gente sin obligaciones.

Reinaba el loco amor.

Pero ya antes de que el Alvearcito garreara Montevideo Sarratea estaba en Janeiro gestionando la invasión portuguesa.

Los de afuera son de palo y se quieren muy poco.

Ahora veo las calaveras de los *inchalás* amortajadas por delicadísimos pañuelos en la trituración de Salsipuedes.

Y las muchachas corrían / perseguida por sus trenzas, / en un aire donde estallan / rosas de pólvora negra.

16 / CARANCHOS

María Dominga y *Mamita* fueron los apelativos que se ganó Rondeau por sus ostinaciones para entibiar la sopa y a joderse, muchacho.

Ahora Clara está tocando Mozas a cuatro manos con una de las sobrinas de López y es como si hubiese veinte picaflores revolviéndome la alma.

Lo malo fue que Alvear parecía un picaflor y resultó un carancho.

Si el tape San Martín no contraía microbios el Napoleoncito no se le hubiese encaramado a Posadas para manducarle la tripa gorda a la Muy Fiel y Reconquistadora achicharrada por Brown.

Casi nos mastica a todos, pero para que un carancho te empiece a degustar el culo tenés que ser cadáver.

Y a mí ya es un arcano matarme de verdad.

Toy urdiendo un memorial de imposible lectura pero ardo felicísimo, porque sé a quién le cuento lo que me cayó a ser.

El mismo día que nuestros diputados montaron el numerito de firmar el convenio donde se me nombraba Comandante General de la Campaña le escribí a Manuel Francisco que mantuviera en vilo la zona entrearriana, se esforzara más que nunca y no hiciera fe en naides.

Y al tiempo devolví el cargo de pión del Triunvirato.

Da pereza desovillar el follón que le armó el Napoleoncito al Torgués, que tras coger anzuelo inorándome de plano *pa ahorrar tiempo* y a más entronizarse como mi primer capitán casi pierde hasta el parque en plena noche.

Dizque Frutos se portó a lo jefazo en cubriéndole la retirada con su sola división y eso me hizo ilusiones.

Date corte, político.

Yo en cambio le redaté un soplamoco calenturiento al virrey de Perú, que me mandó ofrecer migajas con Pezuela. Pero al mundanal ruido le importa nada más que el jeteo lustroso y el honor va a la cruz.

¿Y el amor?

Clara tenía diecinueve años cuando nos conocimos en Curuguaty y yo frisaba los sesenta y dos, y al presbítero Toubé lo esmeraldeó la envidia y se puso a cacarear lo del *cielo abreviado*.

Pero así se les llama a las nenas que se enganchan con pelucones mórbidos y uno es un exilado indigente, carajo.

Güe, por lo menos estos días la rubia volvió a sobar a Mozas con enamoramiento.

Mi costilla celeste.

En noviembre el Gran Jedoroso dio la orden de que se le confiscaran los bienes a todos los americanos artiguistas y empezamos a escupirnos las manos pa ponerlo en vereda y después que le fuera a berrear la murria a mi tocayo.

La vida está tan bien hecha que los Judas se cuelgan porque esa la única forma de que los perdonemos.

17 / INFIERNILLO

La costilla celeste me inmacula y me mata al mismo tiempo.

En octubre el Torgués desgració feo en Marmarajá, pero el Napoleoncito hacía tanto desastre en intramuros que la Patria ya era nuestra.

Ahora había que terminar de pelearlos y con todo el *gualiche* a favor, porque a ellos los espeluznaban los *artigos* en cueros.

Los riograndeses, a quienes acudimos tres veces pa acojinar cobijo, nos llamaban así.

Y corriendo ya el año 15, el 10 de enero me concentré en Sierra Infiernillo mientras Frutos se hacía perseguir leguadas por Dorrego pa obligarlo a vadear el Guayabos donde los acechaba Bauzá, además de que habíamos completado el embudo zanjeando el flanco izquierdo.

Lástima que el saqueo atronador ocurrido tres días antes en Mercedes y el motín de mis propios blandengues que obligaron a salvarse al pardejón en pelota, me hicieron odiarme igual que si fuera el hermano mayor de Pepe el pródigo.

Cómo lloré, carajo.

Pero en nuestro adviento estaba escrito que la Banda Oriental iba a empezar a existir el día que triunfara un ejército de vecinos, gauchos, indios y esclavos. La unidad de lo eterno es más alta que el olvido.

Y sin independencia y libertad nunca se llega al cielo.

Después de aquella tarde mi tocayo el cajetilla reculó en demoler las murallas del chiquero donde Alvear *pacificaba* al pueblo a palazos y a impuestazos porque sintió que desde Arerunguá ya soplabla la *cosa*.

Dorrego atronó Mercedes hostigado por Lavalleja y terminó manducándose su caballada enferma en el Queguay, y después de interceptarle varios oficios supe que al otro día iba a caer en la encerrona y le avisé a Bauzá que no fuera a dormirse ni a ensartarse y rumbié pal Lunarejo arreando blandengues díscolos.

Le tocaba llorar al Triunvirato.

Y en dentrando a la garganta de mis recursos ya empezaron a pasársenos milicias a roletes y cuando los sueltos y la caballería les cundieron en el claro llegué a verlos romper sus propias armas pa retirarse aullando.

Ma qué municionarse y recargar.

Los cadáveres fulgían desparramados entre la Isla del Guayabos y el Cerro de Arbolito, y los que disparaban demoraron jornadas en llegar a Sandú.

El 11 le comuniqué a Ojeda que aquella era *mi Victoria, Victoria, Victoria*, aunque sabía que naides iba a comprender nunca el triple significado.

Y tampoco tuve ocasión de comentárselo a Pérez Castellano, que fue el que me explicó en la biblioteca cómo deben carambolear los personajes de la parábola que llevamos inmersa.

Pepe el pródigo reclamando perdón por sus desmanes.

Pepe el rabioso exigiendo recompensa con lustre.

Pepe el Padre haciéndonos abrazar la vida por nada y casi a ciegas.

18 / PIRIFICIÓN

Yo siempre supe que mi causa era santa porque me lo dijeron las estrellas.

Y a bailar, muchacho.

Cuando Álvarez Thomas se amotinó en Fontezuelas en aras a nuestra sublevación y Alvear hizo renuncia, me fié como un vejiga.

¿Pero para qué me servía una Asamblea Constituyente irrita mientras los *insurgentes* se lucían recamándome un argénteo sable inglés y fogateaban en la plaza la proclama donde el Gran Jedoroso me tildó de usurpador anarquista si el Presidente del nuevo Cabildo iba a ser *Mamita Rondeau*?

Vale, que ampulamos a la mona de seda pero Pepe se queda.

En su Banda piojosa, y así la democracia en harapos no nos infesta.

Pero cuando Blasito me trajo a Perrugorría a Purificación con vida garantida y lo fusilé declarándolo reo de lesa Patria y Traidor a la Libertad de los Pueblos, me porté como un déspota.

¿Y qué mierda iba a hacer? ¿Ordenar los paisajes? ¿Ordenar las imposturas mesiánicas urdidas bajo palio que luego son juramentos vacíos, que luego son pedazos de ilusiones y bocanadas de sangre?

San Ignacio de Loyola asesinó un pequeño conejo y sus labios todavía gimen por las torres de las iglesias.

No, no, no, no.

Yo denunciaba la conjura de aquellos perros del oro que tejían alfombras púrpuras para cagar su tinta en destrozando los programas trazados por natura.

Y lo cierto es que siempre me ofrecí a ser despedazado como el vacaje en los valles donde el Hum se embriagaba con pólvora.

¿Y qué me importa si hoy el *Sistema* que me birlaron luce *federal* pero sigue sometido a la voz de la ambición, carajo?

Quién pudiera morirse ahora mismo, Señor.

Hace un rato Juan Simeón y el Charrúa se asomaron entre el tulerío pa afelparme caridá y terminé por explicarle al muchacho que su nombre provino del sabio que vivía en Jerusalén y recibió noticia del Espíritu Santo que no moriría sin verle la cara al Salvador.

Y a Purificación la bautizamos así con Monterroso porque el 2 de febrero era el día de la Bienaventurada y me acordé de madre llorando en la hamaca.

Y enseguida recibimos visita del Tucho Arrieta, que contempló con plácemes la capital que inventamos pa estrategiár la Liga sin morar en chiqueros y churrasquiamos larguísimo y aprendí una carrada.

Porque cuando ya un tantico mamau le confesé al tartamudo que mi loca certeza de *santidá* pa la Patria provenía del murmullo estrellado él dijo que *la pa-pa-pa-pa-labra pirfición* también caía en el caso.

Y que después de la Revolución Francesa ya se empezó a decir mundialmente *Naide es perfeto* y vale, porque es mucho más cómodo.

19 / CHIQUERO

En nuestro chiquero portuario nunca se supo amar la belleza projunda y no sería extraño que algún genio de su desmadradísimo porvenir terminara por descostillarse en rebautizándolo Tontovideo.

Yo con ellos ni a misa.

Jamás podré saber si fue oportuno o chusco mandarles de Gobernador al Torgués, porque hubo pellizqueríos y tirrias como en botica. Y yo sabía que lidiar con aquel cajetillaje requería más de güevos que de cintura. Ta.

Aseguro que las contribuciones que más me hacen temblar son las impuestas por la miseria de misericordia.

Y había tanto húmero abrigado por el mero pellejo rodando a la intemperie.

Ma qué restos de res.

Pero a los servilones los desengañé presto no sólo mandando izar al amanecer una bandera simbolizadora de la grandeza republicana y la sangre derramada, sino haciéndole muda displicencia al nombramiento de Brigadier Real que me migajeó el Deseado.

Tate, tate, folloncico, que al Gobernador y Capitán General de los Orientales lo legitima el populi. ¿Qué se fizieron tus Juntas?

Lástima que la peluconería cabildante también pretendió *honrarme* y me tituló Patrono de la libertad de los pueblos, como si fuera un santo. Y de paso te follo.

También los desairé.

Y cuando los godos sinrazonaron amenazando con la invasión *reconquistadora* de Morillo aproveché pa remover al Torgués a la frontera y la Muy Fiel se tornó un gallinero y regularon hasta con el derrumbe de las murallas.

No se podía con ellos, y primero se quejaban de los envilecidos borrachines que apañaba mi primo pero como a la vez lo liaban con sutilezas quisieron retenerlo, hasta que osaron amotinarse y desobedecer un veto contributivo y mandé arriar a Purificación a Lucas Obes y sus pollos y los engrillé fiero.

Al chorizo Vázquez Franco, que se daba lustre adoctrinando una leyenda negra donde se me acusaba de haber papado moscas en Arerunguá, lo dejé cocinarse en su propia cagazón de tinta. Las sanguijuelas zonzas joden menos que un tábano.

Letrados de poca fe.

A Blasito le organicé un convite fúnebre imponiéndoles un día de *piedad religiosa* y dejé que Barreiro aderezara un cumplimento masónico. Pisani me enseñó que hay que bailar con ellos sin que te pisen demasiado o te roban el alma, lo mismo.

Y muchos son heroicos, aunque los *hermanos* mienten más de los que respiran.

Es un trozo parecido a abrazarse con las culebras, y a veces pagás carísimo.

En lo que se equivocó muy feo mi primo fue en apresar a un quarteto arribista que cantaba una copla en burlándose de Ansina y de mí en la plaza.

La libertad es libre y los cerdos son cerdos.

Que emporquen todo lo que quieran y aprovechen el sacrificio de otros para ensalzarse un rato porque la historia sabe quien *digna* y sabe quien *indigna*.

20 / SANDÚ

El presbítero Dámaso Antonio Larrañaga siempre fue un hombre de sabiduría exquisita, aunque padecía incurablemente de gordura política.

Se arrodillaba fácil.

En junio del 14 me acuartelé en Sandú y me tocó bailar lindo recibiendo siete de mis traidores mandados por Buenos Aires, más dos misiones reconciliadoras.

Pepe el intransigidor.

A Larrañaga y a Reyna los delegó el chiquero después que me cabrié en serio y desistí en garantizarles la seguridad, mientras que Pico y Rivarola arribaron por falucho portando una vergonzosa propuesta de Álvarez Thomas que contrarresté en seco.

Me refregaron por la trompa los millones gastados en el Sitio para no resarcirme la crapulosa expoliación alvearista.

En la vida hay que saber joderse de verdá y no hay tu tía.

El presbítero y Reyna vinieron con el *hermano* Pisani y los atendí precioso, con cubiertos y todo. Para vasos y servilletas no alcanzó el despilfarro, aunque les vino bien catar el *espartanismo* del Cuartel General.

Y los tres se me abalanzaron noticiándome la necesidá que había de una reforma de tierras en la campaña y les hubiese reventado el denterío a bofetones.

Putá que demoraron en entender lo triste.

Y esa noche les nombré como Gobernador al que sería el primer Presidente del buñuelito mamarrachiento que ahora llaman República Oriental del Uruguay. Y date corte, Frutos.

A las almas de los charrúas que dizque masacraste en Salsipuedes no las vas a volver a ver jamás, porque seguramente ellos fueron al cielo.

Después Barreiro enzarzó a los visitantes en una conversa hartó talentadora sobre los proyectos de constitución que manejábamos y yo los socarroní de callado, nomás.

Me llevó años menjunjear los códigos confederados traducidos por García de la Serna hasta coser en forma los principios disparejísimos del 81, el 87 y hasta el 76 pa que Paine se ajustara a este relajo y ellos meta aderezarlos con floreos enmiendistas.

Pero el cura era bueno.

Es cierto que en el 16 acudió a lambrerle la alfombra a Joao VI y antes nos echamos chispas porque yo quería independencia episcopal y él era al mismo tiempo artiguista y *hermano* de los jedoresos, pero piedá es piedá.

Bueno, y me furecí tanto con Pico y Rivarola que suspendimos el Congreso programado en Mercedes y esa misma mañana liberé a mis traidores declarando que no me consideraba verdugo de Buenos Aires.

Y ricuerdo letra por letra lo que anotó Larrañaga en su diario de viaje:

Nuestro héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émuloos o envidiosos de su gloria.

Antes de irse le acerqué al coche unas urracas color lomo de estrellas que él miró como a niñas y dizque todavía las conserva, ya ciego, en paz sonriente.

21 / PURIFICACIÓN

Pido permiso, señores: este barro habla por mí.

Así le gustaba presentarse al trovero Celedonio Esteban Flores, que bajó con nosotros desde Paysandú cuando instalamos el Cuartel General en la meseta que queda cinco leguas al sur de Salto, frente al Hervidero.

En agosto del 14 izamos nuestra bandera en la toldería sagrada de Purificación.

Y en el rancho más grande de adobe crudo y paja reservado para la comandancia volví a soñarme como un árbol crecido hacia la Gran Morada para que alguien le acariciara las tristes canas verdes.

Por lo demás, ¿qué hacer?

¿Y qué dejar de hacer, que es lo peor? Sino vivir, sino llegar a ser lo que es uno entre millones de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas, entre el sol y su rayo que es de luna y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.

A veces pasábamos horas con mi pingo asomados al Urú en remolino pa contemplar los sinfines rojos de nuestra Liga.

Hoy no es un buen domingo, pero no pienso recibir el viático en la cama.

Ta: el apellido es Mozar. No, Mozart. Con una *t* a lo último. Y Clara sigue tocando todos los días como si me paleara una fosa de oro.

Y enseguida se formó una ciudad con iglesia y escuela y cárcel y hospital y tierras de labranza para los indios guaycurús y abipones. Del 15 al 18. Ya después que subieron los portugueses evacuamos al Queguay y al final nos incendiaron hasta las fortificaciones, aunque en el 20 volvió a resplandecer un tiempito la bandera.

Y yo asistí al desfile de las inclemencias curtido por el yelo de la desilusión, que es lo que rinde a un hombre.

No lo da por vencido.

Monterroso *patriaba* horas frente a cada rancho y repartíamos gacetillas de Rousseau y la tropa iba a misa todos los días y se bailaba mucho, porque siempre fuimos pródigos en rentas de esperanza.

Y que ladren los huecos.

Porque el barro es macho, porque el barro es fuerte, bordoneaba el negro Cele: Tiene olor a vida, tiene gusto a muerte. Porque quise mucho y porque me engañaron y pasé la vida masticando sueños. Porque soy un árbol que nunca dio frutos, porque soy un perro que no tiene dueño. Porque tengo odios que nunca los digo, porque cuando quiero me desangro en besos. Porque quise mucho y no me han querido. Por eso canto tan triste, por eso.

Y la copla lejísimas sopla en escuridá:

Hoy es domingo y por eso me viene a la garganta la idea, al pecho el llanto y a la garganta así como un gran bulto. Hoy es domingo y esto tiene muchos siglos. De otra manera sería quizá lunes y vendríame al corazón la idea, al seso el llanto, y a la garganta una gana espantosa de ahogar lo que ahora siento, como un hombre que soy y que he sufrido.

22 / ATRÁS

Atrás de cada mujer casi siempre hay escondida una sapa de otro pozo.

Los hombres somos mucho más prepotentes y no disimulamos con tantas veleidades nuestro rencor al mundo.

Pero Satanás jode a tuito el personal mormorando que la vida es el reino de esa repulsividad que solemos eructar desde la parvulez ajada por la puta injusticia.

Uno puede aprender a domarla a fe de baquiano viejo, pero la infancia nunca deja de viborearnos.

Con Melchora Cuenca nos conocimos bailando un gato polqueao en Mandisoví, y fue tanta la floralidad huesuda que me cupideó la tape que Pepe el alardeador se la trujo matreramente a la grupa y aquella noche misma enfuegamos la meseta.

No le gustaba hablar, y ardía en una probidá que enamoraba y asustaba igual que el iris de la lanza que se ostinó en llevar hasta a las pulperías, la indómita.

Le gustaba pelear.

Me dijo que me amaba nada más que el primero y el último día que nos vimos, en los casi cuatro años que cuerpeamos a pelo en perdiendo la paz y la invencibilidad eternal del Sistema.

Yo siempre trapisondeaba a ña Pancha ostentando mi riguroso respeto por los mandamientos, pero esta vez tuve necesidá de esconderle una boda de altar.

Muchas veces la Iglesia obra lo justo en prestándole venia al guerrero inorador del hojerío oxidado que paraliza el dogma.

Y sobre todo existiendo la servicialidá de frailes como el manso Nacho Otazú, que tenía mucho pan en los ojos y nació pa dispensarle gauchadas a los necesitados de calorío doméstico.

Güe, yo voy a morir nómade y en nula comprensión, pero estaba cantadísimo.

Una sábana alcanza para sedar lo tuito que dimos paraiseando.

Lástima que Monterroso terminara repintiendo de su propia juída al hábito del Hombre Nuevo que le vistió la vida, y encima bufoneándole al caudillejo que lavó su traición rindiéndose a una *Bilú*.

Se me va la cabeza.

Yo cataba a la sapa despozada que se le fue asomando a Melchora en lo roto de las crenchas, y un mal día me ladró que no la acariciara por lástima y sentí un chuzamiento que todavía me arde.

No sé si me olvidarás, ni si es amor este miedo. Yo sólo sé que te vas, yo sólo sé que me quedo.

Y el día que la mandé vadear el *Uruguá* en el 19 me enrostró que yo lo único que amé fue al Sistema y a naidas más y Dios será el que diga si le asistió razón, pero lucía tan loba que le encargué a Manuel que mimara a Santiaguito y a nuestros cuatro criados, por lo menos en los vicios.

No tendría que fallarles la cordura al *atrás* de las mujeres, porque eso acaba todo.

Ay, qué pena sin fondo.

23 / CONTRATO

Cómo me equivoqué con el Rousseau.

Robertson me alvirtió en el Hervidero que el secreto de la *modern politic* estaba en *equilibrar lo distinto*, y tendiome golosina elogiando a Montesquieu cual ideal teorizador del Sistema mestizante.

Pensar que uno recelaba tanto de la opinión *divisionista* inglesa y al cabo federaron los porteños y los brasileiros y nosotros islados como el Sordo Perpetuo, que era capaz de fusilar a un cuzco contra un pinche naranjo.

Lo único que es menos imposible que ser eterno en la tierra es ser justo.

Hay que *sembrar lo eterno*.

Según se comentó hasta en Janeiro, cuando le mandé a Barreiro en la delegación que portó decisiones congresales Álvarez Thomas se dio el lujo de abodegar en una corbeta al *ingenioso Mentor Diplomático del Excelentísimo Señor rebelde oriental*, o el Robinjupa Robertson.

Ma qué *mamita* Rondeau.

Les tuve que pegar dos soplamos juntos al chiquero y a Buenos Aires, porque los jacobinistas consideran que todos los *iguales* se deben someter al que *pensó* primero.

Un *presunto* contrato y una igualdá preciosa: los *Partidos* de la revolución picanean a la boyada que les tira del carro.

Y así está el mundo, amigos, reía el bufo Traverso en la Casa de Comedias mientras los chuscos meaban en la salida norte porque los cabildantes no eran capaces de inventar un retrete al menos con cortinilla.

Lo único que yo aprecio de los guillotineros es el sanculotismo.

Y muy bien bramó Brown contra la imposibilidad de entendernos mutuamente que nos depredó siempre a los *hermanos* de la América Sud.

Aunque habría que replicarle: *Hermanos tu madrina*.

Y además no quisiera ni otear hacia qué endriago gulliverista se le puede aquijotar el precioso proyeto al gigantesco Washington, con quien osó paragonarme un viajero alucinado.

Pensar que en el 16 le tuve que alvertir al Cabildo que sin ser mi ánimo intervenir en lo ecónomo de las religiones ni en indagar sus Leyes, el interés primordial era bien servir

al público y asegurarse de que los prelados no influxeran perjudicando al *sagrado* Sistema.

Todo rueda cuadrado.

Y uno no podía saber si el cura era más masón que cura o más cura que masón y por eso acabé aquí, respirando naranjos.

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar. Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía. Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Mi costilla celeste.

Es lo único que canta.

24 / HIJOS

Hasta el Hijo fue un hijo.

Otros ojos te mojan como antes me inundaste: reclamando un parral donde no haya intemperie ni racimos pudriéndose como huevos oscuros ni escobajos humanos.

Mi verdadero padre fue abuelo Juan Manuel, porque construyó un puente donde yo labré un Tú libremente descarriado.

Y no sabía lir ni escribir.

¿Qué hay atrás de Bonaparte o Pueyrredón o Alvear o Joao VI o el Deseado o el escualo Robespierre?

La cosa elige a *todos*, pero las veleidades se apuran a repulsar los mensajes eternos con humazo pa ratas.

Y lo horrible fue no reconocer *estirpe* en *mi* Josef María cuando vino a Ibiray pa arriarme hasta el chiquero donde ahora hay esa Guerra nominada la Grande, como si las libertarias se hubiesen hecho al ñudo.

¿Y qué de la ostinación por aportarle fe en la Gran Morada a tuitos?

Guacurarí murió en las Cobras *creyendo*, y el Caciquillo ha de haber vaciado su hálito en Salsipuedes con la *guidaí* colgada sobre un asco de oro.

¿Y qué de los pañuelos bordados para abrigar calaveras sin nombre?

Hijos: no se derrumben por la sed humillada. Suficiente será con que azulen su lanza en lo alto de la tribu.

¿Y qué de la pobreza?

Algunos la elegimos amándola de a ratos, aunque la odiamos siempre como al himen del valle que queríamos preñar.

¿Pero cuántos emergen sobre los maremotos de nuestra travesía para morder el aire y arrancarle burbujas al remanso espacial?

Las estrellas lo saben.

La sangre tiene razones que hacen engordar las venas. Pena sobre pena y pena hacen que uno pegue el grito. La arena es un puñadito, pero hay montañas de arena.

Clara se las arregló para que Juan Simeón crea que soy su padre adoptivo.

Le molestó mi amor.

Las alfombras de los cajetilludos de todas las comarcas lucen adornos persas y esconden la verdá como si fuera bosta que ya ni mero huele.

Lo malo es que nos duele.

El que tenga una canción tendrá tormenta, el que tenga compañía soledad. El que siga buen camino tendrá sillas, peligrosas, que lo inviten a parar. Pero vale la canción buena tormenta, y la compañía vale soledad. Siempre vale la agonía de la prisa, aunque se llene de sillas la verdad.

Ay amor que se fue por el aire.

Qué dura que es la vida.

Ay amor que se fue y no vino.

Qué dulce es la verdá.

25 / PROPIEDÁ

Y en setiembre del 15 empezamos a ordenar el horror del terruño.

Yo ya era baqueanísimo dende las experiencias con Azara y Elío, pero al Sistema entuavía le colgaba el ombligo y los dueños ausentistas del trompo jugaban al cortesanismo patricio en el chiquero.

Fue una jornada cúlmine, porque acordamos con Monterroso en desgastar salado a Juan León y a León Pérez, los delegados que eligió arteramente el Cabildo por ser hacendados bichos y a más chascarrilleros.

Pero ningún maturra podía aguantarle el trote a Purificación sin quedar escobajead y pa colmo les propuse acordar tuito al hilo mientras yo me daba corte entronizado en la cabeza de vaca que hizo reír tanto a Robertson y despachaba chasques y hojeaba los libracos de la regolución norteamericana y al punto iba a pegarle un tajazo al churasco en cuclillas, aunque a ellos les proporcionamos catres donde echar culo y les trujimos tazas porque ginebrear por cuerno no lucía muy gubernativo, pero cuando llegó el ríspido artículo 13 ya cabeceaban mucho y hubo que suspender.

Claro que mientras los leoncitos sesteaban allí mismo y se descosían tosiendo entre el humo jediondo les retocamos lo dirimido y Monterroso aprovechó pa mear tranquilo adentro sin que cundiera escándalo.

Y al cabo el trozo 13 se lo embucharon masticándolo mucho, aunque se descontaba que el Cabildo hallaría el yeito pa conservarle la tierra a algún *protegido* realista del chiquero y a negociar que hay quórum.

A veces rezo este párrafo en lugar del Padrenuestro: *En consecuencia los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres todos podrán ser agraciados en suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y la de la provincia.*

Y pienso en la palabra *felicidad* completita, con d.

¿Qué fizieron con los cristianísimos sueños de los jesuitas y los bravíos castellanos inquisitoriados por defender sus comunas, godos de piedá al paño?

Y en lugar del Ave María bisbiseo la primera mitá de la Verdá mayúscula del artículo 6: *Por ahora el Señor Alcalde Provincial y demás Subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno en sus respectivas jurisdicciones los terrenos disponibles, y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención de que los más infelices serán los más privilegiados.*

Tate, Tate, Babeuf y Buonarroti.

Los folloncos que dispensan *de valde* en creyéndose dioses lo único que reparten es sequedá y vanidá.

¿Con qué propiedá de espíritu le hubiesen retrocedido la tirria al Pardo Encarnación, que era más artigueño que yo pero quería la hacienda pa asar a los mandones al pincho?

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche!

Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan aunque a oscuras, porque es de noche.

26 / PLUMAS

Muy poco antes que el Congreso del 16 declarara la independencia en Tucumán acometí recordándoles a los porteños que la Banda Oriental llevaba enarbolado su soberano Estandarte ya hacía un año, y a más le negué irritadamente tropas auxiliares a *Mamita* que echó culo en Sipe Sipe.

Y cuando el chiquero decidió conmemorar el aniversario juntista a todo trapo me hice el zonzo precisando que las *Fiestas Mayas* se retrasarían hasta el 25 para dar coincidencia a dos efemérides revolucionarias, aunque *nuestra Victoria* era la de Las Piedras.

Cómo cuesta *existir*.

Lo que me orgulleció del festicholeo portuario fue que los escolares madrugaran a oscuras ostentando nuestra banderita tricolor, aunque el gorro frigio que le ensartaron a la pirámide de la plaza decoraba un jacobinismo chusco.

Porque si por un lado entirrió a los fernandistas que no cesaban de denostar el justiciamiento agrario, era como seguir batiéndole el parche a la Desilusión Francesa.

Por eso inventé mi escudo.

Ellos euforizaban despilfarrando en licores y luminarias como si eso fuera lucir lustración de metrópoli, y naides pensó nunca que bajarle los ojos a los tigres como mi abuelo significaba cencia del corazón.

Y que tener cultura nunca será otra cosa que desjaterar a güevos y a vuelo al rayao inmerso y repartir ahijunas con pasión infinita.

Pobre Jerusalén.

Y también fue precioso el entelarañamiento tramado por Larrañaga pa encadenar la Luz de la Biblioteca Pública al bailongo del gallegaje, y yo mismo les releí en Purificación su discurso a mis vecinos.

Una joya americana digna del gran Sistema.

Lástima que cuando hizo el llamado a preservar la multiplicidad de nuestras lenguas *salvajes* en pro de aportación sabia al divino tesoro universal, Frutos debió escucharlo bostezando o pisando algún escote, y a joder a otra parte con las tribus.

Duerme, no queda nada.

Y al cabo recibimos folletería donde se nos noticiaba la danza que carnavalizaron en un tablado diecisiete parvulillos trajeados a la indiana, con un pequeño *cacique corifeo* que recibía homenajes de los hijos del sol.

En Purificación estábamos esperando dos contingentes de guaycurúes y abipones bravos que le exigí a Corrientes que me mandara sin demora pa enseñarles labranza y sembrarles alfabeto.

Fracasó casi todo, pero algunos terminaron peleando contra los portugueses y se supieron *gente de bien*.

Y lo que jamás se sospechó en el chiquero fue que Pepe Ortega les iba a hacer reinar en plena conmemoración un escudo provincial que junto a la consigna *Con libertad ni ofendo ni temo*, el sol y la balanza, ostentaba una corona de diez plumas indígenas.

Los cagué, cajetillas.

27 / PATAS

Voto a bríos que el Congreso de Tucumán hubo a ser el conato de infamias más falaces que produjo esta América.

Un pajar sin aguja.

Ya en el 15 me había aburrido del zalamereo con los portugueses y mandé regresar a Barreiro, entregando a su suerte a Redruello y a Caravaca, que en aquella romería de palacio eran menos que pulgas.

Y acaso me equivoqué, pois dizque el gran Joao VI me medía la pasencia.

Mais eu tanbéin sou bicho y caté que jamás nos iban a ayudar y entuavía me arrepiento de haber sido un protector manoteando cobijo.

El poder es un agujero negro que chupa al dócil y es mejor terminar celebrando a la Gran Majestad, que se pronuncia en lo hondo con mayúscula y d porque Ella es quien arrebuja al roto por amor.

A principios del 16 atribuí carácter de *intimidante* al rumor de invasión portuguesa, porque demoramos mucho en entender *la sublime intriga* que terminó segándonos con ese mormorar apuñalador que llaman *diplomacia*.

Y ya antes de que terminara el Congreso que proclamó la *sacra Independencia de las Provincias Unidas*, recién allá por setiembre, se urdió nuestro aplastamiento.

Bisbiseo hordas de coplas y desmadejo páginas como jaculatorias, pero el metrallerío de estas maquinaciones se me borra en plan *simpático*.

O es que me ahogan demasiado.

Sé que fue interceptándole un correo a Manuel García en Santa Fe que atinamos a descifrar que la Gran Logia había impulsado en Janeiro la bajada lecoriana fingiendo defendernos con el parlerío de Vedia y el auxilio que nos mendrugó Pueyrredón, el príncipe de los puercos.

Él operó el viraje en desobedeciendo lo pactado con San Martín, mientras el ostinado avanzaba hacia la crucial liberación del flanco del Pacífico.

Al pobre tape también lo cagaron porque de últimas peleó como *héroe de verdad*.

Lástima que el buen Belgrano haya logrado que en Tucumán se aprobara el proyecto monárquico Inca-Braganza, que en Buenos Aires caricaturizaron como *la dinastía del chocolate o de las patas sucias*.

Daba demasiado asco.

Ellos mismos lo descartaron en aras a una mínima *dinidá* independentista, aunque en el 18 le ofrecieron a Joao VI el título de *Emperador de la América del Sur* y el portugo se les pelló en la trompa declinando el envite por temor a la Anglaterra.

Pero ya en el 14 yo le había escrito a Felipe Gaire algo que me agallinó el cuero con calofrío: *Todo el mundo está contra mí*.

No te persigas, Pepe.

Y ahora me cunde otro fraseo redondo de aquella misma carta: *Los amigos me hubieron de faltar en el mejor tiempo, y yo he de sostener la libertad e independencia de mi iris hasta morir*.

Duerme. ¿Quedará algo?

28 / ALGO

Soy el padre que abraza su miseria de amor.

Toy más solo que nunca.

Del mismo modo, sufro con gran cuidado, a fin de no gritar o de llorar, ya que los ojos poseen, independientemente de uno sus pobreza, quiero decir, su oficio, algo que resbala del alma y cae al alma.

Olvidate de lo que viste en Carumbé, Caciquillo. A veces uno quiere morirse en demasía y no ve la *guidaí* escudada por la sierra.

¿Quedará algo, muchachos?

Cuando rechacé por oficio el acuerdo donde Pueyrredón nos proponía reconocer su égida y sustituir los Gobernadores Intendentes en las Provincias gruñí que no vendería el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.

Hasta el pobre Miguel del Corro, que siempre me fue afecto, cayó en la paparruchada de procurarme un pliego donde el caranchaje congresal me aseguraba un apoyo de fruslería.

Satanás usa resortes *reservados* para cascabelear.

Y dizque hasta el vándalo Dorrego protestó cuando supo a través del rapiñero Tagle la intención del chanchullo y le costó el exilio.

No trepides en paragonarte con Moisés, Andresito. Cada uno carga el hondo del colectivo humano y por eso sabemos desplegar las partidas en alones de guerrilla perfeta y encorralar la loma.

¿Quién les enseñó a los patos a diseñar su chuza en el cielo del bañado pa penetrar al mar?

Lo alto se hace por fe en lo que nos late, macho.

Una vez le contesté al currutaco Álvarez Thomas que serían *los pueblos y el mundo entero* quienes iban a juzgar y distribuir las intenciones y los principios que fazían diferencia entre Vuesa Merced y tu *Oweráwa Karaí*.

Y la noche que dentramos al Paraguay Joaquín craneó un acróstico que recién conocí en San Isidro y llamó *La Candelaria*.

Y se supone que el que habla soy yo:

Adónde vas? / Redotado a / Tierra / Indígena / Guaraní con / Ansina seguiré / Soñando.

Ahora me insto a rebatir el gemido de los urutaú y los aguará lucinando que comemos tierra granjeada en *maná* por los muchachos.

Lástima que el ujero del pulmón me lo ocupa una espada entacuarada como la que le atravesó Frutos a un Voluntario Real en la retirada de India Muerta.

Lo contaba contento.

Y después me mató a mí.

Mais anoche sortí al galope toda desesperación y volvió a mitigarme aquel huevo celeste y gigantesco que posaba sobre las Ánimas para espejar una Nuestra Sonrisa en la barra solisense.

La pura preciosura.

29 / EXPULSO

Así calificaron los propios porteños a Sarratea cuando resultó depuesto en el segundo Sitio.

Pero no es triste hablar de la esperanza cuando uno ya está expulso.

Hoy muero solamente.

Y no olvido que *mejor es sufrir por Dios que hacer milagros*, y me arde prevenir a la tribalidad de este Uruguay sin plumas que inventó la gordura política: no hay *vuelo* sin *dolorazo*.

Y no hay Venus sin cielo.

Mi pasión es del viento norte y del viento sur, como esos huevos neutros que algunos aves raras ponen contra el barro.

Y ahora cargo las vestiduras vaciadas de mi ánima y reblandezco en blancos de cementerio al sol.

Cuanto más me contemplo más me ahogo.

¿Pero con qué tijeras se le cortan los tules a las niñas que vuelan donde no quedan más que ujeros de pupilas?

Miro el cepo del hambriento y siento que su infierno anda tan lejos de mi laceración, que aun quedándome ayuno hasta el sinfondo saldría siempre una brizna esperanzada dende el País con mi cruz.

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni hijo. La falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no daría sombra.

Hoy llago la bondá rueda lo que me rueda.

Porque lambí una perla entoldando a los cuzcos y mastiqué jardines pero no pretendí inorarme la negrura.

Yo no me rindo ahora como Protector ni como simple bestia rujidora siquiera.

Hoy me colijo desde la verdá.

Si no fuese un pingajo tirado bajo este mosquitero también me llagaría de amor como un loco resúcito de lo que ni nació.

Y si no fuese un confederado también adoraría a los que me adoraron mientras no hubo cadalso.

Naidés sabe vivir.

Y hoy apenas me siento como un huevo de *berá* que no se rompió nunca pero debió vaciarse cuando asoló lo astuto.

No hay perdón ni culpables.

Hay Purificación.

Y no me nuembren que es pecao, porque ni muerto me callo. Yo me voy con voz de gallo pal lao donde el sol se pierde. Tal vez alguno se acuerde que aquí pelió un *uruguayo*.

Aura dicen así.

30 / ODIO

Siempre pensé que la palabra *paz* es más blanca y más feliz que la oronda *felicidad*.

Y lo que uno aprende de últimas es que a la verdadera *paz* se la gana sufriendo.

Pero cuando Lecor entró en Montevideo y a Larrañaga se le desbarrigaron las rodillas de vicario logiero y las damas fernandistas hicieron llover las flores más caras del Miguelete sobre el Barón que vino a buscar nenas me trepidé asesino.

Ya me importaba un chápiro haber reculado con la orden de arrasar los muros del chiquero.

Y Barreiro encantó de no desvalijar *su* plaza, aunque después arremetiera por extramuros articulando un bando de resistencia perfetamente al pedo.

Y Monterroso me floreaba precioso las calificaciones emitidas a Durán y Giró aunque lo de *la conducta criminal y reprehensible de Buenos Aires y los pactos que ignominian el mérito sangrado por nuestros defensores* fue casi todo mío, porque ya me había vuelto un escribidor hueco.

Pepe acuñando gloria.

Y lo que alabó Vera después de visitar Purificación esperando encontrarme en estado de imbecilidad fue nada más que mi *odio organizado*.

Yo conocía muy bien los sainetes montados por los yaguaretés cuando ya malferidos disimulan mortandad en aras al infinito instinto de destrozar lo que queda del *otro* por *gualiche*, nomás.

Y cuando en el 16 le comuniqué al Cabildo la conveniencia de hostilizar despachando corsarios, me sentí orgullecido del *Sabeyro* y el *Valiente*.

Pero cuando cundió el reguero de la depredación defensiva del Sistema expedía cada patente soñando con oleajes purpúreos y nunca supe bien si la amistá con Campbell fue cebo pa la causa o el piratismo pícaro.

Pepe el amurallado.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta! Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda pero no hay olvido ni sueño: carne viva. Los besos atan las bocas en una maraña de venas recientes y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie. Pero si alguien cierra los ojos, ¡azotadlo, hijos míos, azotadlo! Haya un panorama de ojos abiertos y amargas llagas encendidas. No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie. Ya lo he dicho. Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes abrid los escotillones para que vea bajo la luna las copas, el veneno y la calavera de los teatros.

Después de Güiritingay se generalizó el desbande guaranítico y los portugueses saquearon el pleno templo donde resistió Andresito y dizque jaraneaban denunciando el botín como si fuera un parte de batalla y un viejo fraile se quebró frente a tal perversidá y le rogó perdón a las alturas para esas bestias que no sabían lo que hacían.

Lo horrible es que los humanos barbarizados, al revés que los tigres, *sabemos lo que hacemos* al jarretar los últimos zarpazos.

31 / BODA

Cuando López nos alojó en Ibiray Clara fizo construir un criadero de palomas belgas como en los buenos tiempos, y en el atardecer zurean azul cerca de mi ventana y pienso en los mensajes que escribí en San Isidro cuando se namoramos.

Son doce coplas mínimas labradas por medida de *jaikú* japonés que solía cultivar un fraile de San Isidro.

Hay bodas inmortales.

Aura caigo a ricordar que el noviembre posterior a que Bentos Manuel Ribeiro me corriera del Queguay Chico, donde tenía engrillados a Barreiro y a su esposa, recibí un

chasque dende Maldonado cuyo Alcalde me elevaba un pedido que me sobredoró la ánima.

Una esclava del ballenero y camellero Francisco Aguilar quiso comprar su libertad para casarse según el Sistema y el currutaco ni siquiera prestose a exponer documento adquisitivo, interviniendo el defensor de los pobres y menores Manuel Rodríguez, quien forzole a mostrar una escritura valor 300 pesos.

La muchacha se llamaba Ana Gasquén, era natural de la Isla de Francia y había sido adquirida en Tenerife.

Pero obstó que el mandón Aguilar, después de haber expuesto el *papelito canta* no se avino a venderla por ultrajar, nomás.

Tonce a mí me rejuciló en la sesera aquel remate barroso ande asistí con padre y me embelesé de ternura por nuestro entuavía vigente Sistema y chasqué al punto ordenando que se favoreciera a la Criada, por motivo de un deber que dinificaba a la humanidad y los derechos naturales.

Y a los muy pocos días me llegó otro reclamo donde la desdichada protestaba que Aguilar había subido el precio considerando el cambio del valor del peso corriente en vellón castellano por el que fue adquirida y machaqué con juria perentoria que la exorbitancia exigida era malandrínaje despótico y que se diera trámite al negocio sin aborrecer las leyes naturales.

Nuestra confederación era capaz de amar a los que aman, carajo.

Y Ana Gasquén había confiado dos veces en el Caudillo Salvaje y Proletario y Anarquista y Degollador y se pudo casar.

Dónde andarás, muchacha.

Yo he demorado años en dejar de latigear el odio que me abrasaba cada vez que los traidores me hacían montar al oscuro de Satanás.

Tente con la coplilla que me dio Garafales y cordioné de párvulo:

Si a los reyes da nobleza / el sentarse sobre el trono / puedo también darme el tono / yo a pesar de mi nobleza / y no agachar la cabeza / de hombre libre y vagabundo / pues hay un sentir profundo / que me sirve de consuelo / y es que al sentarme en el suelo / yo me siento sobre el mundo.

Te agradezco la fe que me depositaste.

Fue una Nuestra Sonrisa.

Yo ya había columbrado mi derrota en el 17, cuando bajé por última vez al Paso de la Arena y se me ceremonió como en el segundo Sitio y hasta fize ilusión de recuperar el chiquero.

Pero delante de la zanja reyuna acollarada por Lecor encontré el invadeable abismo de la poca fe tragándose a mi gente.

Y yo no nací pa intrigas, por más cancha que lleve.

No calculo bien el mal.

Y cuando recibí la proposición de Barreiro y Bauzá de reconocerle autoridad al Directorio me barbotó la espuma canaria y nombré Comandante General a Frutos, pensando que él *creía*.

Ahí arreció el desmadre, porque el resto de la oficialidá intransigió a envidiar verde y se me retobaron en Santa Lucía petitoreando el cargo pal ya más que dudoso Tomás García de Zúñiga y tonce los hubiese empalado a lo França y formado una Jefatura Mayor con perrada cimarrona.

Se me acababa todo.

A veces en el Hervidero solía calarme un trapo blanco con visera que me obsequió un corsario pa que no se me hablara.

Pepe el Supremo, vale.

Los *héroes* Oribe y Bauzá se empijaron la raja con el mismísimo Pueyrredón en aras a *liberar la América y zafar del monstro montonero*.

Y después del libelo de Cavia *adoré* recordando que *El mejor triunfo es una derrota santa*.

Los indios sabían eso tanto como Pérez Castellano.

Y me estremeció catar que Frutos no iba a peliar jamás por la *verdá* que le *silenció* Jesús al imperial Pilato.

Un hombre vertical sabe quién lo comprende.

Y tiemblen cada vez que traten de desenmierdarse las manos festejando repúblicas que no *vuelan*, muchachos.

¿Qué sopla en lo lejísimo?

Suena antigua / una música perfecta / y en el cielo temblorosas / lloran de amor las estrellas.

Suena antigua / una música tan alta / y en el cielo las estrellas / van mirando lo que pasa.

¿Así que aura quieren chuparme los caracuses pa enfriar las Guerras Grandes, *uruguayos*?

Tate, tate, republicanos con coronitas.

¿Yo lujié en rechazarle asilo a los norteamericanos y ustedes se creen *dioses* y me invocan a mí?

Ojo que dejé alzada una Purificación Celeste entre los tristes.

Y hoy tengo el trapo puesto.

33 / PALOMA

Acaba de posarse sobre el alféizar una paloma de mensajería y lo único que le encontró encanutado Joaquín fue un papelito en blanco.

Me pareció precioso.

Porque me hizo sentir más que nunca que uno nació para cargar la *cosa* como un relicario.

Y no hubo explicación que le bastara al sabionderío pa pispar mi estrategia de invadir el Río Grande hasta desencauzar en la *redota* cúlmene que foi Tacuarembó, pues ellos garrean *mundo*.

Frutos armistició con Bentos Manuel Ribeiro y yo labré la fragilidad del *reino de lo puro* hasta la última hez.

Y al pasar al Entre Ríos supe que el Jedoroso Sarratea y el Gran Jedoroso Alvear refalaron más pior que los desarrapados sucumbiendo frente a Ramírez y López y ahí se tramoyó *el negocio federal con Capital regente y sin Protector monstroso*.

Y corrieron morlacos y yo no fantochié cuando reorganizamos la Fonte de la América con Misiones y Corrientes.

Se nace pa perder.

Y lo eterno se siembra bramando a lo Jesús y a lo charrúa y no hay güelta.

Jamás fui un Quijote, Ansina.

Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este fingido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en algún vestigio, para hacerla aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora.

O maluco falaba muito béin.

Dizque Pancho Ramírez lloraba en persiguiéndome y era porque quería guillotinar me la profundidad azul.

Ortiga no le importaba.

Clara fica perlando el infierno en su piano y yo bufo un flemerío chillón pero me reina cosa.

Y agora lié un *jaikú* como en los viejos tiempos:

Esa paloma / que trajo tu silencio / me tocó el alma.

Don José hizo un Reglamento / donde le dijo al Alcalde / tome usted toda esa tierra / y repártala de valde. / Pero al hacer el reparto / debe usted tomar cuidado / de que los más infelices / sean los más privilegiados. / Tal vez por ser provisorio / nadie lo quiso escuchar / y todos han ayudado a vencer al General.

¿Les molesta mi amor?

No me doy por vencido.

TRES: LA SOLEDAD DEL PARAÍSO

1 / JACHUCÁVA

Después que Ramírez nos hizo disparar hasta Candelaria y quedamos encerrados, decidí pedirle asilo al Supremo.

En las ruinas misioneras de San Ignacio Miní se quedaron las tropas indias y el francés Amado Bonpland, que ya quería emprender la cultivación de yerba como recurso de sustentamiento.

Y con Nicolás Aripí y Andrés Latorre llegamos a ensoñar la fundación de una República Hermana en Paraná, aunque ya se mormoraba a torrentes que el Dictador había desbaratado la *conjura secreta* del patriciado federalista paraguayo.

Esa resolución la había impulsado yo, con un pliego que les envié en el 15 y quedó hasta el treinta y pico en la escuridá. Les propuse ir a buscar la cabeza de su *excelencia* para que ellos pudieran gobernar libremente.

Aura ni siquiera sabíamos si Yegros, Caballero y Cabañas ficaban en mazmorra o ya habían sido ujereados contra el naranjo, pero *algo* me hizo entrar.

En setiembre del 20 le solicité amparo al Mandón Perpetuo y esperamos la respuesta tres días con el regimiento de negros que me acompañaba.

Y a mí al final el cerebro se me volvió un camoatí donde se entreveraban el salmo 22 y una historia que conocí en Entre Ríos, fogoneando con mis horcones hermanos.

Dizque en el 16 el Tucho Arrieta decidió viajar a Asunción por mensajería reservada y no hubo quien lo disuadiera de afrontar semejante peligro. Él sostenía sonriendo que *Jachukáva*, la Humanidad Femenina para los guaraníes, no iba a dejar de pro-pro-pro-togerlo pre-pre-pre-preciosamente.

Y Candiotti refería que el tartamudo fizo el trámite sin que le tocaran un pelo y que al volver le obsequió una estatuilla tape representadora de *Nuestra Madre de Cuerpo Resplandeciente* y encima socarroniándolo: *Tu-tu-tu-tuviste po-po-po-poca fe*.

A Ansina, como siempre, le había dado por coplear luminoso:

A la vista del Paraguay / ¿cómo podríamos dejar / de pasar allá, aunque hay / madeja para desenredar? / Estamos a cuatro de setiembre / mañana el río cruzaremos: / El Jefe bueno como siempre / confía que triunfaremos.

Yo iba rumiando endeliradamente pedacitos del salmo con nula ordenación.

Pero me acuerdo bien que al entregar la espada me barbotaba en la alma:

Nuestros padres confiaron en ti / confiaron y tú los liberaste / te pidieron ayuda y les diste libertad / confiaron en ti y no los defraudaste.

Pero yo no soy un hombre sino un gusano / soy el hazmerreír de la gente. / Los que me ven se burlan de mí, mueven la cabeza y dicen: / “Este confiaba en el Señor, pues que el Señor lo libre. / Ya que tanto le quiere que lo salve”.

Uno demora mucho en aprender que todos los mañanas son hermosos y algunos no lo aprenden nunca y por eso nos escupen.

Nos escupen la fe.

Melchora siempre decía que yo estaba *muy enfermo* de osesiones.

Como si el problema humano fuera la enfermedad y no la puta impureza.

2 / YVYMARANE'Y

Las sepetenta leguas del viaje que hicimos hasta Asunción escoltados por los húsares me satinaron mucho.

Porque de golpe me sentí respirando nuestra Tierra sin Mal selvaticada entre aquellos cobertizos tan de la misma fragilidad y arte de pesebrería como los que abarajaron los negros levantiscos en el Yí.

Nuestra yvymarané'y.

Refería el padre Azevedo que una vez Andrés Guacurará le comentó que Purificación había sido concebida como un *retablito* para albergar la Inmaculada Fonte con la que intercedería el Sistema en Suramérica.

Y cuando me pidieron dende Vacas que su iglesia se pusiese al amparo de la Virgen del Carmelo anoté una carambola celestial en aras a la Banda.

Ya al pernoctar durante el traslado a Asunción pedí permiso pa desenchquetarme antes que arreciara la mosquitada y era igual que si campáramos carpiendo eternidá y la mismísima Cruz del Sur me lambiera los huesos como solía hacer Clara.

Ella sabe *verle* el reuma de la orfandá a los ojos del ajado.

Para los guaraníes la *Ñandú guasú pyporé* está formada por estrellas que ofician chamanismo de Anunciación canchada por el propio *Tupá*.

Lástima que aura yo debía enfrentarme a un Supremo de este gualichoso mundo y ya no corrían los tiempos de la Primera Junta, cuando aullábamos revoleando las patas en el Ayú *Viva el Paraguay y su sabio gobierno*.

Ya corriendo el 14, al plegársenos el indómito Matiauda junto con Basualdo a patriar en Entre Ríos, França se puso púrpura.

Y después de tener que dilatar su guillotinado por el malonazo portugués que me cayó a lo pulpo, terminé hasta cartiándolo con zalamería chusca pa que no me lo arriara el congreso tucumano.

Pero él era muito *bicho*. *Inteligente* no.

Ya el Tucho me había alvertido que el hombre supo fajarse con pirfición ofídica pa canastear las mieses y las mieles labradas por el comunismo indio y jesuita que uno admiraba tanto porque producía unidá de razas y de rezos.

Pero al cabo el dotor en Teología se sintió el sustituto del Criador en el que ya no creiba y estragose a lo bárbaro.

Un *inteligente* sabe reverenciar al cielo en cualquier cultura y *adorar* las luciérnagas que porta cada pueblo.

Ya no tengo ni querencia / y las leguas no me espantan / porque no hay pa los que cantan / más pagos que el de la ausencia. / Nada me ata a la existencia / voy muriendo al tranco lerdo / y en ocasiones me pierdo / tras los horizontes rojos / con una niebla en los ojos / y acosao por los ricuerdos.

Me han echao en el fogón / ramitas de mataojo / espinas en el rastrojo / dolor en el corazón. / Y voy con esta canción / en los labios de una herida / pa que al final de mi vida / quede mi canto despierto / pues todo cocuyo muerto / deja una luz encendida.

3 / CABALLOS

Pero la noche que pernoctamos al raso de camino a Asunción tuve sueños horrísonos, porque la mosquitada que orillaba la selva se nos ensañó pitando a degüeyo y yo empecé a sentirme indagado en una mazmorra por el propio Supremo y lo único que podía bisbisear eran coplas para Ella.

Ay mi amor, sin ti no entiendo el despertar. / Ay mi amor, sin ti mi cama es ancha. / Ay mi amor, que me desvela la verdad. / Entre tú y yo la soledad / y un manojillo de escarcha.

Cuando depusimos las armas en Ytapúa los indios recularon a la uco-tópica República Hermana que querían sementar Aripí y Bompland, y a nosotros nos negaron el vadeo de las negras lanceras y el regimiento rugió tan colmilludo que casi pinta guerra. Pa mí hubo intercesión de *Yachukáva* y San Baltasar en yunta, porque finiquitaron por transar llanamente.

Durante la espantada a que nos sometió el Pancho reventamos fatal al matunguerío y después que los asábamos Ansina terminaba por firuletearles tantas persignaciones de perdón a los costillares sarnosos que un día lo mandé a la mierda.

Pero la tarde que decidimos embarcar en el Paso y desalforjé los últimos patacones encargándole a Francisco de los Santos que los utilizara pa liberar a la muchachada en Cobras, el Joaquín me quebró carteando por serenata un adiós familiaro.

Mi querida Sinforosa / todavía no te he olvidado. / Aunque digan otra cosa / sigo siempre prendado. / Aquí estamos en Misiones / en los montes de Candelaria. / Hora es de separaciones: / aquí llora la calandria. / Se va los Santos pa Janeiro / Artigas se acordó de los presos / enviándoles todo el dinero / Ansina que aquí van mis besos.

Era un niño, carajo.

Y los mosquitos no cejaron un ápice con su bayonetaje y al punto me cundió la imunda pesadilla de ver a las lanceras escoltándome montadas sobre sus propios negros, a falta de matungos.

Cuánto dolor que hace reír.

Yo trotaba sobre Ansina, que de golpe enclavó las rodillas como para expirar y gemía por *mulonga*.

Amaneció en la luz serena y cruel / desde la noche / mirando estrellas / y las manos vacías, y las manos vacías / vueltas hacia la tierra.

El hombre ya se sabe que está aquí / condenado desde el nacimiento / y el hambre no le importa, y el hambre no le importa / la engaña con un sueño.

Yo le miré los ojos al Joaquín / tan tristemente empañados y quietos / morir es poca cosa, morir es poca cosa / dice Joaquín ya muerto.

Y entre las lanceras que iban armando el fuego pa pincharlo y manducárselo estaba mi Melchora.

Aquel odio estancado.

Al reemprender la marcha con las barras del día pensé que lo mejor en el mundo era ser un caballo muerto porque naide puede ponerle precio, y además alimenta.

4 / CONVENTO

El 14 de setiembre me introdujeron solo en la plaza principal bajo el aplastamiento de una polvadera que rajaba los tejados de las casonas musgosas y emburacadas como panteones.

Muerda derrota, Pepe.

Gente casi no había porque entre estos mormazos se sesteaba media tarde, pero lo que hizo fruncir hasta a los húsares fueron los perros espachurrados que empezamos a encontrar ya dende los mismos propios, purpurando el naranja del camino real donde los chanchos salvajes hozaban arreglándoselas pa destripar al paso alguna comadreja metida en el festín.

Un presagio precioso.

Después supimos que si algún cuzco se le abalanzaba al caballo del Dictador durante su paseo diario la tropa salía en masacre a discreción con cimarronerío y todo, exceptuando por seguro a los husmeadores de los cortijos públicos.

Y chorreando vergüenza en un hospitalillo infestado de iguanas recordé que en Las Tunas, mientras planeábamos la república uco-tópica y el avance hacia el sur pa empalar a Sarratea y a Lecor con refuerzos guaraníes, Bompland me notició que el famoso coplero que había escandalizado en parranda a toda Asunción cuando yo entuavía era yo ficaba hartito en mazmorra.

El letrado cajetilla que entonó por darse corte unas coplas dedicadas a nuestro Sistema se llamaba Galiano, y una de ellas se les quedó prendida como abrojo a la población mormoradora.

Viva el General Artigas / su tropa bien arreglada / lejos de malas intrigas / tiene la causa ganada.

Bocón zonzito, el Galiano.

No da ni pa pensar lo que se habrán mofado los viejos insurgentes en viendo aparecer al otro día a mis estropajosos proletarios que terminaron colmenando comunidades exemplares en la jurisdicción de San Lorenzo.

A mí me encerraron en el Convento de la Merced, y los únicos escoltas que siguieron acuartelados fueron Ansina y Montevideo Martínez.

Lo peor fue separarse de los lanceros entre azahares y al azar, porque de la conjura secreta no se sabía ni mu.

Había muerto mucho perro.

Se parece a la desesperación aunque no sea un pecado. Cuando al tocar un alma dulcemente desnuda por motivos de adiós, no nos asombra tanto la oquedad espacial como la de unos ojos. Y lloramos cantando.

Cuando ingresé a la *Celda de los Visitadores* acompañado por Fray Bernardino de Enciso supe que Azara había recalado allí durante la misión que lo hizo conocer incluso San Isidro.

Pepe el solo del todo.

5 / CARAMBOLA

El Secretario que me mandaba Francia todos los días pa aportarle las onzas de la mesada al prior y semblantear mi murria era un adulón muy bicho de apellido Martínez.

Me trataban como a un Napoleoncito envainado por culo.

Date corte, Pepe Ortiga.

Y oíste que me orondearon los detalles de fineza que el Supremo Taimado me dispuso versallescamemente: casimires, encajes, peinadores, aguardiente, un Carlón muy cordial y cristalería cara.

Mais jamás quiso afrontarme la profundidá azul porque le tenía horror a la *cosa* y era capaz de *husmearla* a sepetenta leguas.

Taba claro que el diablo lo había yerrado dende antes de concienciar y en ese caso hay Gehena de por vida, muchacho.

Sólo Ella puede salvarte y la mariconería del poder no transa intercesiones.

Yo le mandé decir que venía muy cansado de guerrearle al termitero de porteños y portugueses y que a más la anarquía terminó por estragarles la lealtá a mis propios comandantes, aunque si su preclaro ejército se dignase ayudarme no tendría inconveniente en fazer contramarcha pa degollar facciosos.

Y me refería a Ramírez, que acababa de transformarse en un Jefe dispuesto a liderar la invasión al Paraguay ya encarpeta por el Triunvirato desde el 17.

Pero los mutis del Supremo eran de infinitud.

Y sin embargo al ya irreversible apóstata le pintó compadrear ordenándome hacer *vida religiosa* y eso me apeteció, porque yo había dejado de pisar las parroquias franciscanas mientras Roma los embozalara de osecuencia al Deseado.

En el Paraguay el clero estaba arrancado a la Uropa y cundía un relajete indino como en Reforma, pero cruzar el patio encendido de naranjos y enfrentarse al retablo que irisaba el altar fue *ashé* de Providencia.

Pois centrada entre los nichos de San Pedro Pascual, San José, San Pedro Nolasco y Ramón Nonasco, resplandecía Nuestra Señora de la Merced.

La imagen había sido traída dende España al Paraguay por ascendientes de Diego de Yegros. Vestía damasco blanco con guarniciones y escudo de oro, cinto en terciopelo negro y la coronación de trece estrellitas que me infligieron mansísimamente una ascensión argétea.

Bilú no me abandonaba.

Fray Bernardino de Enciso resultó un confesor admirable, pois pasadas dos semanas me asistió un caramboleo celestial taqueado por el Supremo cuando osé manifestar con astuto desgaire que el verano anterior me tenté en aportar mis fuerzas a la criminalidad de la *juventud dorada*.

Él me penitenció instruyéndome para que novenara un rosario en las mañanas y al punto recabé información sobre cuántos patricios habían sido pasados por las armas y supe que entuavía penaban en mazmorra.

Tonce concebí un plan de evasión de mi eventual cadalso.

6 / NAVIDAD

Así que llegada la Tardebuena me encomendé a *Bilú* y le espeté a bocajarro a Enciso que hiciera suposición de ser él Artigas y yo el prior, él soldado y yo sacerdote: ¿se hallaría en esas celdas?

Y como no dudó en catarme la franqueza y negármelo al punto, manifesté que a pesar de la bondades con que se me agasajó no me hallaba en sazón y sería obediente y agradecido al Dictador si se me destinase a algún terreiro techado por la *Ñandú Guasú Pyporé*.

Y nunca tuve dudas que siete meses después no se me jusiló junto a Yegros, Montiel, Baldovino y los otros cuarenta opositores por tal corazonada.

Es cierto que al mamarrachiento republicanismo del Imperator del tereré le placía sentenciar tras probación jurídica y que al mismo Cabañas se le aplazó la pena por no hallarse mi pliego.

Pero había otra puntita que él halló satisfactoria en la magna madeja: el monstruo me usó de monstruo confinado en la selva fronteriza del portugo.

Guay que na frontera norte tengo a Ortega custodiándome, Dom Pedro.

La petición de Pepe el pródigo cuajó andadura electrizante y ya el 27 mismo dejé que Fray Bernardino me amielara una carta de osecuencia inaudita, aunque floríe la firma con grande gratitud.

El primero de año la Tesorería hizo el balance de los enseres proveídos al *desente malvado* mientras se preparaba un nuevo equipamiento que ascendió a 458 pesos y un octavo reales fuertes.

Y cuando supe que mi destinación ficaba en Curuguaty recordé fulgentemente una bordadadura teológica de los *mbyá* admirada por Azara, que primero la invocaba en guaraní pa encapucharse lustre.

Ñande ñanase, ñane renói yvyreve voi raka'e, oñepyruro guare yvy ñande raka'e ñaiméma voi, hendive ñanemoñevanga.

Nosotros nacemos, nos engendramos con la tierra misma luego, al empezar la tierra nosotros ya estuvimos, juntos nos crearon.

Nada lo del halo, santo.

Don Gaspar debía su nombre a haber nacido una noche de epifanía, y en su mismo cumpleaños le arrodillé otra carta y allí le encajé un trozo que aun ricuerdo porque hablaba de *mí*.

Y es curiosa la forma en que osé regalarme una verdá pedante que terminaba emperifollada por el craso formulismo monterrosiano de los *tiempos venideros* y las *gloriosas enhorabuenas*.

Pero antes había dictado: *Tendré el lauro de haber sabido elegir por mi seguro asilo la mejor y más buena parte*.

Mi costilla celeste creció en Curuguaty.

No me tienes que dar porque te quiera / porque aunque lo que espero no esperare / lo mismo que te quiero te quisiera.

7 / CAAGUAZÚ

Al final se mandó llamar al propio Gobernador de Curuguaty para que me escoltara por tierra.

Subir en barco era lo conveniente, pero al Supremo Oseso le habrá corsariado Peitro Canbél en alguna pesadilla y ta.

Cabalgábamos las noches por la senda yerbatera.

Ansina y Montevideo Martínez se nos unieron en el cuartelillo, y a mí la guardia me facilitó hasta unturas pa desenchquetarme y gozar de la platería que azulaba la *tekoá*. Güe, ya cuando me atoraba mordisqueando canteros a los tres años sabía que *tuito lo que existe es estrella*.

Bendita *confinación*.

Yo le prometí al Supremo no salir del Paraguay, y él envidiaba verde la palabra de honor de un Gran Cacique. Y tampoco se equivocó con Bompland, que terminó auxiliándole los achaques gualichosos a puro misturaje de *turubí* y *kuarahyá*.

França era un *bobo sapiens*, mesmo.

Y uno podía admirarle el terco sostenimiento de aquel sosiego selvático aunque no había Sistema sino una usurpación a lo *mboi-yaguá*, la serpiente cabeza-perro invencible nada más que en su reino de río.

En sacándolo al *afuera* el bicho no jodía a naidés, por su quilaje muerto.

Estaba seco de *fe*, por más que haya bufoneado rechazando el nombramiento de *Señor Natural* que le aduloneó el Cabildo en el 20. Dijo que no quería sentirse *Depositario de la Soberana Autoridad del Pueblo ni tener dominio o propiedad de él como se imaginaban o figuraban los Reyes*.

Tate, Tate, que Napoleón fue mucho peor que un rey.

Mais lo cierto es que el Viborón pudo sumergir a tuitos y antes de reventar fixó la divina orden de crucificar a Artigas.

Le pegaban todos sin que él les haga nada. Le daban duro con un palo y duro también con una soga. Son testigos los días jueves y los huesos húmeros. La soledad, la lluvia, los caminos.

Ya llegando a Curuaguty cruzamos el gran mercado de *Caaguazú*, donde yo con los años terminaría vendiendo lo producido en mi *Artigas Cué*, y ahí cundió lo inaudito rejucilantemente.

En el amanecer fulgía una niebla lila, y de golpe tres hermanas muy blancas y muy rubias se bajaron de un coche tras un militarote que se detuvo a platicar con el comandante en reservado.

Parecía un hombre bueno.

Entonces la cría del medio, que no podía tener más de once o doce años y era la única que usaba una trenza enjorada con jazmines celestes, me lanzó una paloma como quien te conoce la verdad dolorida.

Y se escaparon riéndose.

8 / TOUBÉ

La paz de Curuguaty me aburrió demasiado rápido.

Y el empacotamiento de lujetes al pedo adjuntado por el Ostentador esta vez me fastidió.

La casa donde viví hasta que el cielo me envió la idea de fundar mi propia *cué* quedaba en plena plaza y lo único confortante era paladear la evolución del coro, que tenía dos violines.

Y los párvulos también bailaban lindo y hasta teatralizaban.

Lástima que la *vida religiosa* la empecé dirigido por el teniente cura y presbítero Venancio Toubé.

Él ya fechoraba sórdido dende que llegó a la villa, pero cuando me le puse a tiro en el confesionario me tachó de *bandido* sin el menor tapujo y a medida que le arreciaban los eructos aguardentosos perdí toda ilusión.

Hoy no creo ni en mí mismo, todo es grupo, todo es falso, y aquel que está más alto es igual a los demás. Por eso no has de extrañarte si alguna noche borracho, me vieras pasar del brazo con quien no debo pasar.

Me sentí una carroña.

Y lo peor es que al monstruo no le importaba un chápuro que yo fuera un *porteñista* arrepentido ni un *jefe de insurgentes* sucuchado en la selva para *antemuralar* embestidas indias o portuguesas.

Lo único que le importaba al mulato gargoliento era mi condición de *seductor* y me advirtió que no siguiera acechando a las párvulas del coro o me excomulgaba.

Y no le faltó razón, si se mira en distancia.

Pero el diablo era él.

Fue recién al intimar con el comandante Gómez que supe que el presbítero sufría de alcohol *calami* y el año anterior había golpeado al subalterno Roque de Vera con un tizón y amenazado a tuita la concurrencia puñal en mano, impune.

Y se amancebaba con cuanta bicharraca se le ofreciera y soñaba con cruzar la cordillera del Mbaracayú pa ficar en Brasil.

Menos mal que San Juan de la Cruz recomendó: *No mire hombre, mire prelado.*

Pero esa noche me desahugué con Ansina y Montevideo y le entramos a saco a las finezas aportadas por França y vaciamos un frasco de aguardiente y otro de Mistela mientras bailábamos un *tangó* empilchados con pañolotes y sombreros finos.

Y brindamos por la suerte de la República Hermana y terminé desembuchando mi fantasía de alomar una chacara y al otro día le escribí al *bobo sapiens* peticionándole un terreno en los propios villeros.

Esta vez se dinó contestar pero con el ofrecimiento de aumentarme la mesada si la actual no me alcanzaba para vivir.

Tuve que retrucar que necesitaba ganarme el pan con el sudor de mi corazón y al final hoció facilitándome hasta útiles de labranza, aunque sin compriender.

Hay que gente que ni nace.

En julio ya habíamos allanado la capuera montuosa y construido tres habitaciones, cuando una tardecita en la que empezaba a llamarar una gran luna turbia bajé a la villa y me pareció sentir el silencio de los desastres.

No había ni vacas cruzando el polvaderal zanjoso de la plaza.

Y de golpe sonó un piano en la esquina donde vivía el segundo comandante Miguel Gómez, el militarote que conferenciara con Villalba cuando llegamos a *Kaaguazú* y resultó ser el tío-abuelo de la párvula que usaba una gran trenza, y adiviné maravilladamente que quien ahora tocaba el mismo Minué en Re que me ofrecía Matilda en Tres Cruces era ella.

No pude contener la ansiedá de desviar hacia allí y el veterano de dientes bondadosos me instó a que desmontara.

Acariciaba una de sus palomas mensajeras y me informó que habían sido ajusticiados por el Dictador los traidores federales a excepción de Cabañas y Caballero, que suicidose previamente en mazmorra.

Y se llevó la mano al sombrero al nombrar al viborón, como hacía todo el mundo.

Aprendí que en esta vida hay que llorar si otros lloran, y si la murga se ríe uno se debe reír.

Entonces Gómez me oteó el fondo de la calavera pa sondear mi aparente complacencia y seguido me hizo saber que el cadáver de Yegros iba a quedar pudriéndose en la calle hasta que jediera mucho.

Y agregó haciéndome agallinar la espalda retorcida por diez horas de arado que a Cabañas le tocaría sucumbir contra el naranjo después que se le comprobara su vínculo con la conjura secreta.

Él no podía saberlo, pero eso iba a saltar cuando rastrearán el pliego que le mandé en el 15 con Aldao.

Pepe a punto de ser fusilado mientras alomaba sementeras en su primorosa *cué*.

Tonce señalé instintivo hacia los postigones por donde derramaba la lunaridad de Mozart y pudimos callarnos un poco entre lo eterno.

Al final el vice ministro me invitó a una reunión a celebrarse en su casa durante la *fiesta Patrona* de agosto, donde tendría el honor de hospedar al alto eclesiástico José Vicente Orué.

Y agregó murmurando que pronto se llevarían a la capital a las tres sobrinas muy blancas y muy rubias que criaron con su esposa, debido a la corrupción que reinaba en aquella selva donde muchachos y muchachas se bañaban en cueros sin que nadie pudiera contenerlos.

Yo también pensé en los ultrajes que solía perpetrar borracho mi confesor, pero preferí callarme respirando un poco más la majestad del nácar.

La noticia de los fusilamientos acababa de ujereame la paz como quien te arranca pelos a lo bestia y al final pregunté cuál era el nombre de la dulce pianista y él me contestó: *Clara*.

10 / LLUVIA

El primer día de la *fiesta Patrona* diluvió dulcemente sobre mi corazón, porque en las celebraciones dirigidas por el vicario Orué volví a escuchar al coro donde cantaba la párvula de la trenza enjoyada con jazmines celestes.

Y esta vez ella me caldeó el dolor extendiéndome sus iris mojados por los himnos.

De noche celebrese el agasajo al vecindario en la casa de Gómez y hubo un momento en que tronó tanto que ya sólo resistían los candelabros apantallados y me tomé el atrevimiento de pedir que la muchacha tocara el minué en Re como conjura para la desgracia.

Al juez eclesiástico del distrito le agradó la propuesta.

Entonces contemplamos a la nueva encarnación de *Bilú*, que al igual que sus hermanas se tinturaba el pelo para parecer más rubia, titilar triunfantemente en la batalla más donosa que presencié en mi vida.

Las llamas de este mundo retomaron su paz.

Yo estrenaba el único saco largo que me mandé hacer con el paño azul fino que empacotome el monstruo, pero hallo ha de haber sido mi otra projundidá lo que encadiló a la infanta.

Y cuando me dedicó una reverencia floral donde se le aterciopelaba una miopía castaña y dorada por una gracia perteneciente a *otra ella*, calculé que nos debían de separar más de cuarenta años pero no sentí pena.

La magia se rompió rápido, pois el mulato Toubé hizo retemblar la sala irrumpiendo para catarnos *infraganti* justo en lo que él celaba y exigiole a gritos al anfitrión que despidiera al americano don José Artigas y otra gente *desente* sin la menor razón, ya que en ese momento concurríamos a irnos.

Taba tan hecho pasa que parecía chorrearle aguardiente de caña en lugar de lluvia oscura.

Era un diablo sin güelta.

Nunca junté pasencia con la subitez imperada por un lance así tenso, ya que lo misterioso que contenía el acecho simulaba enrabarse a la *traición patricia* y las ejecuciones contra el puto naranjo.

Lo peor fue que cuando Orué pretendió disolver el desacato con mansedumbre la bestia repeliolo desgarrándole la camisa y juyó en su cabalgadura. Y al cabo reingresó amenazando al propio Gómez y después rehizo carrera injuriando a quien se le topara y durante la madrugada, ya apresado, fugose.

Eso recién se supo durante el festejo de la Virgen del Carmelo, al siguiente mediodía, y el segundo comandante mandó remacharle grillos y dejarlo en custodia en su casa pa que echara la mona.

Orué no tuvo más remedio que suspender el sumario de acusación porque debía partir para oficiar en su jurisdicción y santas pascuas, oxe.

Pepe comiendo mierda en un chiquero nuevo.

Pero había una *Bilú*.

11 / BAÑOS

Quien me alvirtió sobre la condición de batidor del comandante Gómez fue Ansina, pois dende que embarcara engañifado por los piratas Malvinenses conocía a la paloma mensajera en sus trece.

Y al diferir que un chasque demoraba dos días en cubrir a marcha forzada la subida de Asunción y el tío-abuelo de Clara parloteó el 18 sobre el fusilamiento, Joaquín coligió liso.

Fue noticia por paloma, que agenciaba más rápida.

Mi ánimo oscurecía.

Y pa colmo corrió rumor de que el obispo Panés ya iba cayendo en un mentecatismo insufrible, y el Supremo aguzaba la secularización espoleado por una encíclica de León XIII que pretendía restaurar al Deseado en América.

Y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Gómez había emplazado la base colombófila en Curuguaty desde que su sobrino casó con una belga y no sé tras qué enredo fue expulsado por la fobia uropista del *glirtodonte*, como llamaba el buen Bompland a França.

Dejó un criadero de palomas blancas y tres niñas angélicas que nuestro segundo comandante quiso instruir en plena selva virgen.

Se equivocó cuadrado.

No es el infierno, es la calle. No es la muerte, es la tienda de frutas. Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles en las patitas de ese gato quebrada por el carricoche, y yo oigo el canto de la lombriz en el corazón de muchas niñas.

El escándalo más tórrido que desató Toubé fue irrumpir en pelota en los baños del río y no argumentó mal al argüir que las nativas se corrompían sobándose alucinadamente con el *blancor ofídico* de las belguitas.

Aunque nunca aludió a Clara.

La *Bilú inmaculaba* todavía, al parecer, y disfrutaba mansa de aquel chapoteo edénico donde cundía a cacundas el *pacto pervertido*.

¿Juan Jacobo no supo o no quiso entender que en las *edades de oro* siempre hubo depredación inocente, carajo?

Es muy fácil cagarse en la Biblia, ilustradísimos.

Y un día el segundo comandante esperó a Toubé emboscado y cuando el mulatón se metió a sacudir las partes frente a las párvulas en mostrando que había colgajos más succulentos pa encajarse en el coño, casi lo criba a tiros.

¿Quién era peor que quién?

Ay, carne tumefacta y pensamiento inmundo, madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño del Amor que reparte coronas de alegría.

Y un domingo más infernosos que un *fiel de fechos* del *glirtodonte*, ya en aras a vivir fijo en nuestra verdísima tapuera, vimos cruzar hacia el muelle a la familia Gómez con todo su bartulaje y *Ella* ni me miró.

Ay, Pepe, cómo florecen tristes las yemas de tu odio.

12 / TRENZA

En el 26 la *cué* se había vuelto un emporio donde a más de los cultivos de yerba y granos que el gobernador nos permitía comerciar en *Caaguazú*, llegamos a tener como cien animales y repartíamos casi todo entre los infelices.

Joaquín verseó un xagero que retengo en lo diáfano, aunque ni me orgulleció:

En la horqueta del Curuguay / está este pueblo yerbatero / que para Artigas y para mí / es la querencia del destierro. / Aquí, como allá, la pasionaria / es la flor del divino misterio. / Con clavos y corona visionaria / que recuerda al gran Carpintero / hicimos casa de urundeymí / del otro lado de la cañada / como para Artigas y para mí / para que no nos falte nada. / Aunque nunca nos faltaban los cobres / del fruto de tantos

afanes / cosechamos para los pobres / y nunca nos faltaban los panes. / El Protector de los Libres / siempre tiene comensales. / Lo llaman “el Padre de los Pobres” / de esta tierra los mensuales.

Pero yo no podía perdonar a Toubé y nunca más fui a misa.

¿Podría perdonar a alguien?

Es cierto que excavamos trincheras pa que las bestias no juyeran al vado y en las noches despatarrábame a escuchar *mi cobalto*, aunque lo que me acogotaba el triperío a lo Job era una *sed de vuelo de Bilú*.

Y ya no me dio nada emporrarme a las veces a una trigueñita gacelosa, mestiza de guaycurúes y mbyás, que terminó pariendo.

Pepe era un *carai* muerto.

Y una tarde descubrí una cueva con manantial muy cerca de mi *timbó* y terminé por construirme un refugio siestero y empedré las paredes pa hornacinar una estatuilla tape de Nuestra Señora Milagrosa y allí volví a rezar.

Ni siquiera recordaba las jaculatorias, pero desgrané triduos pa que me lloviera *cosa* y un domingo 4 de enero resolví montar solo y bajar a la parroquia entabletado por el sacón con alamares.

Creer lo que no vemos para merecer ver aquello que creemos.

Y han de saber los hombres caídos contra sus rostros durante todas las peregrinaciones cumplidas sobre este coágulo terráqueo que lo único que nos salva es la fe en los causales.

Confiar en el misterio.

La gente de la villa me rindió mucho homenaje y el mulato andaba hundido en una resaca agusanada por unas pupilas tan rojas que resudé piedá.

Y cuando providencialmente vi arribar a la tía-abuela de Clara Gómez sumergida en un luto completo se me plateó la sangre y comulgué cantando. Pois supe que *Bilú* había vuelto a socorrerme y aura no me importaba que la iglesia fuera feudo de monstros.

Es tremendo estar vivo.

Ella esperaba afuera con una gran paloma sobre el hombro, y el vacío de su trenza cortada parecía reclamarme una salvación más alta que todos los horrores.

Me dedicó un rizo de labios y se fue con la vieja.

La noche de Epifanía se festejaba el cumpleaños del viborón, quien dende la conjura había prohibido sumar el culto al santo negro, aunque nunca faltó lonja pa azucar las galopas.

Pueblo es pueblo y sentate, aunque no chupes chicha.

Y aquel martes bajé con Ansina y Montevideo enfundado en capa roja y el damiselerío encantose frente a mi Sagrado Corazón de Jesús travestido a *Oxalá* y a blandir tu *ashé*, Pepe.

Fue el *caraí arandú* Bompland quien me descifró el sino vertical de la espada de Giorgio en acabando con el soplar draconífero para robarle el fuego que resplandecerá en aras a su doncella.

Cómo cuesta acetar que la muerte no es la última verdá.

Tras que lo más difícil es no juirle a lo eterno.

El tío-abuelo de Clara feneció por viruela y apenas lo enterraron en un templo asunceño ella ardió en necesidá de volver a las aves cuidadas por la familia en nuestro San Isidro, aunque sin fin político.

Le tenía tanto horror a França que decidió tajarse la trenza en un sopetón para luctuar acérrima por la maldá del mundo.

Y soñaba con desaparecer volando hacia un sol libre.

Amor de mis entrañas, viva muerte, / en vano espero tu palabra escrita / y pienso, con la flor que se marchita, / que si vivo sin mí quiero perderte. / El aire es inmortal. La piedra inerte / ni conoce la sombra ni la evita. / Corazón interior no necesita / la miel helada que la luna vierte. / Pero yo te sufrí. Rasqué mis venas, / tigre y paloma, sobre tu cintura / en duelo de mordiscos y azucenas. / Llena, pues, de palabras mi locura / o déjame vivir en mi serena / noche del alma para siempre oscura.

Hoy suena lo lejísimo.

Y aquella noche naidés cató en la plena plaza cómo nos enfrotábamos entre danzas toreadas a muslo con la infanta.

Y nos calofrió un amor de mansa llamarada.

Tonce me decidí a pedirle me instruyera a iniciar en la *cué* un criadero de belgas blancas y acetó que saliese a esperarla sólo hasta la cañada, pois conocía muy bien los caminitos rojos.

Y aquel amanecer cimarroníé pidiéndole a Nuestra Madre de Misericordia que la *Bilú* no me descortesea por sentirme ya viejo y querer namorarme con una fe ridícula.

La vida siempre oye.

Porque antes que yo montara pa bajar a buscarla ella coronó el repecho en riendo pajarina, sosteniéndose el pollerón mojado al tiempo de extenderme una canasta donde zureaban pichones con anillos.

Hoy debiera andar sin zapatos / casarme de pronto sin saber con quien. / Hoy debiera contar hasta cien / hoy debiera contar hasta cien / hoy debiera contar hasta cien / y luego soñar.

14 / MAQUILLAJE

Y esa noche las párvulas del coro teatralizaron un romance medieval donde Clara representaba a la Muerte, con unas largas cejas maquilladas que parecían alones de conmisericordia.

Y escrutome tan fijo entre el antorcherío sostenido por la murga de lanceros, que me flechó pa siempre.

Tú, que compras el carmín / y el pote de rubor / que tiembla en tus mejillas / y ojeras con verdín / para llenar de amor / tu máscara de arcilla.

Ahora Toubé ya estaba a punto de ser trasladado a Yhacaguazú después de consumir un amancebamiento y tomó tranca tan triste que la gente lo pateaba en el suelo y reclamé clemencia con un grito charrúa.

Eso cautivó a tal punto a la infanta que mientras amanecía entró corriendo a su casa y volvió para regalarme el libro preferido por su tío-abuelo, *La conversación consigo mismo*, del marqués Luis Antonio Caracciolo.

Fue mi maná por años.

Clara se había preparado en Asunción junto con sus hermanas para oficiar como ama de llaves o cuidadora de niños, y ya el próximo domingo le propuse dirigir junto con Ansina mi criadero colombófilo.

Ella no entraba a misa mucho más por horror a Jesús que a Toubé, según supe más tarde, pero aceptó radiante aquel cargo en la chácara.

Yo ya casi no recibía mesada del *glirtodonte*, que jamás entendió por qué me rompía el lomo sin afición al lucro, pero eran güenos tiempos y solía regalarle hasta tallas misioneras a mi *Bilú* de diecinueve años.

Y nos soñábamos mucho.

Al promediar la tarde de aquel día / cuando iba mi habitual adiós a darte / fue una vaga congoja de dejarte / lo que me hizo saber que te quería. / Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía. / Con su rubor me iluminó al hablarte / y al separarnos te pusiste aparte / del grupo, amedrentada todavía. / Fue silencio y temblor nuestra

sorpresa / mas ya la plenitud de la promesa / nos infundía un júbilo tan blando / que nuestros labios suspiraron quedos. / Y tu alma estremecía en tus dedos / como si se estuviera deshojando.

Mis pichones crecieron entrenando lozanos y un día Clara dejó una de sus canastas sin que yo percatárame que faltaba su belga preferida.

Y en una de esas mañanas que parecen tener francas ingenuidades de hermanas Ansina me señaló que había hembra con canuto posada sobre mi cueva y al abrir el anillo leí estremecidamente:

Oweráwa Karaí.

Fue su primer mensaje.

Y aunque el calificativo era xageradísimo, me sentí resplandecer como un gran pájaro sobre una luna roja y le hojillé al momento mi primer *jaikú*:

Me diste un ala / para ordenar el oro / entre lo triste.

15 / ASTILLA

Clara había conocido mis leyendas por boca del batidor y eso me puso en guardia, aunque también filtrose que su padre el expulso era primo de Yegros.

Ella acudía puntual a ejercitar las tórtolas que habitaban una villa de crianza construida entre el gran *timbó* y mi cueva, pero un mediodía Ansina la encontró convulsionando en la cañada y debió subirla en brazos y casi sin concencia.

La infanta espumarajeaba con un fragilismo de mariposa rota y demoró una eternidá en recuperar la habla.

Y me volví a sentir un Protector en vilo.

Recuerdo que la motejé de *hijita* mientras la apañábamos fresco y con aire de glicinas en la hamaca, y cuando recompuso el tintinear pajarino desovilló la historia más injuriosa que conocí jamás.

Hoy le salió a la pobre vecina del aire a escondidas, humareda de su dogma; hoy le ha entrado una astilla. ¿Quién comprará en los días perecederos, ásperos, un pedacito de café con leche, y quién, sin ella, bajará a su rastro hasta dar luz?

Le ha dolido el dolor, el dolor joven, el dolor niño, el dolorazo, dándole en las manos y dándole sed, aflixión, y sed del vaso pero no del vino.

La pobre pobrecita.

Tonce supe que cuando volvieron a Asunción el comandante Gómez, a quien ella consideraba su verdadero abuelo, la había acechado una noche de fiesta casamentera para ultrajarla en el santuario a oscuras y ella lo dejó obrar y después lo mantuvo en silencio a sepulcro.

Y decía que el batidor justificó haberla hecho mujer pa que no se corrompiera como las rubias que se deslenguaban en los baños con sus novias trigueñas, abominando de la pureza exigida por Jesús.

Está escrito que *Quien abusa de ti, te conoce*.

Clara ahora se culpaba por haber enardecido a aquel viejo de mi edad con el solo *existir* de sus arrullos y zureos y caricias filiales.

Y aborrecía de toda *gratia plena* y se comparaba con la sierpe del Génesis.

En Paraguay aun no se generalizaban los camposantos, y era costumbre la sepultura templaria igual que en el Medievo, hirviendo los hedores durante muchos días y estilándose mesmo destapar al cadáver para proporcionarle últimos arrumacos que por visto no hacían fruncir la pudebundez de França.

A Clara la obligaron a besarle la testa viscosa y agusanada al hombre que le robó la bandera del contento.

Tristes son las astillas que le entran a uno, exactamente ahí precisamente. Hoy le entró a la pobre vecina de viaje, una llama apagada en el oráculo.

Y aquella noche le cartié por paloma mi segundo *jaikú*:

Mozart te quiere / por su piedad tecleada / desde tu infierno.

Y ella me devolvió enseguida un:

Mi Protector. Tesoro.

16 / BANDERA

Cuando uno quiere que la paloma regrese a destinatario le coloca bandera, y Clara me bordó una seda tricolor diagonalada como la del Sistema.

Ya flameaba el romance.

Porque siempre hubo clases y yo / soy el hombre invisible / que una noche soñó un imposible / parecido al amor. / Porque el mundo es injusto, chaval / pero si me provocan / yo también sé jugarme la boca / yo también sé besar.

Ahora casi no dormíamos esperando respuesta a cada mensaje y Clara volvió a pisar la iglesia por lo menos para actuar con el coro, y se puso preciosa.

Tú, que tímida y fatal / te arreglas el dolor / después de sollozar. / Sabrás cuánto te amé / un día al despertar / sin fe ni maquillaje / ya lista para el viaje / que desciende hasta el color final.

A Toubé lo sumía en degradación su posible traslado a *Yhacaguazú* y sudaba arrepentimiento por tanta malandanza, al punto que una tarde remontó la lombada y deparamos lindo el *caburé* amasado por Ansina y Montevideo, que añadiánle confiteramente fulgores de miel ruana.

El mulato conoció el palomar y cuando le expliqué el significado de la raya color churrinche de nuestra banderola que honraba a los caídos en aras a la América, se emocionó en lo húmedo.

Y de golpe humillóse en reparación de agravio por el destrato que me infligiera en la *fiesta Patrona* y pensé que aquel hombre podía rencarrilar en las senda de los justos, si se lo perdonaba.

Ca. Al cabo resultó ser un cómico pa Juamlet.

Tonce se explayó estrategiando una cruzada teatral con el coro parvulario por los poblados de Carimbatay, Tacuarí, Chuy, Yhú y Palomares, comprometiéndose a obtener mi permiso de salida ya que el comandante Gauto también me consideraba un Señor que Resplandece.

Ahora te miman, Pepe.

La vida juega raro y no hay causal con sol que evite consecuencias de vitrales triunfantes, según sentenció Macedo.

Mais lo que no escapome a la condición de bombero husmeador de hojarascas celebrales fue que el cura también se redetía por Clara.

¿Tras qué carajo venía, al final?

Necesitaba usarme.

El mulato me ampoló como cebo pa congraciarse con la madonita rubia sin sospechar que ella pudiese adorar a este viejo.

Cada punta del lazo que une la muerte y el cenit / quiero dejarlas partir / creo que viven en mí. / La ilusión de una calle al final / y después del amor nunca nada es igual. / No podía dejarlas partir / todo lo que hemos hecho fue para quebrar. / Si pudiera explicar / si pudiera explicar / lo hice para quebrar / lo hice para quebrar / lo hice para quebrarme a mí.

A Clara la conchabé como ama de llaves oficiosa pa que perdiera el pánico a dentrar en la cueva del manantial, donde nunca pisaba.

Y la rubia aceptó mi picardía arrebolándose y el primer día trajo un vestido blanco bordado primorosamente en Ypacaraí por una prima arpista, y vincha y faja celestes.

Yo le seguía añorando la trenza enjazminada, pero a esa brillantez se la manducó el diablo.

Quisiera ser un pez / para tocar mi nariz en tu pecera / y hacer burbujas de amor por donde quiera / oooooh / pasar la noche en vela / mojado en ti.

A Montevideo lo mandé bien temprano a la casita villera de Ansina y así naidés cohibió la lontananza de la niña decidida a enjorarle la boca a un Protector que ya había perdido tres dientes, aunque no galanura.

Qué lindo que es vivir.

En la cueva revestida de piedra había trece velas perpetuamente encendidas en torno a la talla tape, una hamaca y un catre de campaña.

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche!

Lo primero que rendí fue la pequeña boca torcaz de la muchacha, que selló conmigo un pacto de lenguas en almíbar, y después me senté para que recostara a gusto su pelo en mi corazón.

En los dos meses que compartimos una sola carne jamás hubo batalla.

Ábreme, compañera mía, hermana mía, perfecta mía, porque mi soledad está empapada de rocío y la inquina de la intemperie me perfora los huesos.

Me costó una enormidad destrenzarle la pañoleta encinturonada y finalmente hubo de ayudarme a quitarle el corsé protegido por agarrotaduras de alambre para quedar uncida en amamantamiento.

Tus pechos son dos gacelas. Tu cabeza es como el monte Carmelo, hilos de azafrán son tus cabellos. ¡Mi corona está presa entre tus rizos!

No podíamos ni hablar, pois reinaba la cosa y esta primera vez mi *Bilú* no consintió en que le retirara los pollerones.

Sólo hubo ordeñamiento de la miel del misterio.

Y esa noche hice volar cuatro *jaikús* a su criadero:

Lo que se abriga / con tu lluvia desnuda / es mi esqueleto.

Oré saliva / para incendiar las penas / de tus lunares.

Mi calavera / te calmó cada labio / como una luna.

La Inmaculada / que te riza la risa / lame a su Hijo.

Y ella me contestó:

Tesoro mío, compañero mío, protector y protegido mío, amigo mío, esposo mío, hermoso hombre nuevo. Lograste amarme igual que una mujer.

Y a mí se me humedeció el Verbo frente a la misma paloma belga que la infanta me había lanzado cinco años atrás en *Caaguazú* sin motivo explicable y pensé que la vida está tan bien hecha como para constelar milagros cuando nadie los busca.

18 / ATLÁNTIDA

El encuentro con casorio total surgió urdido por Clara, que conocía dende niña un escondrijo resguardado por una cascada en un afluente del Curuguay que los fundadores de la villa bautizaron Atlántida.

Un paraíso invisible.

Cada cual enfiló por su lado entre la selva, y hasta los yagaretés deben haber temido el imperio del Espíritu porque brisó lo manso.

Tras el salto espumeante se ensombrecía un cobijo de roca muy lisa y satinada por una luz sin tiempo.

Clara aderezó un lecho tendiendo mantas indias y puso en una saliente un canastón donde trajo confituras rellenas por dulce de leche y membrillo, configurando mosaicos leudados con forma de panales o mosaico dominó.

Nos desnudamos rápido.

Después cundió a raudales el pacto del almíbar y la impelí a ovillarse para lambar cada orificio y tajo y profundidá de la carne ultrajada y apenas mormorábamos entre el ruidaje acuoso que filtraba el mediodía.

Había un vapor lunar.

En soledad vivía / y en soledad ha puesto ya su nido / y en soledad la guía / a solas su Querido / también en soledad de amor herido.

Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte y al collado / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura.

Y cuando le hundí el mástil apenas hube tiempo para verla flameando, pois lloró largamente al punto de asustarme.

Pero me confesó que era el efluvio de la felicidad porque nunca pensó que iba a poder clavarse a una carne en tal modo.

En una Noche oscura / con ansias, en amores, inflamada / ¡oh dichosa ventura! / salí sin ser notada / estando ya mi casa sosegada / a oscuras y segura / por la secreta escala, disfrazada / ¡oh dichosa ventura! / a oscuras y en celada / estando ya mi casa sosegada; / en la Noche dichosa / en secreto, que nadie me veía / ni yo miraba cosa / sin otra luz y guía / sino la que en el corazón ardía. / Aquésta me guiaba / más cierto que la luz del mediodía / adonde me esperaba / quien yo bien me sabía / en parte donde nadie parecía. / ¡Oh Noche que guiaste! / Oh Noche amable más que la alborada! / ¡Oh Noche que juntaste / Amado con amada, / amada en el Amado transformada!

Al cabo merendamos las tartas y volvimos al pueblo, separándonos cada uno hacia su casa en un vado solitario.

Y al otro día ella volvió como siempre a su puesto de ama de llaves, pero ese anochecer le cartió dos *jaikús* pareados:

*Tu niña vieja / se descueró espantando / cuervos triposos.
Tu mujer nueva / sobrevoló montañas / dorando el mundo.*

*La selva esconde / el puñal de una estaca / que te ató el vuelo.
Pero en el sueño / que iluminó mi espada / pariste alas.*

19 / CALESÍN

La cruzada teatral organizada por Toubé se realizó esa misma semana y dispusimos de un calesín con capota para el Judas y nosotros, mientras el resto del coro se acomodaba en mulas.

Clara le tenía horror a la delación de nuestro noviazgo y apenas nos besábamos a escondidas en la chácara, mais durante las representaciones en los poblados no hubo oportunidad y el deseo fue quemante.

¡Ojalá fueras tú un hermano mío, / criado a los pechos de mi madre! Así, al encontrarte en la calle, / podría besarte y nadie se burlaría de mí; / podría llevarte a la casa de mi madre, / te haría entrar en ella, / y tú serías mi maestro.

Y la noche que volvimos de Chuy había una luna altísima y Clara me hizo sentar en el medio del calesín y Toubé ya recelaba el tringulis porque fingía dormir vichándonos viscosamente y de golpe me arranqué el poncho y la infanta dejó caer su rubiedad sobre mi hombro y me aferró a escondidas la entrepierna empalada y yo veía la cosa rielándole en los rizos y aquello fue lo más dulce que jamás les escuché decir a las estrellas.

Que esta nueva *Bilú* era la costilla celeste de mi martirio.

Y al día siguiente nos enteramos de que sus hermanas proponíanse visitarla para su vigésimo aniversario y ella desesperó en balbuciendo que las tres belguitas juntas formaban dende párvulas un escudo de hierro y rogome le escribiera a Francia procurando licencia matrimonial sin la menor demora.

El gobierno había prohibido las bodas de quienes tenían mutuo origen uropeo en aras a mestizar, y si bien no cuadrábamos xatamente con el tal cruzamiento lo nuestro podía ser juzgado como degeneración horrenda por Don Puritanote, que a más no se rebajaba a contestarle ni al Papa.

Tonce argüí rescatar lo que le hacía mi abuelo Juan Antonio a su esposa de ascendencia Tupac Yupanqui cuando ella desmayaba: le agarraba una rodilla en mormorándole una tríada de consejos poblanas.

Nunca dejes decir que no hay amor. Nunca desprecies el amor que das. Nunca pienses que no hay naide perfeto.

Y fue Clara quien me amansó el trenzamiento del reuma por debajo de la mesa y esa noche mensajíe:

Esta rodilla / que agarran tus huesitos / llora de vuelo.

Y dipois me orgullecí salado evocando el calesín y agregué dos vuelazos:

Con tu risa / peinada por la luna / me devoraste.

Un arcoiris / reina en tu ría invisible / y yo lo toco.

Y ella mandó en respuesta un palomón ceñudo a quien casi le pongo bandera pois parecía atacarme y descifré, temblando:

Sólo podré vivir en paz en tu corazón, maestro.

No le faltó razón.

Los amores valientes no caben en este mundo.

20 / YATEBÚ

El Dictador casi enloqueció del todo con el garrapaterío muchos años después, cuando el vacaje fue sacrificado en piras que no sirvieron pa impedir que los bichos se deslizaran al pasto y volvieran a sucubar a la carne inocente.

Porque las *yatebú* son piores que los caranchos.

A nosotros la peste nos dejó con muy poquitas bestias, aunque ya a partir del 30 la *cué* empezó a estragarse como mi vieja Liga.

Las hermanas de Clara llegaron en goleta una semana antes del aniversario acompañadas por una amiga pianista que también tocaba el arpa, y ofrecieron una tertulia que alucinó a la villa.

Lástima que las ninfas pervirtieron a tal punto los baños que Toubé volvió a perder los estribos y una tarde hizo meneo espumoso del pijo y terminaron trasladándolo de por vida a *Yhacaguazú*.

Y tras la ocasión soñé que el mulato era un jabalí que graseaba sus colmillos con alones de niña.

Pero lo sumo triste fue que la pesadilla finalizaba con mi *Bilú* azotada en el aposento de la verdad, y mientras el *fiel de fechos* gritaba que era prohibido el *color del espíritu* a ella la amarató una infinita agonía.

Ya no pude dormir y me despatarré junto con el perro en la trinchera a fumar esperando lo que intuía sería una especie de bando de jusilamiento.

El palomón ceñudo llegó recién al alba.

Y Clara me abandonó con palabras goteantes:

No lo resisto más, compañero del reino. Porque el miedo ya ni siquiera me permite ser feliz. Y ayer soñé que una de las estacas que no me dejaban liberarme de esta tierra maldita eras vos. Nuestro lance fue hermoso y necesario. Me gustaría seguir trabajando en la cué y asistirte.

Y como lo único que ardía sobre la brasa de mi naco era Venus me despedí garabateándole un *jaikú* sosegado:

Tu Inmaculada / nos cazó y mansamente / se hizo lucero.

A lo que ella contestó:

Sos un hombre de verdad.

Y el día posterior a su aniversario Clara vino a la chácara acompañada por la pianista con perfil de carancho.

Y caté que la *yatebú* infiltrada en Curuguaty por las belguitas había logrado sucubarle, en menos de una semana, el *color del espíritu*.

Pesadilla no miente.

Mi *Bilú* trocó hasta su tintura por una irradiación de pajonal luctuoso.

Ay, carne tumefacta y pensamiento inmundo, madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño del Amor que reparte coronas de alegría.

Otra bala de cañón en el pecho de Pepe.

¿Cómo pudo amar tanto y sucumbir tan rápido?

21 / ARMISTICIO

La novia de Clara también tenía ascendencia belga y se quedó un mes junto con las hermanas en San Isidro, aunque después del escándalo que enloqueció a Toubé ya se bañaban menos.

Y aquella ama de llaves que llegó a llamarme Esposo y ahora apenas me hablaba, ya no era mi *Bilú*.

Yo leía mucho a Caracciolo y pensaba que los filósofos uropeos que no comprendían que nuestro verdadero tesoro es la palpación en el *uno mismo* de esa humedá profunda regalada por los perros o los caballos encariñados, eran gente podrida.

Los indios y los negros saben de iso en pirfición.

Y Jesús taba loco por enseñar lo cuerdo.

Clara esperó que sus hermanas y su efímera *yatebú* volvieran a Asunción para darme la noticia de que esperaba un niño y me propuso el peor de los armisticios que sufrí en mi puta vida.

Lo que es mucho decir.

Pretendía que yo lo adoptara y urdiéramos que el crío era produto de un ultraje consumado por Toubé antes de su expulsión.

Porque quise mucho y no me han querido. Por eso canto tan triste, por eso.

Ya no ricuerdo si fue Pérez Castellano o Garafales quien me contó que la pestífera incredulidá dotal tejió una engañifa digna de la Gran Logia a propósito de la Virgo María.

Decían que Ella había sido desflorada por el centurión romano Pantera de camino a la Fonte.

Por lo que al Hijo le llamaban el Josua ben Pantera o algo así de ridículo.

¿Y los que creemos en el Espíritu somos todos tarados?

Y a pesar de que nunca sabré cómo hizo Clara para mentir tan pérfido hallo que a Juan Simeón lo único que le importa es la *cosa* de su Padre.

Las sapas de otro pozo matan por enfermedadá incubada contra la fe y el único remedio que existe pa la desesperanza es el yuyo del perdón.

Pero el día que armisticiamos ella volvió a la villa y yo quedé panza arriba en la trinchera y de golpe me rodearon Ansina y Charrúa y el Morito, todos llenos de pan en los ojos.

Y el negro, que conocía en confianza el romance con la infanta y era tremendo bicho pa catar entresijos, reflexionó dulzón que en el fondo de este amor había venganza encerrada contra el diablesco tío-abuelo Gómez.

Lo asombroso es que la *Bilú* y la sapa hayan existido juntas en la misma criatura para que al General de los Jodidos se le abriera por lo menos una hornacina milagrosa en el pulmón derecho.

Si uno fuera a llorar cuando termina / no alcanzarán las lágrimas a tanto. / Nuestras horas de amor casi divinas / es mejor despedirlas con un canto.

Juan Simeón me conoce.

22 / GRILLOS

Yo nunca fui un Señor que Resplandece.

Y cuando pierdo a la pandorga todavía me caliente igual que de gurí en las tenidas del Hacha, porque hay que pagar prenda.

Pero hoy, hoy, hoy, puede fusilarte hasta la Cruz Roja, nene. En esta vieja cultura frita.

Al nacer Juan Simeón me rendí a la ternura y Clara me espantó como a un tábano, pidiéndome que de allí en adelante hiciera de cuenta que ella ya no existía.

Todos los que me consideraron un *Oweráva Karaí* vieron un pedacito de la profundidad de Jesús soñando con armar reino en la pobrísima América.

Y al Hijo se lo adora o se lo mata.

Por eso en el 40, cuando reventó el Viborón y vinieron a prenderme mientras araba en la mísera *cué* que nos iba quedando, supe que era la Vida la que llegaba a pasarme la cuenta.

Me dejaron ponerme la camisa que usaba pa ir a misa y me dejé engrillar pidiéndole a Nuestra Madre de Misericordia que me enterrara presto en el lomo del cobalto.

Y te jodiste, bandido.

Porque eso es ser cobarde.

Tonce me acordé que Clara sentía culpabilidad por haberse alegrado cuando murió el tío-abuelo y supe que hice algo venerable en la vida: violarle la ceguera a los rotos de espíritu.

Te tenemos allí, abandonado allí, preso como un animal, como un animal feroz. Así las cosas, ¿la fiera más fiera dónde está?

Y se me fue pegando la camisa a los güesos y llegué a escupir dos dientes mordiendo caburé embichado y el Padre me mandó sudar todo.

Ahí estaba la prenda.

Pasé sepetenta días sudando el odio de la humanidad y cuando me vinieron a descadenar con respeto de domadores se me enrollaba el pelo igualito que una sábana.

Yo sé que ahora vendrán caras extrañas / con su limosna de alivio a mi tormento / todo es mentira / mentira es el lamento / hoy está solo mi corazón.

Y es muy bueno que el corazón esté solo, muchachos.

Con el tiempo supe que a França le ultrajaron el ataúd pa que las víboras del río le chuparan los huesos.

Y bendije a mis grillos.

Durante el encierro me acordé mucho de María Escolástica, mi hija más *ocultada*, y supe que ella siempre me amó con una luz sin tiempo.

Agradezco la participación de todos / los que colaboraron con esta melodía. / Se debe subrayar la importante tarea / de los perseguidores de cualquier nacimiento. / Si alguien que me escucha se viera retratado / sépase qué se hace con ese destino. / Cualquier reclamación que sea sin membretes / buenas noches amigos y enemigos.

Y mi odio se hizo bosta.

Sudé lindo, carajo.

23 / SORBETE

Frutos me hace ulular el gargajal con mordeduras cada vez más rajosas.

Menos mal que estas insosegaciones ya son la última *ka'a* y sé que va lloverme tierra leve, Señor.

Si hallo que hasta el *glirtodonte* hizo milagrería cuando en el 39 retuvo la misiva que me mandó el pardejón refregándose sus lutos por la *suspirada* patria, como papagayeaba Josef María.

Y me cago en Bernabé, que debió haber reventado junto con Artiguiñas en las mazmorras de Cobras antes de enmedallarse trapaleando a mis tribus.

Pero lo pagó oscuro.

Todo arde en su lugar.

El día que me dejaron salir hecho un gancho monstruoso del cuartel me abracé con Ansina en la plaza y vi llegar corriendo a mi Juan Simeón, que ya era un mozalbete y me escrutó mojadamente las pústulas de las patas.

Clara apareció enseguida, con su tía-abuela y una de las trigueñas del coro que la solían mimar.

Bebían sorbetes, y recién me di cuenta que ella se había adiestrado desde la parvulez en aquel lengüeteo que me lavó la vida.

No me lanzó ni un gesto.

Y ahora el *Mboriajhú Rú* fue trasladado y alimentado en su *cué* ya muy magra por la indiada indigente.

Por entre mis propios dientes salgo humeando, / dando voces, pujando / bajándome los pantalones... / Vaca mi estómago, vaca mi yeyuno / la miseria me saca por entre mis propios dientes, / cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en qué sentarme / ¿no habrá ahora para mí? / Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que me ha dado a luz, / la madre del cordero, la causa, la raíz, / ¿ésa no habrá ahora para mí? / ¡Siquiera aquella otra, / que ha pasado agachándose por mi alma! / Siquiera / la calcárida a la mala (humilde océano) / o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre / ¡ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto, / ¡ésa dádmela ahora para mí! / Siquiera la torcida y coronada, en que resuena / solamente una vez el andar de las rectas conciencias, / o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva, / va a caer por sí misma, / en profesión de entraña verdadera, / ¡ésa dádmela ahora para mí! / ¿Un pedazo de pan, tampoco habrá para mí?

Ya no más he de ser lo que siempre he de ser, / pero dadme / una piedra en que sentarme, / pero dadme / por favor, un pedazo de pan en que sentarme / pero dadme / en español, / algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse / y después me iré...

Hallo una extraña forma, está muy rota / y sucia mi camisa / y ya no tengo nada, esto es horrendo.

Por lo menos el odio lo sudé.

24 / VIAJE

Hoy no quiero estar aquí.

Mi alma me envía palomas con mensajes en blanco y una gotera pútrida me masca la costilla.

Mozart calla en olvido.

Cuando los Cónsules del nuevo gobierno me otorgaron libertad pa volver a la Banda agradecí duplicadamente y era indino explicar que un esclavo de la grandeza nunca arde en *gratia plena* si en su terreiro yela la incomprensión.

¿Qué me importa besar el librito constitucional si no entienden que *ser de acero* es *contemplar en oro* nuestro Espíritu agónico?

Allá vaciaron la cosa.

¿Qué espolearán mañana los vates valerosos?

Nuestra tragedia hoy es un miedo físico general y universalizado, tan resignadamente padecido hasta ahora que a duras penas lo podemos soportar. Ya no hay problemas del espíritu. Hay apenas la pregunta: ¿cuándo seré aniquilado? Por este motivo, el joven hombre o mujer que escribe actualmente ha olvidado los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo, único asunto que puede producir buenos escritos porque es lo único sobre lo cual vale la pena escribir, lo único que amerita la agonía y el esfuerzo.

Debe aprenderlos nuevamente. Debe enseñarse a sí mismo que lo más despreciable de todo es tener miedo, y una vez aprendido, olvidar el temor para siempre, sin dejar espacio en su taller para nada que no sean las eternas verdades y certezas del corazón, las viejas verdades universales sin las cuales cualquier relato es efímero y está condenado al fracaso -el amor y el honor y la misericordia y el orgullo y la compasión y el sacrificio. Mientras no lo haga, su obra se concibe bajo una maldición. Escribe no sobre el amor sino sobre la lujuria, sobre derrotas en las cuales nadie pierde nada de valor, sobre victorias sin esperanza y, aun peor, sin piedad o compasión. Su aflicción no se duele por cuestiones universales y no deja cicatrices. No escribe sobre el corazón sino sobre las glándulas.

Vos ya viajaste, Pepe.

Claro que muerto cualquier pelea.

Y mi último desafío consiste en resistir la espinación de las goteras que me achicharran la costilla celeste.

Cuánto cuesta decorarse con la dignidá de cimarrón escapado dende cachorro del chiquero, Señor.

Los que escriben la historia salen a mear al pasillo de la Casa de Comedias y la vida no es canto alabatorio ni altar con *it* sagrado.

Suena antigua / una música perfecta / y en el cielo temblorosas / lloran de amor las estrellas.

Hoy no quiero estar aquí.

Me hace ilusión volver a cabalgar con el tata Juan Antonio.

25 / LIMPIO

Recién en el 45 acepté trasladarme a Asunción, y el Presidente López me afincó en una de las casas de su quinta vacacional.

Era un vergel, aquello.

Y quiso la vida que nuestro bosque cundiera mesmo sobre el Valle de Limpio de Tapuá, ande Clara viajaba una vez por año con Juan Simeón a visitar familia por el camino largo, como se le llamaba.

Eran noventa y cinco leguas que cruzaban poblados seguros y la tía-abuela se quedaba siempre en Curuguaty, donde nos saludábamos apenas en el templo.

Ella era la única que sabía que yo dejé encinta a Clara.

Cuando se destapó el escándalo Toubé ya estaba expulso y la *inmácula ultrajada* solicitome como padre adoptivo sin el menor rubor.

Y ni hubo mormoraciones porque yo era muy viejo.

Juan Simeón heredó el ansia de comer tierra y nos dábamos baños lunares despatarrados en la trinchera y jamás he visto gracia de floralidá como la que les mensajeaba aquel niño a sus palomas.

Es que él siente que el mundo es un gran criadero de aves en disciplina para esparcir lo tierno.

La vida, esta vida / me placía, su instrumento, esas palomas.../ Me placía escucharlas gobernarse en lontananza, / advenir naturales, determinado el número, / y ejecutar, según sus aflicciones, sus dianas de animales.

Encogido / oí desde mis hombros / su sosegada producción, / cave los albañales sesgar sus trece huesos, / dentro viejo tornillo lincharse el plomo. / Sus paujiles picos, / pareadas palomitas / las póbridas, hojeándose los hígados, / sobrinas de la nube... Vida! Vida! Esta es la vida!

Zurear su tradición rojo les era / rojo moral, palomas vigilantes / talvez rojo de herrumbre, / si caían entonces azulmente.

Su elemental cadena, / sus viajes de individuales pájaros viajeros, / echaron humo denso, / pena física, pórtico influyente.

Palomas saltando, indelebles / palomas olorosas, / manferidas venían, advenían / por azarosas vías digestivas, / a contarme sus cosas fosforosas, / pájaros de contar, / pájaros transitivos y orejones...

No escucharé ya más desde mis hombros / huesudo, enfermo, en cama / ejecutar sus dianas de animales... Me doy cuenta.

Hoy Juan Simeón cumple sus veinticuatro y ha espantado al Charrúa pa arrodillarse con la cabeza dentro del mosquitero a contarme que instó a su madre a que le confesara quién fue su padre en veras.

Y ella le contestó que había sido violada por el Espíritu Santo en la cueva de la Atlántida y que el resto no importaba.

No le faltó razón.

Pasó la verdá en limpio.

26 / PONIENTE

Mientras tuve caballo bajo la tripa me guió la obligación de no fazer dispregio a la fonte de este mundo.

Los hermanos del Presidente López, Venancio y Benigno, se allegaban casi todas las mañanas con pingos reservados para escoltarnos a tomar baño al río por prescripción del galeno familiar.

Y trotándole el infinito verdor al Ybiray las mañanas volvían a envitralarse con el envite de la *tierra sin mal*.

Hubo un bosque donde nos atrapamos. Qué lentísimos niños espesaban el rosal del sueño. Y respiramos sin rasgar el aire.

Hasta que se me enroscó esta gripa y supe que me tocaba asilarme en lo altísimo.

Me cambió la mirada.

Los primeros que espejaron la hinchazón azogada de mi incredulidad y dipois mi juria y al cabo la resinación y el abismo y la paz fueron tío Lenzinas y el perro.

La esperanza del poniente sabe que atravesar la hora del urutaú y el aguará ululantes es patriada con cruz.

Como brindis barrocos que acaban empedrando / los riñones del alma / irreversiblemente / te habitarán los vértices del desencuentro.

Se dividen las vidas.

Y la desgracia filtra su amanecer oscuro entre la primavera / mientras un hombre muere alargando sus húmeros / y el sudario morado irradia una metáfora / que no alcanzan las sondas de la carne o del cosmos.

Me contó Josef María que Frutos mandó copiarse a sí mismo en esa dibujación que ahora llaman *daguerrotipo*.

¿Y pa qué querés *espejo* si tu único retrato cifra en la santidá que supiste repartirle de valde a la bandada?

Te hace falta tragar / el lucero del alma / te hace falta la calma del viejo tragaluz. / Te hace el trasluz de las rosas perdidas. / Te hacen falta las vidas que besaron el mar.

Te hace falta encontrar el alma del espejo / te hace falta el reflejo del sol que no se fue. / Te hace la fe para volar a oscuras / te hacen falta las puras soledades del sur.

Te hace falta rugir la mansa llamarada / te hace falta una espada para partir el mar. / Te hace falta llamar al ángel por su nombre / te hace falta ser hombre sin matar ni mentir.

Te hace falta vivir en el humo del llanto / te hace falta ser canto que no sabe rodar. / Te hace falta ser mar para sangrar tu alteza / te hace falta belleza para desesperar.

Y si ya te clavaste al perfume profundo / no te quejes del mundo / porque no hay más que hablar.

Y ahora me agarro el hombro hermanamente y confieso que no existe mejor celda para desear lo Amado que este trance, muchachos.

Carajo.

Toy contento.

27 / CIRCO

La convivencia con los Gómez de Limpio le restó en un reverbero dos décadas a Clara, y ahora su rubiedá flameaba como cuando nos devoramos devotamente allá en Curuguaty.

Lástima que Asunción resultó plaza sucia.

Don Carlos Antonio López gastaba trato fino y avisado, y dipois que rechacé el ofrecimiento de instruirle tropa me colmó con gacetas ilustrativas del grande despelote que rugía en el afuera.

Y cuando ratificaron la formación del Ejército Aliado Pacificador no protesté ni mu, aunque sabía que el Frutos que daban por redotado era pior trozo que Rosas.

Al menos el evocativo de una *confederación antigringa* jamás podría tabardillarme la víscera, carajo.

Yo sabía que el Presidente se retiraba dos o tres días por semana a la quinta pa escarbarme conseja y eso me orgullecía, pero al cabo empezó a aportar mirones insufribles al jaulón del *caudillo destemido*.

El primero fue el naturalista belga Baguet, que apuntaba mis cuitas fazañosas como si le importaran.

Un león en retirada debe lucir sus güevos y bostezar, nomás.

Eso lo aprendí durante una visita a Asunción que hicimos con el sabio gringo pa contemplar la mojiganga de la Virgen Azul, ande Clara papeloneó bailando en zancos junto a las hermanas y una tribu de trigueñas que zangoloteaban sus pezones bajo las *saypoy* sin mangas como unas puras perras.

Primero fuimos a la iglesia y López me enalteció ofreciéndome dirigir un rosario que rumié fervientemente rogando pa que desapareciera el poder de la sapa de otro pozo en mis *ellas* perdidas.

¡Mentiras! / ¡Que son mentiras tu virtud / tu amor y tu bondad / y al fin tu juventud! / ¡Te maquillaste el corazón! / ¡Mentiras sin piedad! / ¡Qué lástima de amor!

Y sin embargo siempre di por falaz una copla famosa que admiraba Bartolo:

Porque ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande / que no sea verdad tanta belleza!

Dulcinea es Dulcinea.

Al final nos metimos a pispar un cirquete de jaulas que recorría la América y conocimos al león y a la yena del África y me sentí hermanadísimo con el puma melenudo que apenas gastaba juerza coleteando jejenes.

Al carnaval del mundo le bostezaba en paz.

López me comentó que aquel coloso parecía el falso monstro descrito en el Quijote y confesé sin vergüenza que de tamaña historia sólo había leído y memoriado una página suspirada en loor a Nuestra Señora del Toboso.

Y fue gracias al Chatre que aprendí esa oración de reverencia incondicional a la verdad oculta.

El otro bicho africano, en cambio, la yena, daba más asco que un jedoroso porteño.

28 / DAGUERROTIPO

Llueve como una madre que cambió de cara.

Con ese patadón el trovero Faget hizo juir a un jaguar y salvó a un pobre cuzco.

Esta tarde le pedí a uno de los gurises que suelen visitarme que se quedara a dormir conmigo porque olí mucha agua.

Y mandé a Ansina a la habitación de las goteras.

Tonce puedo hacer de cuenta que aura estás respirando junto a mi catre como cuando eras niño, Josef María.

Y te rezo en lo tierno.

Cuando llegaste en el 46 nos abrazamos lindo, aunque no era ocasión pa que nos comprendiéramos.

Cómo llueve, carajo.

A mí ya no me llevan al río pa tratarme la erupción de las patas porque reventó gripa y al mosquitero, Pepe.

Es la muer / es la muerte que ya vendrá / galopan / galopando en la oscuridá / por la sel / por la selva aparecerá / ya soy vie / ya soy viejo y sé que vendrá.

Aquí la rompida de cadenas en Obligado hizo más roncha pública que el malón de la langosta. ¿Pero cómo iba a maginar que afrontarías la tamaña travesía del *Fulton* pa abrazarte a estos güesos?

Y hoy acabo de enterarme de que el muerto sos vos y te ruego un perdón.

En verdá hubo momentos que recelé de que hubieses viajado pa sacarme tajada.

Son mentira las formas. Sólo existe / el círculo de bocas del oxígeno. Y la luna. / Pero no la luna. / Los insectos, / los muertos diminutos por las riberas, / dolor en longitud, / yodo en un punto, / las muchedumbres en el alfiler, / el desnudo que amasa la sangre de todos, / y mi amor que no es un caballo ni una quemadura, / criatura de pecho devorado. / ¡Mi amor!

Y aura evoco aquella tormenta en Herrería cuando un tigre me robó a un cuzco de abajo del poncho y toso lacerado por mi gotera pútrida.

¿Pois cómo no iba a importarte la herencia de Arerunguá si casi ni conocías a tu padre más que de leyenderíos negros?

Pa colmo dizque los de saco largo te enterraron discurseando sobre la sangre gloriosa del Protector.

Como si me quisieran.

Y me cundió en la mente una mañana cuando mateábamos bajo el ibirapitá y pasó mi ama de llaves, la Clara, parada en equilibrio sobre un corcel y con un palomón blanco sobre las crenchas de oro.

Sé que estás escuchando mis pensares, Josef, porque al decir de Caracciolo ya sos un *ciudadano del cielo*.

Y me solaza saber que esa mañana al menos pudiste vislumbrar el *daguerrotipo* de Purificación.

La Dulcinea que vuela.

29 / YEDRA

Fue un acierto mayúsculo de Ansina trasladarme con mosquitero y todo a la sombra siestera del ibirapitá.

Ya nostalgiaba horrendo la hamaca de la yedra, que conservo dende el tiempo en que me engolfé a adorar la morada estrellada con la perla y los cuzcos.

Hoy me siento invisible.

Como si llegaran a buen puerto mis ansias / como si hubiera donde hacerse fuerte / como si hubiera por fin destino para mis pasos / como si encontrara mi verdad primera.

Como traerse al hoy cada mañana / como un suspiro profundo y quedo / como un dolor de muelas aliviado / como lo imposible por fin hecho / como si alguien de veras me quisiera / como si al fin un buen poema me saliera / una oración.

Como si la arena cantara en el desierto / los cantos de sirenas del mar Muerto / como si para crecer sobrarian las escaleras / como si escribiera un ciego un libro abierto.

Ven a poblar el zócalo de ojos / siembra de migas de pan caliente / mis canas de alcanfor adolescente / ponle al sordo voz y alas al cojo / bendice nuestro arroz, nuestro minuto / como si no fuéramos cómplices del luto / del corazón.

Fue Bompland el que descubrió en Candelaria, mientras se doraban en el pincho los costillares caballunos sarnosos y alucinábamos con la República Hermana, que a mi hamaca se le han ido adhiriendo hojas de yedra de la verdá.

Y dizque se cultiva mucho en los cobijos templarios uropeos.

Pero no la ve naides.

Quisiera, hijo mío, volver a ver mi país antes de cerrar los ojos para siempre, y bendecir a los que han tenido la fortuna de dar cima a la obra que yo empecé y cuyo complemento miro aquí, en el librito de la Constitución, pero no me siento con fuerzas bastante para hacerlo en medio de la borrasca que lo agita, y además, yo no debo salir de aquí sino con dignidad, ni restituirme a la Patria sin ser llamado y conducido por el Gobierno con la decencia que corresponde a mis antecedentes y al propio honor de la Nación Oriental.

Siento como si todo el mosquitero estuviera hecho de yedra y se trocara en féretro, mientras *Bilú* enasta la bandera con el churrinche pa espantar a los perros del oro.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice! / Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón, / ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente: / aquí no quiero más que los ojos redondos / para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura. / Los que doman caballos y dominan los ríos: / los hombres que le suena el esqueleto y cantan / con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra. / Delante de este cuerpo con las riendas quebradas. / Yo quiero que me enseñen dónde está la salida / para este capitán atado por la muerte.

Putita: sigue lloviendo.

Soñé fiero, carajo.

30 / ALQUIMIA

Cuando Clara puso fe en regalarme *La conversación consigo mismo* del Marqués de Caracciolo, el cielo se lució.

Y al desempolvarlo en Ibiray lo volví a rumiar tanto que podía sacarle rollo a meditaciones sucedáneas con sólo mentar página.

Cómo cuesta encontrar el pez profundo.

*La mayor desgracia que puede suceder al hombre es salirse siempre fuera de sí, y vagar como aventurero por medio de innumerables objetos terrestres que nada le hablan, aunque le gritan: **nosotros somos tu Dios**. Es preciso entonces que él mismo se engañe, o que viva como una bestia. Los filósofos no desbarraron por falta de haber contemplado el sol y los astros; antes bien los contemplaron demasiado; por falta de considerarse a sí mismos erraron. En esta escuela interior se halla la sucesión de innumerables dificultades que no ofrecen los libros, aun los más sabios y los más metódicos; la experiencia de todos los días nos lo enseña. El incrédulo vive y muere en medio de los más fuertes argumentos, sin sentirse conmovido, porque no quiere regresar a sí mismo, y porque se fía sin escrúpulo de los bosquejos de algunos metafísicos bastardos que nos pintan a Dios de un modo muy ridículo.*

Y cuando intimamos lindo con el Presidente y supe que él había adquirido la obra por herencia de un abuelo de formación jesuítica y la displicentaba sin siquiera olfatearla, me dio desilusión.

Y no insistí ni un punto en que se desasnara, porque caudillo viejo no maneja más papel que la hojilla del vicio.

Así dicen los sabios.

Hasta que la piadosa hija del Viborón, doña Walda García, nos ofreció licores en su casa a la salida de la Recoleta, y supe que ella también atesoraba el libro incrustado en mi cráneo por *Jachukáva*.

Tonce López me instó a que historiara la aventura de Purificación, que lo entusiasmaba máximo, y aproveché para fixar protesta por mi luctuosa pobreza de segunda *cuereada poblacional*.

A lo que hice aclaración, sin la menor vergüenza, de carecer de Dulcinea en costilla y desanaqué a Caracciolo y para evitar pedantería leí la página 35 que memoriaba mismo como jaculatoria.

¡Qué utilidad y adelantamiento, no sacan los mortales del fondo de su esencia, cuando saben habitar consigo mismos! Purifican su alma como el oro en el crisol, la separan de la materia que la rodea y ya no ven sino lo que es ella misma: su libertad, su espiritualidad, su inmortalidad, se dejan ver perfectamente a nuestros ojos!

Y la mujer piadosa murmuró que el logro de esa alquimia era para elegidos y regresé tristísimo a la quinta.

Y a mitad de la noche escuché en sueños a Clara clarinando su *Oweráwa Karaí* y mi costilla celeste terminó por fulgir como el único punto invencible del Sistema sin Mal que es capaz de reinar en cada criatura.

31 / LEPANTO

Pero antes de rendirme como el puma africano hube de lidiar negro con el mironerío que osó hozarme la jaula.

Y pa colmo al gallego sieteoficios Pancho Brabo, que había llegado en el *Fulton* junto con Josef y hospedose en la quinta por lambeterío de Frutos, le pintó mamarrachiar el retrato de un prócer hecho momia.

Y logré posar mansito, aunque estuve a un tris de pasaportearlo a la coña de su abuela.

Pepe el bostezador de tabladillo xótico.

Mais iso fue paparrucha en comparancia con el nariguerío que aportaron los letrados Beaurepaire Rohan y Josef Yaramau, en delegación de ingeniería brasilera allanadora de montes.

Al de nombre franchute lo socarroníé fácil, xagerando los bastonazos pa imposter senilidad y hacerlo sentirse yena.

Pero el luso Yaramau, que era una especie de *glirtodonte* buonarrotista, me provocó un eczema en el mero cerebro cuando felicitome por haber *quixoteado* la única ínsula anarquista concebida en la América.

Tonce le aclaré presto que mi Dulcinea jamás fue una Aldonza sin iris y que siempre desutopicé mi andadura celeste en aras a fundar primicias del reino del Espíritu y que obiese ofrecido gostoso ambas manos por triunfar en *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*.

Eso lo memoríé de cuzquillo con Garafales.

El Rohan ya había rumbeado a copetinear con López pero Yaramau porfió que Lepanto fue un sacrificio de carne proletaria inmolada por dos imperios pútridos y hasta levanté el bastón pa partirle la trompa defendiendo a la Liga Santa que traicionaron los pueirredones godos.

A lo que el ateísta irredento, que parlaba vaporizando draconíferamente sus gafas y se sentía *en misión* de emporcador de quienes asumimos nuestra fe a costo inquisitorio o guillotinoso o logiero, protestó desengaño por haber encontrado en Ibiray un cuerdo pastoral y no un Quixote invencido y lo mandé a la mierda.

Con Dios ni ofendo ni temo.

Y antes de irse arreboladísimo el pelucón labró la ingeniosa bravuconada de que era la humanidad la que tenía que perdonar a Yeshua pois el profeta de la cruz no supo lo que fizo y a eso sólo contesté con un pedo mazamorrero.

Pero inmediatamente puse a flamear en mi veranda el blasón tricolor bordado por la Clara y asusté al vecindario, tanto que la señora de Mariños mandó enseguida a un tape a preguntar si me era menester algún yuyo pal reuma.

Sólo Ansina va a morir sabiendo que a partir de aquella injuria bauticé nuestra casa como el Cuartel General de Lepanto.

Acá hay Liga Santa, macho.

Tras de un amoroso lance, / y no de esperanza falto, / volé tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance.

La conversación consigo mismo se la regalé a Rómulo José de Yegros la mañana de mi 86 cumpleaños, siendo el teniente mi primer agasajador y sorprendiéndome mientras le desgranaba maíz a las ponedoras.

Era un apenas treintañero hombre-mozalbete ceñido por la irradiación innata de su estirpe, y supe que creía en la cosa antes que desmontara.

Mateamos mansamente bajo el ibirapitá, evocando la invasión inglesa donde nos conocimos con su padre y la bala que ordené le extrajeran en Las Piedras sin esperanza médica ninguna.

Tonce desembuchó que venía a agradecerme su paso por la tierra, porque de no mediar aquella cirujía él no hubiese nacido.

Yo soy malo pa no llorar, pero me tragué el nudo tras entrever rejucilantemente el duelo inaliviable que debió envararle el ánimo a aquel Yegros esperando tan párvulo con su familia a que les trajeran los pedazos de Fulgencio ya carroñeados bajo el naranjo por expresísima orden del Viborón.

Una angustia sin fondo.

Uno ya ni cabalgaba y duraría poquísimo, así que ni dudé en obsequiarle el más grande tesoro libresco conseguido en mis años.

De mano en mano se pasa la verdad / y en cada mano olvidará / algo de cierto y también se llevará / de cada mano el parecer. / Si caminamos calendario atrás / todo estaría al revés.

Cuando Ansina trajo el tomo de Caracciolo, el teniente lo hojeó con una especie de consuelo en barbecho y rogome oficioso que se lo dedicara.

Y al trasladarnos a la veranda del cuartelillo enastamos la tricolor y le expliqué al teniente que la franja colorada representaba imborrablemente, entre tantos caídos por la América Nueva, a su rumboso padre.

¿Y bien? ¿Te sana el metaloide pálido? / Los metaloides incendiarios, cívicos, / inclinados al río atroz del polvo?

Esclavo, es ya la hora circular / en que las dos aurículas se forman / anillos guturales, corredizos.

Señor esclavo, en la mañana mágica / se ve, por fin / el busto de tu trémulo ronquido / vense tus sufrimientos a caballo, / pasa el órgano bueno, el de tres asas / hojeo, mes por mes, tu monocorde cabellera / tu suegra llora / haciendo huesecillos de sus dedos, / se inclina tu alma con pasión a verte / y tu sien, un momento marca el paso.

Y la gallina pone su huevo infinito, uno por uno; / sale la tierra hermosa de las humeantes sílabas, / te retratas de pie junto a tu hermano, / truena el color oscuro bajo el lecho / y corren y entrechócanse los pulpos.

Señor esclavo ¿y bien? / ¿Los metaloides obran en tu angustia?

Aquella noche el Presidente ofreció un pisolabis en honor a Pepe Ortiga.

Y Yegros se llevó la antorcha purificante.

No me puedo quejar.

33 / CHARRÚA

Se me va la cabeza.

Aunque tu cráneo sigue aquí, Charrúa.

Ya llevás otorgándomelo para que lo acaricie dende el viático mismo porque sabés que estribo a la luminación.

¿Te acordás cuando habitabas un cuerpazo atigrado y al bajar de Herrería campamos en la duna mayor pa empaparnos con perlas?

La llaman Punta del Diablo / aunque otros dicen que fuera / Punta de las Calaveras / y así la voy a llamar / mientras pesca su cantar / el corazón mar afuera.

Ahí no había urutaúses ni aguarases pingajeando lo que queda de un cuerpo.

Lo máximo importante para confiarle de últimas al padre Bonifacio fue que la incomprensión me derrotó cuadrado y mientras me lengüeteaba el sudorazo en el calabozo de Curuguaty la paz no aparecía.

Perdonar lleva escarnio.

Y me odiaron a tumba por ser un elegido.

Hay un celeste salvaje / posado sobre la brisa / y el amarillo ceniza / de las arenas quebradas: / la vida y la mar plateadas / en la Barra de Valizas.

Ese arcano inquebrable de que vos sigas siendo mi ángel protegedor al través de tantos perros que almaron tu humidá me consuela un sinfín.

Vivir da mucha pena.

Y lo que ujerea más que una bomba de cañón es esa indiferencia mapeada en secreto por los celos, y que naides condena nunca como maldá.

Se juyen a sus hoyitos pior que las avestruces.

Vidas que dan a la mar / hombre, diablo y calaveras / pero también la certera / certeza de caminar / de caminar y nadar / por la vida duradera.

Y uno masca limosna.

Mi más alta esperanza es que el historiamento me ase como a un caballo sarnoso, aunque hartito nutritivo.

Lástima que ya pujan pa usarme de estatuilla y mentir sobre mi afán.

Y los que antorchen mi profundidad van a joderse lindo porque en ese Uruguay que amañaron los gringos se prohíbe hilar estrellas.

La luna en el mirador / abre una enorme penumbra / y el corazón se deslumbra / con su porfiado poder: / poder vivir para ver / cómo la verdad se alumbra.

Aura tu hocico besa mi costilla celeste.

Pero las gacetillas de los cajetilludos son mero emputecimiento dedicado a olvidar el vuelo de los locos.

Lo malo es que la sangre que van a pretender agregarle a mi bandera es amercillamiento de matadero falto de idealidad.

El poder sin la cosa es como un mar sin agua.

La llaman Punta del Diablo / aunque otros dicen que fuera / Punta de las Calaveras / y así la voy a llamar / mientras pesca su cantar / el corazón muere afuera.

CUATRO: PAX-LUX

MORITO

Llegó el trance de patriar al lejísimo, Morito.

Aura escucho el hondón de tu resuello como cuando disolví a la gente que me quedaba tras la infamia de Frutos.

Otro poco de calma, camarada; / un mucho inmenso, septentrional, completo, / feroz, de calma chica, / al servicio menor de cada triunfo, / y en la audaz servidumbre del fracaso.

Embriaguez te sobra, y no hay / tanta locura en la razón como éste / tu raciocinio muscular, y no hay / más racional error que tu experiencia.

Y en Ábalos cundieron los rebrotes de la puta ilusión, pero por más delicadeza que conllevara el reconocimiento de Corrientes y Misiones a su Protector redotado, la cosa ya era topía.

Gracias por la idea, Pepe.

Aunque ahora los que mandamos en la federación somos los jedorosos.

Pero, hablando más claro / y pensándolo en oro, eres de acero / a condición que no seas / tonto y rehuses / entusiasmate por la muerte tanto / y por la vida, con tu sola tumba.

Necesario es que sepas / contener tu volumen sin correr, sin afligirte / tu realidad molecular entera / y más allá, la marcha de tus vivas, / y más acá, tus mueras legendarios.

Y cuando asoló el Pancho en Yuquerí y no hube tiempo ni de montarte y me le enanqué a Manuel, sentí que te perdía.

¿Cómo boyaste pa encontrarme entre tanto chuzazo?

Eres de acero, como dicen / con tal que no tiembles y no vayas / a reventar, compadre / de mi cálculo, enfático ahijado / de mis sales luminosas.

Anda, nomás; resuelve / considera tu crisis, suma, sigue / tájala, bájala, ájala / el destino, las energías, íntimas, los catorce / versículos del pan. ¡Cuántos diplomas / y poderes, al borde fehaciente de tu arranque! / ¡Cuánto detalle, en síntesis, contigo! / ¡Cuánta presión idéntica, a tus pies! / ¡Cuánto rigor y cuánto patrocinio!

Y entuavía vas a vivir más que yo y seguro fue juzgado como alucinación que pidiera pa recibir la oblea de Su Majestad a lomos de mi pingo.

Casi naidas me entiende.

Es idiota / ese método de padecimiento, / esa luz modulada y virulenta / si con sólo la calma hace señales / serias, características, fatales.

Toy contento, carajo.

La tierra huele leve y me parece que la Clara quiere fazer malabar con paloma en el moño.

Escapate hasta Limpio y mormorale mi último resollar.

Vamos a ver, hombre; / cuéntame lo que me pasa, / que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes.

Con Dios ni ofendo ni temo.

La Trinchera Estrellada 2010 / Cuartel Artiguista de la calle Lepanto 2011

